

Con toda el alma

COLLEEN COLLINS

Con Toda el Alma

Colleen Collins

1º Serie Multiautor El Espíritu del Amor

Con Toda el Alma (01.01.2005)
Título Original: Sweet Talkin' Guy (2004)
Serie Multiautor: **1º El Espíritu del Amor**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: **Súper Bianca 182**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Andy Branigan y Daphne Remington

Argumento:

CON LA APARICIÓN DE AQUEL HOMBRE, SU AVENTURA SE HABÍA VUELTO MUCHO MÁS INTERESANTE.

El destino de Daphne Remington parecía estar ligado a la alta sociedad, pero antes de convertirse en una dama con collar de perlas había decidido buscar un poco de diversión. Su aventura estuvo a punto de arruinarse cuando se quedó sin habitación de hotel... pero entonces apareció un tipo encantador que se ofreció a compartir su habitación.

El periodista Andy Branigan tenía un increíble poder con las palabras... y una suite que estaba deseando poder compartir con aquella sexy aventurera. Y pronto no pudo pensar en otra cosa que en razones para compartir con Daphne algo más que la habitación…

Prólogo

«Estar muerta no es tan divertido como dicen. Por fortuna he muerto con un cigarrillo en los labios, una copa de whisky en la mano y mi revólver en la otra. De otro modo, no tendría oportunidad de divertirme».

Belle Bulette dirigió su Colt .44 hacia la lámpara de techo más fea que había visto en los últimos cien años y apretó el gatillo.

Al otro lado del salón, en la misma habitación donde durante más de un siglo las chicas y ella habían recibido a sus clientes, Rosebud la miró a través de sus gafas antes de continuar leyendo El amante de lady Chatterley. El resto de las meretrices fantasmales ignoraron a Belle o dieron su opinión sobre ella.

—Ya está otra vez, utilizando el salón para hacer prácticas de tiro —dijo Fio, y se puso un chal por encima del camisón.

Belle apenas miró en la dirección de Fio. La actitud puntillosa de la prostituta había molestado a Belle en vida, y después, seguía molestándola. La persona que hubiera inventado la frase «Descanse en Paz» tenía un par de cosas que aprender. Era una lástima que Mimi se olvidara de ayudar a Fio a quitarse el ceñido corsé la noche del escape de gas, si hubiera sido de otro modo, la viejecita habría pasado a la otra vida de mejor humor.

—Se comportaba mucho mejor cuando estábamos vivas —intervino Glory.

—Tonterías —dijo Fio.

—No disparaba en el salón —dijo Sunshine moviendo su melena dorada—. Ni en ninguna otra habitación del burdel. Bueno, aunque casi lo hizo aquella vez que el canalla de Blackhearted Jack se puso hosco con la señorita Arlotta y Belle le dijo que se marchara con el cañón de la pistola clavado en su vientre.

Belle siempre había preferido la compañía de los hombres a la de las mujeres, pero sentía debilidad por Sunshine, quien era una de sus acérrimas defensoras. Además, Belle se había dado cuenta de que, a pesar de que Sunshine tuviera aspecto de muñeca, en realidad era una mujer despabilada que sabía perfectamente lo que hacía.

—A lo mejor, Belle no disparaba dentro de la casa, pero sí que entraba con el caballo hasta el recibidor después de beber demasiado —comentó Fio—. La señorita Arlotta la multó por esa aventura.

—Como si eso fuera a detenerla —murmuró La Condesa mientras la húngara se miraba en el espejo.

Las chicas podían ver su reflejo en el espejo, pero no los vivos.

—Belle nunca dio importancia al dinero —continuó La Condesa.

«Porque tenía suficiente como para hacer una montaña», pensó

Belle. Siempre se había sentido orgullosa de que hasta que las chicas y ella murieron a causa de un escape de gas en el año 1895, se había ganado bien la vida, con el cuerpo y la mente. Había ejercido su oficio en el dormitorio y en la mesa de juego, ahorrando casi todo el dinero para poder abrir su propio salón de juego algún día. Jugando a las cartas solía ganar, y cuando lo hacía, lo celebraba a lo grande. Cualquiera podía entrar en el salón para dar la buena noticia, pero hacía falta valor para entrar montada a caballo.

Sonriendo ante el recuerdo, Belle bajó la pistola y dio una calada al cigarrillo antes de apuntar a la lámpara del techo. Oír otra de las quejas de Fio le resultó tan satisfactorio como el sabor del tabaco.

Como si ella pudiera causar algún daño. Si su pistola pudiera disparar de verdad, ese horroroso artilugio habría volado por los aires hace años. Ya era bastante malo que hubieran reemplazado las lámparas de gas por unas eléctricas, pero además, la empresa que había renovado el burdel para convertirlo en un hotel para recién casados, lo había pintado de color dorado y le había quitado los paneles de roble.

De acuerdo, habían conservado algunos elementos del pasado, la alfombra y la chimenea de caoba del recibidor, e incluso habían colocado algunas palmeras en maceta como las que habían puesto las chicas en el pasado. Pero los dueños habían colocado casi todas las antigüedades en una habitación cubierta de terciopelo rojo a la que llamaban el Salón Histórico.

Aquella habitación había sido lo que la señorita Arlotta llamaba el cuarto de los jugadores empedernidos, donde un caballero podía beber el mejor whisky y hacer grandes apuestas. Para las chicas era un honor que las convocaran allí y, a menudo, tenían que salir por la escalera secreta que llevaba a las habitaciones para mantener el encuentro con el cliente en secreto. Si surgían problemas y el cliente tenía que marcharse deprisa, la escalera tenía una salida a una calle lateral.

En algunas ocasiones, cuando no había gente alrededor, Belle se materializaba en aquella habitación para tocar la chaise-longue de terciopelo rojo o las cortinas de encaje. La habitación estaba llena de recuerdos de lo que era estar viva y ella no podía evitar recordar sus buenos tiempos. El salpicar del agua de las cataratas Maiden Falls durante el verano, la caricia del viento sobre su cara cuando montaba a su yegua por el campo...

Había sido un infierno permanecer en la casa desde el año 1895.

—Belle.—se oyó la voz de la señorita Arlotta—. No blasfemes.

Fio miró a Belle con desdén.

—Perdón —murmuró Belle, y miró hacia el ático donde la señorita

Arlotta pasaba la mayor parte del tiempo. Belle todavía no había descubierto cómo aquella mujer podía ver y oír todo lo que sucedía en la casa. Y por qué cuando hablaba, sus palabras reverberaban en el aire exigiendo respeto, tal y como hacían cuando aquél era el burdel más elegante de los alrededores de Denver.

Las chicas acataban las normas de la señorita Arlotta igual que habían hecho años atrás. Por supuesto, el objetivo había cambiado. La señorita Arlotta siempre les recordaba:

—Antes, los ayudábamos a divertirse, ahora los ayudamos a que su matrimonio funcione...

Porque cuando una chica ayudaba a una pareja a alcanzar la felicidad en el dormitorio, ganaba una muesca en el poste de cama ficticio del libro de hazañas de cama de la señorita Arlotta. Era difícil ganar una muesca porque no todas las parejas necesitaban ayuda. Además, como a veces era muy difícil ayudar a las parejas complicadas, la señorita Arlotta daba una estrella de oro, que valía más de una muesca.

Con diez muescas las chicas podían avanzar hasta el Gran Picnic en el Cielo.

Desde que el hotel abrió sus puertas en el año 1994, la primera vez que las chicas tuvieron la oportunidad de ayudar a conseguir el verdadero amor en compensación al falso amor que habían ofrecido en el pasado, Belle había ganado nueve muescas. Estaba deseando ganar la última, no tanto para llegar al Gran Picnic en el Cielo, sino para salir de allí y que su espíritu pudiera ser libre.

—¿Habéis visto a aquél? —dijo una de las chicas—. Parece que un soltero se está registrando en el hotel.

—Como en los viejos tiempos —dijo Glory—. ¿Un soltero?

Belle miró hacia recepción y vio a un hombre pelirrojo. No parecía el típico recién casado. Iba vestido con pantalones vaqueros y un suéter con agujeros en los codos. Parecía un rufián.

Algunas de las chicas flotaron por encima de la recepción comentando su vestimenta, que no llevaba anillo de boda y que tenía unos llamativos ojos azules. Los vivos no podían escuchar a las chicas a menos que una de ellas se materializara ante ellos, algo arriesgado que implicaba ganar una muesca negra en el libro de la señorita Arlotta. Pero cuando una pareja se alojaba en el hotel y atravesaba el umbral de la habitación de una de las chicas, ella podía materializarse y hablar con ellos siempre que su meta fuera mejorar su vida sexual.

El chico se apoyó en el mostrador y Belle se maravilló al ver sus piernas musculosas. En su época, los hombres no llevaban pantalones que resaltaran su musculatura.

—El Denver Post hizo una reserva para mí hace seis meses —le

dijo el chico a la recepcionista.

Las vibraciones de su voz resonaron en los oídos de Belle. Su voz grave le recordaba a alguien. Pero alguien que había conocido hacía muchos años.

—¡Ah, sí! —dijo la recepcionista—. Estábamos esperándolo. Para nosotros es un honor formar parte del reportaje sobre los hoteles de cinco estrellas para recién casados que hay en las Colorado Rockies, y si hay algo que podamos hacer por usted...

A Belle nunca le habían gustado las conversaciones de mujeres. Ni durante los treinta y dos años que tuvo de vida ni durante los ciento nueve años que llevaba muerta. Se volvió y comenzó a limpiar su revólver, y al momento, Sunshine se acercó flotando hasta ella.

—Ese caballero va a alojarse en tu habitación, Belle —susurró.

«¿Qué?». Belle se "acercó hasta la recepción otra vez y miró la pantalla del ordenador en la que aparecían los nombres de las habitaciones. La señorita Arlotta le había dedicado una habitación a Belle debido a su talento para ganar dinero. Era la única chica que contaba con ese honor. Los nuevos dueños del hotel habían conservado el nombre de Belle's Room.

Se quedó boquiabierta al ver que en la pantalla ponía: Andrew Branigan, Denver Post. Belle's Room.

—¡Diablos! —exclamó, y miró hacia el ático—. Perdón, otra vez —murmuró—. Pero ¿cómo se supone que voy a ganar mi última muesca si me toca un caballero soltero?

Varias de las chicas fantasmas rieron.

Belle las fulminó con la mirada. Agarró el revólver y apuntó contra la lámpara. Ignorando los gritos de las chicas, apretó el gatillo. El disparo hizo ruido y un destello de luz que sólo podía apreciarse en el mundo de los muertos. La bala, como siempre, desapareció.

En otro mundo, quizá.

En un mundo en el que Belle creía que viviría algún día. Pero con un chico soltero en su habitación... Pero, demonios, no iba a ir pronto a ningún sitio.

—Belle, no...

—Sí, señorita Arlotta, no hay que blasfemar. Y también, nada de Gran Picnic en el Cielo —se colocó el revólver en la cinturilla de los pololos y subió por las escaleras. Necesitaba un poco de aire para respirar.

Como si eso fuera posible. Nada de respirar, nada de sexo, nada de blasfemar.

«Estar muerta no es tan divertido como dicen».

Capítulo 1

Daphne Remington, una mujer que estaba a punto de casarse, se miró en el espejo y murmuró:

—¿Por qué las novias tienen que ir de blanco? A mí me queda mucho mejor el color rojo.

—No es blanco, es color marfil —le dijo la dependienta mientras le ajustaba el tirante—. Además, después de la broma que gastaste hace varios años en el Firecracker Ball, pensaba que nunca más te vestirías de rojo.

Durante los meses anteriores, Daphne había ido a probarse varios vestidos de novia en Ever-After, una tienda exclusiva de la zona de Cherry Creek de Denver, y había hecho amistad con Cindi, la dependienta. Ambas rondaban los treinta años y sentían cierta presión familiar para casarse.

—Bueno, ya nunca me visto de rojo en público, y menos cerca de una piscina — dijo Daphne, y le guiñó un ojo a Cindi.

Todo aquél que hubiera leído el Denver Post el día cinco de julio de tres años atrás habría visto la foto de cómo sacaban a la conocida Daphne Remington de la piscina del Denver Country Club con un vestido rojo de seda empapado y pegado a su cuerpo. El periódico había titulado la foto como la Rebelde Remington y la historia había sido publicada en muchos periódicos bajo el titular de: La Caliente Remington. Incluso la revista Playboy había contactado con ella para hacerle una sesión de fotos.

A su familia no le gustó nada lo sucedido.

Ni siquiera cuando ella trató de explicarles que había saltado vestida a la piscina porque un grupo de chicos había apostado miles de dólares a que no era capaz de hacerlo.

Pero los periodistas escogieron la foto menos adecuada. Ella, con el cabello revuelto, el maquillaje corrido y la ropa empapada.

Al día siguiente, cuando Daphne se dirigió a desayunar y vio la portada del periódico sobre su silla, les explicó a sus padres que, a pesar de su aspecto, había recaudado más dinero en el acto benéfico que cualquier otra persona. Pero su familia siguió sin alegrarse.

Delores y Harold Remington III, representantes de la alta sociedad de Denver, nunca habían estado satisfechos con el carácter rebelde de su hija mayor. Daphne había escuchado en varias ocasiones los sermones acerca de cómo su tataratatarabuelo Charles Remington sólo tenía unos centavos en el bolsillo cuando apostó por la minería en Colorado Rockies. Cómo, a base de trabajo duro y perseverancia, no sólo había encontrado oro, sino que había convertido su fortuna en un imperio inmobiliario. Cómo sus descendientes fueron políticos,

doctores y abogados que lucharon por la justicia y por convertir el mundo en un lugar mejor. Cómo su única hermana, la perfecta Iris, estaba siguiendo el camino de los Remington formales.

La rebelde Daphne todavía tenía que encontrar su camino.

Sin embargo, después del incidente del Firecracker Ball, Daphne había hecho todo lo posible para comportarse. Nada de escapadas salvajes y nada de ropa excéntrica. Era como estar en un programa de rehabilitación para chicas malas, pero lo había hecho porque no le gustaba avergonzar a su familia. Y por supuesto, la amenaza que le habían hecho sus padres acerca de retener su fortuna a menos que se comportara era un incentivo.

Durante ese periodo, sus padres le habían presentado a G. D. McCormick, un importante abogado, ocho años mayor que ella, sofisticado y con una carrera estelar como socio de Joffe, Marshall y McCormick, el bufete de abogados más prestigioso de Denver. A Daphne no le gustaba por esas cualidades. Él tenía una faceta divertida y desenfadada, y además, decía que le encantaba la manera de ser de Daphne.

Después de salir juntos un año, él le pidió matrimonio y ella aceptó. Su familia estaba emocionada, sus amigas impresionadas y ella contenta y aliviada por haber encauzado su vida.

Pero esa felicidad había disminuido seis meses antes cuando los representantes del partido político del estado le habían pedido a G.D. que fuera candidato a gobernador para las elecciones del año siguiente. Fue entonces cuando G.D. empezó a parecerle menos divertido. Preocupado por su imagen política, comenzó a criticar el carácter de Daphne que antes tanto había alabado, la ropa que se ponía y su manera de hablar.

G.D. incluso criticaba su manera de caminar. Le parecía que se contoneaba demasiado.

Daphne estaba cada vez más descontenta. Se miró en el espejo de Ever-After y se atusó el cabello.

—Al principio de salir juntos, G.D. y yo solíamos tener aventuras espontáneas —dijo de repente—. Preparábamos un poco de pan con queso para hacer un picnic o nos subíamos a un autobús que nos llevara a algún lugar pintoresco de Colorado. Yo me llevaba la cámara y tomaba fotos... —se calló de pronto.

Cindi levantó la vista del dobladillo y la miro.

—Los políticos no pueden permitirse ser espontáneos. Dañaría su imagen.

Daphne asintió y se metió un caramelo de regaliz en la boca. Durante muchas noches había deseado que G.D. cambiara de opinión y no se presentara a candidato. Su vida ya era bastante aburrida sin

estar casada con un gobernador.

—Oh, cariño, no estés tan triste. Después de la boda, vuestra vida se asentará. Aprenderás a ser la esposa de un político y a hacer campaña.

—Eso es lo que me dice mi madre —suspiró Daphne—. ¿Pero yo? ¿Esposa de un gobernador?

—Mi madre dice que Linda Ronstadt estuvo a punto de convertirse en la esposa de un gobernador cuando salía con Jerry Brown. Si una rockera casi lo consigue, para ti será pan comido.

—Si hubieras dicho Madonna, me sentiría mejor.

—Eh, ella ha escrito un libro para niños.

—Esperemos que los niños no se confundan con otro de sus libros cuando quieran que les lean un cuento.

Cindi se rió.

—En serio —continuó Daphne—, supongo que lo que estás diciendo es que hay esperanzas para la Rebelde Remington —le dijo, pero incluso ella podía oír la desilusión en su tono de voz.

Cindi le tocó el brazo.

—Cariño, tengo una idea. ¿Quieres probarte alguna prenda de lencería provocativa? ¿Algo caliente para tu noche de boda? ¡Acabamos de recibir un pedido de corpiños de tirantes ceñidos que son para morirse!

Daphne comenzó a quitarse el vestido de boda.

—Amiga, ¡tráelos ahora mismo! —le dijo, forzándose para parecer divertida, algo que no hacía tanto tiempo le había salido de forma natural.

Minutos más tarde, Daphne se estaba poniendo un corpiño de seda verde y encaje negro.

—Estupendo—dijo mirándose al espejo. Algunas chicas lo llevan con falda y pantalones. Es la nueva moda.

—No podré ponérmelo en Denver…

—Haz un viaje fuera de la ciudad. A algún lugar remoto, donde nadie te conozca.

«Anonimato. Qué maravilloso sería ser invisible, un rostro más entre la multitud. Sin que te observen, ni te juzguen…»

Daphne se puso los pantalones y se metió el corpiño por dentro de la cinturilla antes de mirarse en el espejo.

—La pièce de résistance -dijo, y se puso los zapatos verdes de tacón.

—Eso es —murmuró Cindi.

—¿Verdad? —le resultaba divertido bajar la guardia y ser atrevida otra vez. Se colocó de perfil y se miró de nuevo—. Me gusta vestirme

con tonalidades distintas del mismo color… unos días de rosa, otros de azul. Hoy era un día verde.

—¿Porque estamos en abril?

—Quizá. Primavera, nueva vida y todo eso.

En otra habitación sonó un teléfono. Cindi se acercó a la puerta.

—Tengo que contestar. Mira la blusa azul turquesa de encaje que está colgada.

Mientras Cindi hablaba por teléfono, Daphne miró las prendas de seda. La tienda estaba en Detroit Avenue, una de las calles más elegantes de Denver.

Los Jaguars y los Beemers circulaban por la calle. En la otra acera, unas mujeres tomaban café en una terraza. En los postes había colgadas unas cestas con flores. Todo era perfecto… Era como si estuviera viendo su futuro en una bola de cristal.

Se estremeció y estaba a punto de volverse cuando algo llamó su atención.

Un viejo autobús escolar pintado de color gris y dorado pasó por la calle. En un lateral tenía escrito Maiden Falls Tour Bus en rojo vivo.

Maiden Falls. El antiguo pueblo minero de las Rockie Mountains, cercano a donde, en 1880, su antepasado Charles había forjado su fortuna. Lo habían convertido en un lugar histórico. Pero, a pesar de su riqueza, durante el resto de su vida, Charlie juró que sus años más felices fueron aquellos en los que había sido un minero pobre y luchador.

«¿Y no tendría que ver con que estaba cerca de Maiden Falls?», pensó Daphne con una sonrisa, imaginándose a su antepasado antes de encontrar a la mujer de sus sueños, feliz de estar asentado cerca de Maiden Falls, un lugar donde las mujeres de la noche habían instalado su negocio.

Maiden Falls era el nombre oficial del pueblo, un lugar lleno de tiendas de curiosidades y un hotel acogedor.

En otro momento, Gordon y ella habrían subido a ese autobús sin pensárselo dos veces. Daphne se moría de ganas de hacer algo impulsivo otra vez.

El autobús se detuvo junto a la cafetería. En la acera, un grupo de gente aguardaba para comprar los billetes.

Daphne los observó y miró cómo iban subiendo de uno en uno.

El autobús estaba a punto de marcharse.

G.D. iba a pasar el fin de semana fuera de la ciudad en un congreso político. Sus padres tenían varios actos sociales durante los días siguientes, y su hermana estaba demasiado centrada en sí misma como para preocuparse de lo que hiciera.

«Es mi última oportunidad de ser libre, aventurera. Incluso Cindi

me ha dicho que debería marcharme a un pueblo remoto, alejado de las normas de la alta sociedad. Si alguien me pregunta, puedo decir que soy cualquiera, una estudiante que investiga acerca de pueblos mineros, una encargada de localizar exteriores...»

Sonriendo, se metió en el probador, se puso la chaqueta y agarró el bolso. Antes de salir dijo, señalando el corpiño:

—Anótalo en mí cuenta.

Cindi asintió y la miró asombrada mientras continuaba hablando por teléfono.

Corriendo por la calle, Cindi se sintió como solía sentirse siempre. ¡Era estupendo sentirse viva otra vez!

Se colocó en la cola del autobús y sacó la cartera. Tenía cincuenta dólares y las tarjetas de crédito. Todo lo que necesitaba para ese viaje.

Compró un billete de ida y vuelta por veinticinco dólares y el chico le dijo:

—Espero que tenga un viaje agradable, señorita.

Ella sonrió y se subió al autobús. Estaba dispuesta a disfrutar al máximo de los días siguientes.

Andy Branigan estaba sentado en el salón pequeño del Maiden Falls mirando una foto en un álbum antiguo, preguntándose si aquel lugar se llamaba así por el grupo de mujeres de la noche que se había instalado en el pueblo a finales del siglo XIX.

Sin embargo, por la foto, cualquiera diría que aquellas mujeres eran de dudosa reputación. Iban vestidas de domingo y estaban sentadas sobre una manta disfrutando de un picnic. Algunas sujetaban una sombrilla y otras estaban comiendo pollo frito.

Nadie adivinaría que era un grupo de prostitutas que solía ejercer su oficio en aquel hotel para recién casados, el mismo lugar en el que la señorita Arlotta había dirigido su lucrativo negocio.

«¿Un hotel para recién casados? Es más bien un burdel nupcial». Sacó un cuaderno del bolsillo de su camisa y escribió: «burdel nupcial». Miró las palabras que había escrito e imaginó lo que Frank, su jefe y editor del Denver Post le diría. «Olvídalo, Andy. Tú eres un chico con facilidad de palabra, pero de ninguna manera vamos a publicar un artículo sobre hoteles para recién casados con el título de Burdel Nupcial».

Andy guardó el cuaderno otra vez y preparó su contestación.

—Frank, si querías algo serio y anodino, no deberías haber enviado a tu mejor reportero a escribir este artículo.

Frank comenzaría a discutir y Andy le diría:

—Eh, tenemos que aumentar el número de lectores. Escribiré algo delicado y bonito para otros hoteles de recién casados que a las

mujeres les encantará. Pero, si mantenemos la línea del burdel nupcial para este lugar, nos ganaremos a los lectores masculinos, Frank.

Andy se fijó en la señal de «No Fumar» y dudó si sacar un cigarrillo allí mismo o si salir a fumárselo al porche. Estaba a punto de cerrar el álbum cuando una mujer de la foto llamó su atención.

La mujer tenía una pistola en la mano. Iba bien vestida como las demás, pero su mirada indicaba que no era una persona tímida ni modesta.

—Belle Bulette —murmuró, admirándola.

Era una de las mujeres sobre las que había investigado antes de ir al hotel. Había pedido que le dieran la habitación Belle's Room, dedicada a la chica que en el año 1890 o 1891 había ido a ejercer su oficio aprovechando el incremento del número de mineros en la zona. Pero Belle también tenía otros trucos en la manga, por ejemplo, un gran talento con las cartas.

Y aunque en los libros de Historia no se hacía mención al tema, él tenía la sensación de que Belle era un nombre inventado que ella había elegido al llegar a Maiden Falls para ocultar un oscuro incidente del pasado.

Andy había obtenido muchos datos tras realizar una extensa investigación sobre los pueblos mineros y pueblos fantasmas del sudoeste. Su pasión por la Historia había comenzado cuando era un niño y escuchaba las historias del Oeste que le contaba su abuelo, el hombre que lo había criado.

Cerró el álbum y miró la decoración del saloncito histórico. Según la inscripción que había en la puerta, la habitación era una réplica de cómo era el salón principal del burdel en el año 1890, el lugar donde las chicas se reunían con los clientes antes de llevarlos al piso de arriba. La habitación estaba llena de todo tipo de recuerdos, pero sobre todo, abundaba el terciopelo rojo.

Andy salió del saloncito y se dirigió al recibidor. Agarró varias galletas de una bandeja y observó cómo en un sillón cercano una mujer le daba a su pareja una galleta con la mano y cómo él le mordisqueaba los dedos.

Andy pensó que ninguna mujer le había dado galletas en su vida. Y si algún día alguna lo hacía, desde luego no sería en un hotel para recién casados.

Mientras masticaba, percibió un olor dulce, como a lilas. Perfume de mujer. Miró a su alrededor, pero nadie más había entrado en el salón. Extraño.

Él había oído historias acerca de que el lugar estaba encantado por mujeres de mala vida, pero no creía en ese tipo de cosas. Los fantasmas eran tan reales como el amor verdadero. Ambas cosas eran

producto de la imaginación de gente que necesitaba ser más realista.

Una voz de mujer llamó su atención.

—¿Qué quiere decir con que no hay habitaciones? ¡Pagaré el doble, o el triple de lo que paguen los demás!

Andy miró hacia la recepción y vio a una mujer vestida con pantalones hasta la pantorrilla y zapatos verdes de tacón.

—El hotel está completo desde hace meses —murmuró la directora del hotel.

—¿Y cuál es el problema? —dijo la mujer_. Sin duda, alguien se alegrará por recibir no sólo la devolución íntegra del dinero, sino una cantidad extra para un viaje o una suite en un hotel mejor situado.

—Este hotel está situado en uno de los lugares más bellos del país...

—No quería decir eso. Me refería a un hotel en la ciudad, cerca de los museos y los centros comerciales. Una suite en el Denver's Brown Palace, por ejemplo.

—Quizá, usted y su marido deberían irse a Denver y alojarse en el Brown Palace.

—¡Acabo de llegar de Denver! ¡Quiero alojarme aquí!

«Mimada», pensó Andy. Siempre evitaba ese tipo de mujeres, las que querían que los chicos las llevaran a restaurantes elegantes o al teatro. Pero era extraño encontrar una princesa mimada sola, desesperada por pagar dos o tres veces el precio que pedían por una habitación.

Andy tenía buena intuición para encontrar noticias interesantes y aquello le parecía que lo era.

Se fijó en la mujer. Era delgada y tenía el cuerpo tonificado. Unas piernas bonitas. El trasero duro. La imaginó en una de esas máquinas de ejercicio, con el sudor escurriendo por su piel rosada.

Se movió una pizca al sentir que se le endurecía la entrepierna.

Le miró las piernas y pensó que hacía un poco de frío en las montañas como para llevar pantalones que no cubrieran toda la pantorrilla. Además, en el suelo todavía quedaba la nieve que había caído la semana pasada y el terreno no era el adecuado para llevar zapatos de tacón.

«Es evidente que no había planeado este viaje».

La mujer no dejaba de gesticular y Andy pudo apreciar que llevaba un Rolex de color rosa en la muñeca y un anillo de diamantes en el dedo anular.

Estaba comprometida. Tenía dinero. ¿Por qué había ido a ese hotel? ¿Por qué no se había montado en su Jaguar o su Mercedes y se había ido a un selecto balneario?

La directora le explicó que había un hotel en el pueblo vecino.

La mujer resopló y se volvió, de forma que Andy pudo ver su perfil.

Se fijó en su nariz, en sus ojos color avellana y en sus labios pintados de rojo y se preguntó si bajo ese rostro de acero se escondería un corazón apasionado…

Ella lo miró.

Ambos sostuvieron las miradas un instante antes de que ella mirara a otro lado y retomara la discusión.

Andy había visto antes a aquella mujer…

Tenía el cabello diferente, más rizado quizá, pero sin duda era conocida. Hizo un repaso de las últimas entrevistas que había hecho. No, no la había entrevistado nunca, ni escrito sobre ella, pero sin duda la había visto en algún sitio.

«¡Ya está! La Rebelde Remington», dijo en voz baja.

Se cruzó de brazos y observó a la hija privilegiada de una de las familias más importantes de Denver. Su nombre estaba en todos sitios. En un ala del hospital infantil, en el Remington Theater e incluso en la Remington Avenue, una calle adyacente al Denver Country Club.

Sí, el Denver Country Club y la escandalosa foto de Daphne Remington. Andy recordó la foto de cuando la sacaron de la piscina con un vestido rojo pegado al cuerpo. Curiosamente, después había desaparecido durante un tiempo y había reaparecido en los ecos de sociedad agarrada del brazo de G.D. McCormick, un importante abogado que iba a presentarse como candidato a gobernador.

¿No se suponía que pronto iban a casarse? Eso explicaba el anillo que llevaba.

Andy sintió que estaba frente a una historia caliente. La historia de la escapada de una heredera. Su familia no sólo era conocida en Denver, sino por todo el país gracias a las donaciones benéficas que hacían sus padres.

Ese era el tipo de noticia por las que las revistas y las cadenas de televisión pagaban mucho dinero. El tipo de historia con el que Andy podría dejar de ser un reportero en la sombra y tener la oportunidad y los medios para escribir el libro de sus sueños, un libro sobre la historia de Colorado que deseaba escribir desde que era niño.

Daphne estaba dando golpecitos en el mostrador con su anillo de diamantes.

—No puedo creer que haya rechazado semejante oferta.

—En el futuro, por favor, haga su reserva con antelación y la alojaremos con mucho gusto.

La mujer no parecía muy entusiasmada con la idea.

Daphne se volvió hacia la puerta con el bolso colgado del hombro.

«No tiene equipaje», pensó Andy.

Estaba claro. Daphne Remington había ido hasta allí por capricho.

Cuando se cerró la puerta principal, Andy la siguió pensando en cómo Frank le suplicaría que escribiera esa historia, pero él ya habría hecho algún trato interesante en otro sitio.

Capítulo 2

Daphne estaba sentada en un taburete de vinilo rojo en la cafetería del drugstore, mirando con tristeza al hotel del Maiden Falls por la ventana.

«Yo pertenezco a ese sitio. Incluso tiene los mismos colores que yo llevo».

De pronto, se oyó un ruido fuerte. Se volvió y vio que en la televisión aparecía un jugador de béisbol con los dientes apretados y un bate en la mano. «Seguro que yo tenía ese aspecto en el hotel, pero sin bate»

A pesar de su determinación, no había conseguido que le dieran una habitación.

Hubo un tiempo en el que podía conseguir cualquier cosa.

«¿Cuándo perdí mi capacidad? ¿O quizá lo que he perdido es la confianza?»

Se abrió los botones de la chaqueta y volvió a mirar hacia el hotel. Hacía mucho calor en el drugstore.

Apareció un hombre detrás del mostrador.

—Walker, ¡te pagan demasiado como para que falles! —exclamó mirando a la tele. Después se dirigió a Daphne—. ¿Qué desea?

—Un refresco de cola light, con una rodaja de limón. Y ¿podría bajar la calefacción? El señor miró hacia la cocina.

—Siempre suben la temperatura. Ahora la bajo.

—Gracias.

—¿Algo más?

—Una gaseosa de lima —contestó una voz masculina—. Y una ración de patatas fritas con chili.

—De acuerdo —dijo el camarero, y se marchó.

Daphne miró al hombre que se había sentado a su lado. Tenía los ojos azules y el cabello rubio y bastante largo. Se preguntó si su aspecto desaliñado era a propósito o si no le importaba la moda.

—¿No podía sentarse en otro sitio? —le preguntó ella al ver que el resto de los taburetes estaban vacíos.

Él la miró y contestó:

—El que yo quería está ocupado. Daphne sintió que una ola de calor la invadía por dentro.

—Insolente —dijo ella, y se sorprendió al ver que le temblaba la voz.

—Le pido disculpas.

Por el brillo de su mirada se sabía que no lo sentía ni una pizca. Puesto que no se fiaba de su voz, asintió para indicar que aceptaba su

disculpa.

—Impresionante el discurso de «déme una habitación» que ha dado en el hotel.

«¿Me ha visto?». Ella miró de nuevo hacia el hotel. Si él estaba en el porche, podía haberla visto por las ventanas, pero dudaba que hubiera oído su conversación.

De pronto, Daphne recordó haber mirado a un hombre que estaba detrás de-ella. Pero estaba tan enfadada, que apenas recordaba quién era.

Era él.

Eso significaba que él se alojaba en el hotel. En su hotel. El lugar donde deseaba pasar el último fin de semana de anonimato.

Daphne miró hacia las estanterías que contenían artículos de belleza y la pequeña farmacia que había en la tienda, buscando a la señora Insolente.

—Estoy solo —dijo él al ver que buscaba algo con la mirada.

Daphne se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No era eso lo que estaba pensando — se aclaró la garganta—. Pero ya que lo menciona, resulta extraño que esté solo en ur¡ hotel para recién casados.

—¿Extraño? —arqueó una ceja—. No, Triste. Muy, muy triste.

De pronto, el ambiente se cargó con una fuerte atracción entre ambos.

Ella se fijó en que él tenía la mano en el mostrador, muy cerca de la suya.

—¡Aquí tiene! —dijo el camarero, interrumpiendo el momento. Dejó las bebidas sobre la barra y preguntó—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes? —cuando ellos negaron con la cabeza, agarró el mando del televisor y preguntó—. ¿Quieren que la apague?

En ese momento, una foto de Daphne apareció en la pantalla. Estaba detrás de G.D, quien, según el reportero, acababa de ganar un caso de fraude empresarial.

—Sí, apáguela—dijo Daphne. No quería que nadie la reconociera, y pensaba que ninguno de los dos hombres lo había hecho. En la foto, llevaba el cabello recogido en un moño, justo lo contrario a la masa de pelo rizado que llevaba en ese momento.

«Seguramente, exagero. ¿Quién iba a fijarse en mí en esa foto? G.D. es el importante». ¿Era su imaginación, o parecía una mujer pequeña colocada al fondo? Sin duda, insignificante.

De repente, Daphne vio su futuro con claridad. Pequeña, insignificante, siempre detrás de G.D.

Sintió que se encogía por dentro.

El hombre apagó el televisor y dejó la cuenta sobre el mostrador.

Andy le ofreció el plato humeante y grasiento.

—Sírvase —le dijo a Daphne.

—¿Qué es?

—Patatas fritas con chili, cebolla y jalapeños —agarró una patata con los dedos.

—No, gracias.

—Una lástima… se pierde algo bueno — después de tragar, añadió —. Su perfume… huele diferente que antes.

—¿Cómo puede oler algo con eso delante? —señaló el plato grasiento de queso y patatas.

Él sacó una petaca de plata del bolsillo y sonrió.

—Cuando me senté, me dio la sensación de oler a rosas y no a lilas.

—¿Lilas?

—El aroma que percibí en el hotel.

Andy no había estado lo bastante cerca de ella como para poder percibir su perfume. Y Daphne no era el tipo de mujer que se echaba mucha cantidad.

—Se llama Dulcinea.

—Dulcinea —murmuró él—. El personaje de Don Quijote —la miró —. ¿Don Quijote de la Mancha? ¿Ha leído el libro?

—Me gusta más la literatura contemporánea —recordó los años en los que asistió a una escuela privada en Inglaterra.

—Es curioso cómo la gente se olvida de que los escritores siempre fueron contemporáneos en su época. De todos modos, lo que me gusta de Don Quijote es su capacidad de ver la belleza oculta de los demás, a quiénes él ama con fidelidad. Ese amor le da la energía para participar en grandes batallas, realizar buenas acciones, convertirse en un caballero heroico.

Su forma de hablar pilló a Daphne por sorpresa. Con su vestimenta descuidada, no parecía un hombre capaz de apreciar historias románticas de amor y sueños. Pero lo más sorprendente era que hubiera dedicado su tiempo a leer un clásico de la literatura.

—Se le da muy bien el lenguaje. Andy abrió la petaca y se sirvió algo en el vaso.

—Sí, me llamaban el chico camelador.

—Eso es alcohol —dijo ella, señalando la petaca.

—Sí, me temo que tiene razón —removió la bebida con un cuchillo —. Vodka, para ser exactos.

—Creo que este establecimiento no tiene licencia para el consumo de bebidas alcohólicas.

—¿Me va a denunciar? —se guardó la petaca en el bolsillo—. Si lo hace, a lo mejor me llevan a la cárcel. Y eso hará que no pueda

compartir conmigo la habitación que tengo reservada en el hotel.

—¿Compartir....? Esto es una cafetería, no un bar de solteros.

Él estiró el cuello para mirarle el escote.

—Por el corpiño de seda y encaje que lleva, es evidente que conoce la diferencia. Daphne se sonrojó.

—Es un...

—Insolente. Lo sé —la miró fijamente—. Supongo que ahora es un buen momento para decirle que también soy reportero del Denver Post. Me llamo Andy Branigan.

Afortunadamente, Daphne estaba sentada porque le temblaba el cuerpo. «Reportero del Denver Post». Se apoyó en el mostrador. Había pasado los últimos años tratando de que olvidaran la imagen de La Rebelde Remington, pero no serviría de nada si aquel reportero escribía una historia sobre su escapada a Maiden Falls. Podía imaginárselo. Contaría que llevaba lencería fina, que había intentado conseguir una habitación en un hotel para recién casados sin que G.D. estuviera con ella...

Respiró hondo y trató de tranquilizarse. Después de todo, quizá él no supiera quién era ella.

—Eh, no se preocupe —dijo él—. No diré nada.

—¿De qué?

—De que eres Daphne Remington, de los Remington de Denver, la que va a casarse con el candidato a gobernador, G.D. McCormick —miró el anillo de diamantes que llevaba ella.

—Me ha reconocido en la televisión...

—No, en el hotel. Aunque la noticia de la televisión me lo confirmó, sobre todo por la cara de horror que puso cuando se reconoció en la pantalla. Es transparente, ¿lo sabe?

—Para hacer juego con mi atuendo de transparencias —contestó ella, sin ocultar su enfado.

—Eh, no estoy aquí para traicionarla.

—Las palabras son baratas.

—Imagino que una chica rica lo sabe bien.

—¿Cómo se atreve?

—Lo siento. Pero asume que voy a hacerle daño. Déme una oportunidad.

—Es reportero. Yo una Remington. Es lógico.

Era el momento de irse, antes de que lo que dijera o hiciera se filtrara a los periódicos del día siguiente. Cuando se bajó del taburete, Andy la agarró del brazo.

—Daphne —le dijo con seriedad—. Si quisiera escribir un artículo rápido sobre la Escapada de Remington, podría haber llamado ya. Si le

soy sincero, nada más verla, esa posibilidad surgió en mi cabeza. Pero no lo he hecho. Mientras la seguía hasta aquí, decidí una propuesta mejor. Una propuesta decente.

—Suélteme.

Andy obedeció. «No debería haberla agarrado así».

—Por favor, escúcheme. Además, no tiene medio de transporte, ¿dónde pensaba ir?

—¿Cómo lo sabe?

—No hay ningún Jaguar ni ningún Beemer en los alrededores —sonrió. Ella no. Pero tampoco se marchó.

—Este es el trato —dijo él—. Hace unos meses, el periódico me reservó una habitación en el hotel para que escribiera un artículo acerca de los hoteles para recién casados que hay en Colorado. Se publicará en mayo, antes de la temporada de bodas de junio y todo eso. Lo que me gustaría hacer, si está dispuesta, por supuesto, es aprovechar este fin de semana para hacerle una entrevista, escribir una historia sobre todo lo que le ha pasado a la Rebelde Remington, por qué se ha escapado en la víspera de su boda...

—¡No me he escapado!

—¿Tacones en las Montañas Rocosas? ¿Sin equipaje?

—¿Se da cuenta de lo que me hizo el periódico?

Al ver que se había puesto pálida, sintió cierto remordimiento por haberla seguido hasta allí. Si había aprendido algo después de que su abuelo muriera un año antes, era que la vida es demasiado corta. Desde luego, Andy era un hombre testarudo, pero eso no significaba que no reflexionara tratando de descubrir lo que importaba en esa locura de mundo. A menudo se preguntaba si su abuelo tenía razón, y realmente lo importante era cómo las personas tratan a los demás.

—Lo siento, Daphne. No debería... —no, no se echaría atrás. No había motivos por los que debiera sentirse culpable, lo que le ofrecía era bueno para ambos—. ¿Nunca has deseado que un artículo del periódico diera tu punto de vista?

Ella lo miró asombrada.

—Porque nosotros podemos hacer eso — dijo él, aprovechando el momento—. Podría ser un artículo que cuente cómo es la verdadera Daphne Remington, su pensamiento, sus opciones...

—A la gente le interesa más G.D.

—Por supuesto, G.D. Puedes hablar de sus ambiciones políticas, de su agenda, de lo que sea. Además, tendrás dos días de anonimato en Maiden Falls.

Ella se quedó pensativa.

—Mira, no quiero presionarte —se puso en pie y sacó dinero del bolsillo—. Es tu elección. Yo ya tengo un encargo para escribir un

artículo sobre las parejas que vienen a pasar la luna de miel en el hotel de Maiden Falls. Sólo pensé que podía ser beneficioso para ti, y para mí, escribir otro artículo.

—Nunca nadie del periódico estuvo interesado en mi punto de vista. Él la miró.

—¿Qué? Ah, ya, posiblemente te tocó uno de esos reporteros avispados que sólo están interesados en hacerse famosos.

—No como tú.

—Sabía que, si hablábamos un rato más, me comprenderías mejor —sonrió—. Eh, mi trato es de doble dirección. Algo para ti, algo para mí. Además, en el único lugar donde soy avispado es en...

Se calló a tiempo. «No lo estropees, Andy. Es una cafetería, no un bar de solteros. Ya te lo ha dicho la chica».

—¿Algo para ti? ¿Cómo qué? ¿Dinero? — preguntó ella.

—Claro. Dinero.

—Mentiroso. Tú también eres transparente —dijo ella—. Quieres que me abra a ti, entonces, dejemos que tú lo hagas primero. A ver, chico camelador, ¿qué es lo que quieres?

—Nada de sexo, si es lo que estás pensando.

—Por favor. Eres un chico atractivo y encantador y dudo que alguna vez hayas tenido que tramar una entrevista para acostarte con alguien. Tú, el avispado en la cama...

«Maldita sea». Normalmente era él quien hacía que el sexo opuesto se sonrojara. Lo peor de todo era que sentía que no era él quien tenía el control de la situación.

El problema era que nunca hablaba de su sueño. No le gustaba abrirse a la gente. Pero, en aquel momento, quería hablar de cualquier cosa que no fuera de sexo y de lo ardiente que aquella mujer debía de ser en la cama.

—Quiero escribir un libro —le dijo, y dio un gran trago a su vodka.

—¿De qué?

Andy dejó el vaso y se aclaró la garganta.

—De historia.

—¿Quieres escribir un libro de historia? — frunció los labios, y se dio cuenta de que lo había ofendido—. Lo siento, imaginaba que querrías escribir algo como...

—¿Hunter S. Thompson?

Ella se encogió de hombros.

Andy se echó hacia delante y, al moverse, le rozó la mano. Daphne tenía la piel suave y él se preguntó en qué parte del cuerpo se habría puesto el perfume de olor a rosas.

—Nunca juzgues un libro por su portada —dijo él—. Bajo este

forro polar de segunda mano y esta camiseta, late el corazón de un chico que ama esta tierra y su historia, y que desea hacerle justicia.

Por la manera en que ella lo miraba, con asombro y comprensión, él se preguntó si a ella la habrían juzgado mal tantas veces que le sorprendía que la acusaran de hacer lo mismo.

Al cabo de un momento, ella susurró:

—¿Cómo es tu habitación? Quiero decir...

—¿Dónde dormiremos?

Ella asintió.

—Dormiremos separados. Eh, se trata de trabajo. No soy tan idiota como para hacer algo que pudiera terminar en una denuncia por acoso sexual contra el periódico porque uno de sus reporteros ha cruzado la línea.

«Cállate, Andy». Sólo podía pensar en acariciarle su cabello rizado, su piel, e inhalar el dulce aroma de Dulcinea.

Pero no podía hacerlo. Y no lo haría.

—Es un hotel elegante, así que seguro que la habitación tiene un sofá en el que pueda dormir yo. Tú dormirás en la cama.

Daphne se mordió el labio inferior. Nadie más sabía quién era. Y Andy no se atrevería a desvelar su identidad. O a cometer una equivocación. Después de todo, la necesitaba para la entrevista. Eso significaba que su sueño de aprovechar la última oportunidad de tener un fin de semana en el anonimato, estaba a punto de convertirse en realidad.

Durante el trayecto en autobús había pensado incluso en ir a visitar la antigua mina, donde su antepasado Charles había labrado su fortuna. Su antigua casucha se había convertido en una casa victoriana, llena de objetos familiares que hacía años que no veía. Quizá si visitaba el lugar exacto donde su antepasado había vivido los años más felices de su existencia, a ella podría pasarle lo mismo.

Además, el autobús no regresaba a la ciudad hasta el día siguiente por la tarde. Así que tendría que quedarse en Maiden Falls durante, al menos, veinticuatro horas.

Miró a Andy a los ojos y vio algo diferente en su mirada. Ternura. Compasión, quizá.

«Este chico es un reportero, por el amor de Dios», se recordó.

Pero no quería contar una breve historia sobre ella, y podía haberlo hecho con facilidad. Se había acercado a ella con una propuesta que beneficiaría a ambos.

De pronto, sintió la misma emoción que cuando vio el autobús e imaginó esa aventura. Deseaba ser impulsiva otra vez, vivir la vida antes de que las normas sociales, las expectativas familiares y las críticas constructivas de G.D. ahogaran su capricho.

Daphne chocó su vaso contra el de Andy.

—Para que no juzguemos los libros por su portada.

—Belle's Room —Daphne leyó la placa de metal que había en la puerta de la habitación del hotel—. ¿Y qué es esto que pone debajo? «¿Nunca desechaba una buena mano?»

Andy metió la tarjeta en la cerradura. La habitación no estaba preparada cuando llegó al hotel, así que todavía no la había visto. La directora del hotel le había regalado un vale para una pizzería en compensación por la espera.

—La habitación lleva ese nombre en honor a Belle Bulette, una de las mujeres de la noche que trabajaron aquí desde 1891 hasta que, en 1895, todas las mujeres perdieron la vida a causa de un escape de gas —le contó Andy.

—¿Todas?

—Incluso un juez que estaba tomándose una copa con la madama —abrió la puerta—. Además de ser una mujer trabajadora, Belle también era muy buena disparando y una gran jugadora. Se llevaba el dinero de los hombres tanto en la mesa de juego como en la cama —hizo un gesto para que Daphne entrara.

—Una mujer emprendedora —murmuró Daphne, y entro en la habitación. Se detuvo de golpe—. ¡Perdónenos!

—¿Qué? —preguntó Andy.

Ella hizo una pausa y señaló hacia el espejo que cubría la pared que estaba detrás de la cama con dosel.

—Habría jurado que he visto el reflejo de… —se calló y miró hacia el asiento que estaba junto a la ventana.

—¿Qué ocurre?

—Una mujer —susurró Daphne, y se estremeció—. Estaba ahí sentada, dando un trago de una petaca.

La luz de la tarde se filtraba por las cortinas de la ventana. Andy miró el espejo. Debido a que el cristal estaba envejecido y a que había poca luz en la habitación, el reflejo de Daphne y el de él era indescifrable. Lo único que se podía ver era el color de sus cabellos. Él de ella, oscuro. El suyo, rojizo.

—Parecía tan real, y de pronto, nada… — dijo Daphne.

—Hay muy poca luz —dijo Andy—. Es fácil imaginarse cosas —buscó el interruptor en la pared y lo presionó. Una bonita lámpara de techo se encendió. Miró a su alrededor. La cama era grande y de metal, lo demás, infundía tranquilidad.

—Excepto que yo no soy de las que se imaginan cosas —murmuró Daphne—. Siempre digo lo que veo —frunció el ceño—. No irás a fumar aquí, ¿verdad?

Él miró el paquete de tabaco que acababa de sacar de su bolsillo.

—Deja que me lo piense —sacó un cigarrillo—. Sí —dijo, llevándoselo a los labios.

—Hay una señal de No Fumar en el piso de abajo.

—Un buen sitio —encendió una cerilla y prendió el cigarrillo.

Daphne le quito el cigarrillo de los labios.

—No.

—Eh, ¿quién ha invitado a quién a esta habitación?

—¿Quieres que te denuncie? ¿Y que me quede la habitación para mí sola? Él dudó un instante.

—No puedes hacer eso…

—Mírame.

Andy se fijó en el brillo de su mirada. Aquella mujer era de armas tomar. Por suerte, él sabía cómo manejar a esa clase de mujeres.

—De acuerdo, ve y denúnciame. Diré que entraste para robarme la habitación. Después del numerito que montaste en la recepción, me da la sensación de que se creerán mi historia antes que la tuya —se sentó en el asiento de la ventana.

—No serías capaz.

—Verás —dijo acariciando el terciopelo del asiento—. Creo que la policía lo llama allanamiento de morada. La noticia de tu delito estará en Internet antes de un segundo. Los reporteros se agolparían en el lugar.

—¿No estás llevando esto un poco demasiado lejos? —le devolvió el cigarrillo— Adelante, muérete de cáncer de pulmón.

—Eres optimista, ¿no? —lanzó el cigarrillo a una papelera—. Te ahorraré que tengas que ser fumadora pasiva. Lo creas o no, soy un caballero.

—Pensé que eras un avispado —se rió Daphne—. Eres calculador, chulo…

—Pero sexy. Admítelo.

Andy se fijó en que Daphne se había sonrojado.

«Así que opina que soy sexy».

Percibió cierto olor a lilas y de pronto pensó en la foto que había visto en el álbum.

—Belle también era una rebelde. Daphne arqueó una ceja.

—Yo ya no soy la Rebelde Remington…—se volvió para mirarse en el espejo, pero no antes de que Andy pudiera ver cierta tristeza en su rostro. ¿Le gustaría el apodo porque se sentía identificada con él?

—Cuando Belle Bulette llegó a Maiden Falls, nunca dijo de dónde venía —Andy se puso en pie—. Pero creo que Belle Bulette, y esto es pura especulación, es un juego de palabras sobre el apodo que tenía

cuando vivía en Tombstone, que era Bonnie Bullet. Era una chica lista, cabezota, valiente. Con mucho carácter.

Durante un instante no estaba seguro de si había descrito a Belle o a Daphne.

Pero sí estaba seguro de haber oído que a ella le sonaba el estómago.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—La historia cuenta que Belle, bueno, cuando era Bonnie, disparó a un hombre durante una partida de póquer en Tombstone.

—¿Disparó?

—Sí, y lo mató.

—¿Por qué?

—Había hecho trampa con las cartas. Las luces titilaron.

—¿Has visto eso? —preguntó Andy.

—Posiblemente haya sido el viento.

Él miró por la ventana y vio que los árboles se movían.

—Después de matarlo, se marchó de Tombstone y nadie supo más de ella.

—Pero dijiste que vino aquí...

—Son conjeturas, pero creo que estoy en lo cierto. Bonnie y Belle eran chicas de la noche, jugadoras expertas, y ambas llevaban un Colt, 44 Peacemaker. Por desgracia, no hay buenas fotografías de Bonnie, aunque hay gente que ha descrito su melena rojiza hasta la cintura. Su amante, un jugador que se llamaba Drake Galloway, siempre llevaba un rizo suyo. Lo encontraron en su bolsillo cuando murió. Sus últimas palabras fueron que la amaba.

Un vaso que había sobre una mesa comenzó a temblar.

—¿Has oído eso? —preguntó Daphne. Él se encogió de hombros.

—Posiblemente haya sido el viento —se acercó a la mesilla de noche y descolgó el teléfono—. ¿Qué tipo de pizza quieres?

—Diles a los del servicio de habitaciones que quiero una pechuga de pollo asada y una ensalada. Con limón.

—Lo siento, cariño, pero este reportero va a guardarse las dietas para un trago de algo fuerte. Entretanto, vamos a utilizar mi vale para la pizzería —después de pedirle al recepcionista que le pusiera con Pete's Pizza, Andy dijo—: Me gustaría encargar una pizza grande, con extra de queso...

—Yo no quiero queso extra.

—... salchichón, salchichas...

—Quiero verduras.

—Y póngale un poco de cebolla. Estamos en el hotel Maiden Falls,

en la Belle's Room, en la segunda planta.

Daphne deseó no haberse gastado los últimos veinticinco dólares en crema para la cara y un cepillo de dientes porque así podría comprarse una ensalada. Había decidido que no debía utilizar las tarjetas para evitar la posibilidad de que alguien le siguiera la pista.

Aunque dudaba que su familia, o G.D. notaran su ausencia, no quería correr riesgos. ¡Sobre todo cuando iba a compartir habitación con un reportero del Denver Post

Andy se acercó a la puerta y agarró el pomo.

—En el recibidor habrán servido oporto, queso y crackers. Iré a buscar un poco para tomarlo antes de que llegue la pizza.

—Queso, crackers, pizza —murmuró Daphne.

—¡Eh, tres de los cuatro grupos de alimentos! —dijo Andy, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Belle se tomó otro trago de whisky y después guardó la petaca en la cinturilla de sus pololos. «Demonios y...». Se mordió la lengua y confió en que la señorita Arlotta no la hubiera oído blasfemar. Pero era lo que necesitaba, si no, ¿qué iba hacer en una habitación con un hombre y una mujer que ni siquiera eran amantes? Desde luego, podría olvidarse de conseguir la última muesca para llegar al Gran Picnic en el Cielo.

Observó a la mujer de cabello oscuro mientras recorría la habitación mirando los muebles y el contenido de lo que llamaban un minibar.

Quizá todavía pudiera conseguir el último punto...

Belle había sido una buena jugadora porque nunca se echaba atrás en un reto. Si lo pensaba bien, estar en una habitación con una pareja de amigos era apostar fuerte. Si conseguía que esas dos personas sintieran el calor, Belle podría ganar muchos puntos, y eso la haría avanzar rápido hacia el Gran Picnic.

«¿Sentir el calor?», sonrió. No era mala idea.

Señaló el termostato, movió el dedo y flotó hasta la puerta. Mientras la cosa se iba cociendo allí arriba, iría a ver qué táctica podía emplear con Andy en el piso de abajo.

Además, sentía mucha curiosidad por saber cómo había averiguado su pasado. Nunca, en el tiempo que llevaba en ese hotel, casi ciento nueve años, nadie había llegado a la conclusión de que en realidad era Bonnie Bullet de Tombstone.

Lo que significaba que tampoco nadie sabía su historia con Drake Galloway.

Belle había preparado sus secretos, algunos preciados y otro dolorosamente tiernos, para llevárselos con ella hasta la eternidad. No

esperaba que un rufián se alojara en su habitación con cierta información que ella no había sabido nunca…

Que las últimas palabras de Drake habían sido que la amaba.

Conteniendo un fuerte sentimiento de tristeza y nostalgia, Belle salió de la habitación, sin darse cuenta de que la licorera vibraba a su paso.

Capítulo 3

Unos minutos más tarde, Andy entró en el recibidor y pasó junto a una pareja que se besaba apasionadamente, muy cerca de una bandeja de quesos que había sobre una mesa. Si se echaban un poco hacia atrás, podrían causar serios daños al Camembert.

La chica se separó de su acompañante para respirar un instante y después volvió a besar al chico.

—Perdón —murmuró Andy, y partió un poco de queso con miedo de que lo aplastaran. Después, agarró unas galletas saladas y las puso en el plato. Con la otra mano, agarró la botella de oporto y se detuvo un instante.

Otra vez el olor a lilas.

Miró a su alrededor, pero los únicos que estaban en la habitación eran la pareja y él. De pronto, un sonido llamó su atención, como si algo rozara contra la madera de la mesa.

Se fijó en los platos de queso, en la cesta de fruta, la de cubiertos y los vasos. Cerca de un salero vio la caja de una baraja de cartas y le dio la sensación de que se movía ligeramente.

«Claro. Las cartas se mueven».

«Después veré que el queso flota».

Sirvió un poco de oporto en una copa y dio un sorbo, saboreando el líquido que calentaba su garganta.

La pareja se tambaleó hacia él.

Andy los miró y se preguntó por qué algunos hombres protagonizaban esas ridículas escenas de pasión. «Vete a la habitación. Que para eso la estás pagando».

Belle se apoyó contra la mesa y observó a Andy.

«Eres un cínico, ¿no es así?».

Golpeó la baraja con los dedos, preguntándose si debía de hacer otro movimiento. Pero le dio la sensación de que era una causa perdida. Andy ya estaba bastante molesto con la pareja, cuya mujer fantasma, Glory, tenía asegurada una muesca el fin de semana.

Belle miró a Andy otra vez, preguntándose si sabría que, cuando se enfadaba, el cuello se le ponía rojo, casi del mismo color que su pelo.

Ella nunca había mostrado sus sentimientos de esa manera. En vida, no podía permitírselo porque para ser un buen jugador había que ser un maestro de la neutralidad expresiva. Sin embargo, se sentía identificada con el cinismo de Andy porque ella también había sido así. Cuántas veces le había dicho su querido Drake: «Cariño, haces que una mirada escéptica sea ambivalente».

Ella siempre se defendía diciéndole que una mujer sola en la frontera, no sólo debía ser dura, sino también una buena negociante. Y que para eso ahorraba dinero, para llegar a tener su propio negocio algún día. Un selecto salón de juego, un lugar más elegante que el Denver's Palace Theater.

Belle suspiró. Le parecía gracioso recordar que, durante una época, el dinero era lo que la había hecho avanzar. Y que, después, habían sido las muescas.

Vio cómo Andy hacía equilibrios con el plato de comida en una mano y dos vasos en otra.

«No es malo con las manos», pensó. Lo recordaría para más tarde, cuando la cosa se calentara. Sonrió, pensando en cómo había calentado la habitación antes de salir.

Belle movió la baraja de cartas una vez más, deseando que a Andy se le ocurriera la posibilidad de jugar un póquer quitándose prendas. Le costaba más contagiarle la idea debido a la energía de la pareja apasionada. El amor verdadero era una fuerza salvaje a tener en cuenta, algo que Belle no descubrió hasta que no dejó el reino de la tierra. Si los humanos supieran lo poderosos que eran los efectos del amor, quizá decidieran hacer las cosas de otro modo.

Andy miró hacia arriba como sobresaltado. Después, sonrió despacio, con un centelleo impuro en la mirada.

«Bingo», pensó Belle, y se alejó, complacida con su capacidad de enviar pensamientos. A veces también funcionaba con los sueños, un truco que estaba perfeccionando.

Andy salió del recibidor tarareando una canción y Belle lo siguió. Una cosa peculiar de ser un fantasma era que podían sentir las vibraciones de cualquier cosa. De un árbol, de un amanecer o, incluso, de un deseo. Un humano tarareando era algo extremadamente sensual. Subió las escaleras flotando y dejándose envolver por la voz melódica de Andy.

«Drake también tenía buena voz para cantar».

Un curioso dolor la invadió por dentro al recordar lo que Andy había dicho: «Sus últimas palabras fueron que la amaba».

Ella tragó saliva tratando de contener su arrepentimiento. Se había marchado de Tombstone sin decir adiós. Había pensado que era más sencillo de esa manera. Si interrogaban a Drake sobre su paradero, él no tendría ninguna información que darles. Un mes más tarde, cuando descubrió que estaba...

Bueno, regresar significaba enfrentarse a la ley y cumplir pena de cárcel, así que decidió continuar su camino. Pensaba que, con los años, Drake la olvidaría, se casaría de nuevo y formaría una familia. Nunca imaginó que Drake moriría pensando en ella...

Amándola.

Si el corazón siguiera latiéndole, sin duda, se le habría roto en ese mismo instante.

Con el plato y las copas de oporto en la mano, Andy llamó con la bota a la puerta de

—¿Ha perdido la llave? —le preguntó una mujer.

Andy miró por encima del hombro y vio que la directora del hotel estaba en el pasillo.

Al mismo tiempo, Daphne preguntó desde dentro de la habitación:

—¿Quién es?

La directora miró hacia la puerta.

—Soy yo —dijo Andy, y se aclaró la garganta—. Tu marido.

No estaba seguro de si su respuesta era la adecuada, pero le parecía mejor estar casado en un hotel para recién casados y no que pareciera que había salido a buscar a una mujer desconocida.

Algo que había hecho.

Se abrió la puerta y Daphne se apoyó en el pomo. Iba vestida con los pantalones y el corpiño verde de seda. A través de la fina tela, él pudo ver el contorno de sus pezones oscuros. Sintió que el deseo lo inundaba por dentro.

—¡Por fin! —ella se dio aire con la mano—. Siento tanto calor... —se calló a mitad de frase y miró, boquiabierta, a la directora.

La directora la miró pestañeando con rapidez.

Andy se apresuró a entrar en la habitación, tratando de que no se le cayeran las copas.

—Mi esposa ha llegado después que yo, y no sabía que ya me había registrado.

Por fortuna, la directora no lo había visto cuando Daphne montó el numerito en recepción.

—Pero... Podría haber mencionado su nombre, o haber dicho que era su esposa — dijo la directora, confusa.

«También podía haberse quedado con la chaqueta puesta y no alterar mi libido, abriendo la puerta vestida con esa prenda tan provocativa», pensó él.

—Ha estado viajando durante días...

—Un día —le corrigió Daphne.

—¿Desde Denver? —preguntó la directora con el ceño fruncido—. Sólo estamos a una hora en coche de allí.

—Ella... ha venido caminando. La directora se fijó en los zapatos de tacón que llevaba Daphne.

—Desde el autobús al hotel —Daphne se encogió de hombros—.

Soy muy buena caminando con tacones.

Andy la imaginó desnuda, sólo con los tacones.

—Tenemos que irnos —dijo, y empujó la puerta con el pie.

—Están casados, ¿pero viajan por separado? —preguntó la directora.

—Viajamos por separado —dijo Daphne, alzando la voz—, por si ocurre un accidente. Así el otro sobrevivirá. Lo hacemos por los niños...

Cerraron la puerta del todo.

—¿Un accidente? ¿Por los niños? Eres optimista, ¿no? —dejó el plato y las copas sobre una mesa.

—Trataba de que nuestra historia pareciera legítima. Alguien tenía que hacerlo porque el reportero de turno estaba perdiendo el hilo.

—Perdona.

Ella se quitó un mechón de pelo de delante de los ojos.

—¿Soy tu esposa? ¿La que ha caminado desde Denver durante días?

Él abrió la boca para contestar, pero se fijó en la franja de encaje negro que rodeaba el corpiño de seda y en la piel rosada que se veía.

—Si quieres que diga cosas con sentido, déjate la chaqueta puesta.

—En cuanto te marchaste, empezó a hacer un calor insoportable.

—Creía que debería ser al revés.

—¿Qué?

—Que haría un calor insoportable cuando yo estoy en la habitación, y no al revés.

—Eres un descarado.

—Eso he oído —y sería algo peor si no dejaba de mirar sus pechos. «Tiene razón. Hace mucho calor aquí», pensó. Se acercó al termostato y presionó el botón para bajar la temperatura varias veces—. Lo has puesto a treinta grados.

—¡Yo no lo he tocado! Ni siquiera sabía que estaba ahí. El termostato es blanco, igual que la pared.

Daphne tenía razón. Él sabía dónde estaba porque lo había visto antes cuando buscaba el interruptor. Aun así, no estaba a treinta grados cuando entraron en la habitación por primera vez, quizá Daphne lo había rozado sin querer.

—De acuerdo —dijo él—. Lo he bajado a veintiuno. Bajará la temperatura enseguida. ¿Qué es eso?

—Ah —Daphne señaló la sábana que colgaba del techo y dividía la cama en dos mitades—. Pensé que sería útil dividir la cama. Ya sabes, tu lado y mi lado.

Andy miró al techo, donde un extremo de la sábana estaba atada a

la araña de cristal y el otro al grupo de luces que había sobre el espejo de la pared.

—¿Has colgado una sábana para asegurarte de que permaneceré en mi lado de la cama? Podrías haber trazado una línea con un rotulador negro y haberte ahorrado el esfuerzo.

—Pensé que sería más fácil si no nos veíamos el uno al otro.

Él la miró, sorprendido por su razonamiento.

—Cuando duermo, tengo los ojos cerrados. No necesito una sábana para no verte —se quitó el forro polar y lo tiró sobre una silla. Hacía mucho calor, y daba la sensación de que cada vez hacía más—. De todos modos, ya te he dicho que dormiré en el sofá.

—¿Con qué parte del cuerpo? La superior o la inferior. No es tan grande.

—En el suelo, entonces —miró a Daphne, que estaba de pie con los puños en las caderas.

—Es de madera —dijo ella.

—¿Eh? —preguntó él distraído por su atractivo.

—El suelo. Es de madera.

Andy hizo un esfuerzo para dejar de pensar en cómo sería lamer mantequilla derretida sobre su piel desnuda.

—He dormido sobre duro otras veces.

—¿Qué?

—En el suelo —se aclaró la garganta—. Quiero decir que he dormido en suelos duros otras veces. Utilizaré una manta y una almohada. Estaré bien —«será un infierno acurrucarme sobre el suelo duro sabiendo que tu cuerpo está tan cerca...».

—No seas tonto. Dormiremos juntos en la cama. Me fío de ti.

«Menos mal que uno de los dos confía en mí», pensó Andy.

—Necesito una copa —se acercó a la mesa, y agarró una copa de oporto. Quizá debería darse una ducha de agua fría para tratar de olvidarla. «Debería haber aceptado la proposición de Donita».

Donita era la nueva columnista de la sección de sociedad del periódico. Una mujer nerviosa, gordita, y sin reparos a la hora de hacerle proposiciones a un hombre. Andy lo había descubierto la semana anterior, en el Supreme Court Bar, cuando ella le acarició la entrepierna con el pie descalzo.

El problema era que, por mucho que Andy tuviera una reputación con las mujeres, también tenía cierta integridad. Por ejemplo, no tonteaba con sus compañeras de trabajo. Y no se acostaba con una mujer sólo porque ella le dejara claro que estaba disponible.

Sin embargo, esa noche estaba a punto de compartir cama con una mujer que le había dejado claro que no estaba disponible. Aunque ella cambiara de opinión, lo último que necesitaba era provocar la ira del que posiblemente sería el futuro gobernador del estado.

«Me espera un largo fin de semana», pensó dando un suspiro.

Agarró la otra copa y se volvió para ofrecérsela a Daphne.

—Toma una copa.

Al otro lado de la habitación, algo llamó su atención en la mesilla de noche.

¿Una baraja de cartas? Antes no había ninguna allí.

—Gracias —dijo Daphne, y aceptó la copa. Andy la miró, sin saber si lo que sentía en su interior era frío o calor.

Daphne se secó la cara con una toalla y se miró en el espejo del baño, deseando no haberse gastado todo el dinero.

«Debería haberme comprado la crema más barata para haber comprado también maquillaje». Se fijó en las pecas que tenía en la nariz y que siempre había odiado. «Andy dijo que era transparente».

Arqueó una ceja. ¿De veras? Quizá había percibido alguno de sus sentimientos pasajeros, pero ella no era lo bastante transparente como para que él hubiera averiguado su pensamiento íntimo ni sus sueños. Hacía mucho tiempo que había aprendido a mantenerlos ocultos.

Abrió la puerta y salió a la habitación.

Se detuvo en seco.

Parecía como si la habitación estuviera iluminada con velas y no con electricidad. Miró la araña de cristal. Extraño. Las bombillas daban una luz tenue. Recordaba que Andy le había dado a un interruptor y no a un regulador para encender la luz.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Andy. Estaba en la cama, apoyado sobre varias almohadas y con el ordenador portátil sobre las piernas.

—Me ha sentado bien mojarme la cara.

—Me alegro —volvió a centrar la atención en el ordenador.

«¿Me alegro? ¿Me alegro de que te hayas refrescado? ¿O me alegro aunque pueda contar las pecas de tu nariz?». Daphne cerró los ojos. «No importa. Éste es mi fin de semana, no una cita», pero al pensar en Andy una ola de calor se apoderó de ella. «De acuerdo, olvidémonos de que éste es mi fin de semana. Lo que opine sobre mí me importa. Pero no me he olvidado de que estoy comprometida».

Jugueteó con el anillo que llevaba en la mano, preguntándose cuándo había comenzado a parecerle tan pesado.

Abrió los ojos y miró a Andy. Tenía la cabeza agachada, y un mechón de cabello rojizo le caía sobre la frente. Cuando estaba

concentrado, no parecía tan chulo, sino el tipo de hombre capaz de leerse una obra literaria de principio a fin.

Daphne se estremeció al pensar en si se concentraría de la misma manera cuando hiciera el amor.

«Pensar en el sexo es lo último que deberías estar haciendo ahora», se amonestó. Además, había sido a ella a quien se le había ocurrido colgar una sábana para separar las dos mitades de la cama.

—¿Qué piensas? —le preguntó Andy, levantando la vista. «En sexo. En ti».

—¿Estás trabajando en tu artículo sobre los hoteles para recién casados? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Un poco. También preparando las preguntas para la entrevista que quiero hacerte.

—¿Cómo...?

Andy la miró de arriba abajo y después a los ojos.

—Te has vuelto a poner la chaqueta.

—Eso no es una pregunta —le dijo ella. «Le gusta mi aspecto».

—¿Quieres... quitarte la chaqueta?

—Eso no parece una entrevista.

—No, pero es una pregunta.

Ella soltó una risita. Andy la miró con interés y esbozó una sonrisa. Cuando la miró con detenimiento, ella sintió que el cuerpo le ardía por dentro.

En un segundo, como si estuviera viendo una fotografía, vio la cama sin la sábana divisoria y dos cuerpos desnudos entrelazados...

Al darse cuenta de que eran Andy y ella, se quedó boquiabierta.

La imagen se desvaneció y vio a Andy mirándola de forma ardiente y pecaminosa.

El tipo de mirada que le recordaba que estaban solos en una habitación de hotel, y que la puerta estaba cerrada...

Observó su reflejo en el espejo que había detrás de la cama. Tenía el rostro sonrojado, y el cabello rizado y desordenado. Y esa sonrisa... nunca se había visto sonreír de esa manera. Le brillaban los ojos, y los labios se le curvaban como si ocultara un secreto...

Al verse así, tan viva y excitada, recordó cuánto tiempo hacía que no se sentía de esa manera. Se percató de que lo que sentía en ese momento, era mucho más real que todo lo que había, experimentado en todos los años que había pasado comportándose bien.

Porque, en realidad, era una rebelde. Le encantaba la vida libre y sin restricciones. Le encantaba ser salvaje, pero en los últimos tiempos, había tratado de convertirse en lo que todo el mundo le decía que debía ser. Y en un momento de lucidez, comprendió por qué.

Había abandonado.

Había abandonado creyendo que en otro momento encontraría otra oportunidad para amarrarse a la vida sin miedo ni culpabilidad. Creyendo que conocería a un hombre cuya sonrisa fuera el camino a la aventura, la felicidad y la pasión...

—Andy —susurró, abriéndose la chaqueta—. Ven aquí...

Capítulo 4

Toc, toc, toc.

—La puerta —susurró Daphne. Andy asintió despacio.

—La puerta —repitió, y se pasó los dedos entre el cabello—. Es cierto, la puerta —dejó el ordenador a un lado.

Belle se levantó del sofá. .«¡No!».

Andy se bajó de la cama y se puso en pie.

«¡No! ¡No abras la puerta! Ella te desea, ¡estúpido!».

Andy se detuvo sobresaltado. Miró a Daphne. Sus miradas se encontraron.

«¡Bien!», Belle le transmitió la imagen de Daphne y él jugando al póquer con prendas, ella quitándose el corpiño verde de seda, sus senos desnudos iluminados por la luz de una vela.

Andy esbozó una sonrisa.

Toc, toc toc.

—El servicio de habitaciones, con la pizza que han encargado.

Andy pestañeó, dudó un instante y miró a Daphne.

—Queremos la pizza., ¿verdad? —preguntó rascándose la barbilla.

Ella se acarició la solapa de la chaqueta.

—Sí —susurró.

—De acuerdo —Andy se volvió, atravesó a Belle y se dirigió a la puerta.

«¡No!» Belle se movió asombrada por el deseo que emanaba de aquellas dos personas, algo que había sentido cuando Andy pasó a través de ella.

A menudo había sentido la energía sexual entre una pareja, ¡pero la de aquella era tremenda! Era una energía ardiente, poderosa... como el calor punzante de una hoguera.

Se detuvo delante de Daphne. «¡Debes detenerlo!», se esforzó por implantar un pensamiento en la cabeza de Daphne, acompañado de la imagen de ambos en la cama, haciendo el amor, pero era como si el pensamiento chocara contra un muro de piedra. Maldita sea, el truco era demasiado nuevo.

Andy se acercó a la puerta, dando la espalda al resto de la habitación.

Desesperada por hacer algo, cualquier cosa, Belle se materializó.

Daphne la miró asombrada. Abrió la boca...

—No grites —susurró Belle, mostrándole la palma de las manos.

Toc, toc, toc.

—Ya va, un momentito —dijo Andy.

Como si el ruido de la puerta la hubiera hecho volver a la realidad,

Daphne comenzó a señalar con el dedo.

—Fan... Fant...

—¡Ya va! —dijo Andy al ver que seguían insistiendo. Murmuró algo sobre las mujeres, las pizzas y el sexo.

«Demonios. ¿Cómo se supone que voy a solucionar este desastre?».

La voz de la señorita Arlotta resonó por la habitación.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? ¡Le has dado un susto de muerte a esa mujer!

«¿De muerte? Espero que no. Este sitio ya está bastante lleno de muertos».

Andy comenzó a abrir la puerta.

Rápidamente, Belle se desmaterializó. Se acercó a Daphne y le dijo:

—Ese hombre y tú estáis hechos el uno para el otro.

Daphne se quedó paralizada, tomó aire y dio un fuerte chillido.

Andy la miró.

—¿Qué diablos...?

El botones permaneció en la puerta asombrado, con la caja de pizza en la mano.

—¿Pizza? —preguntó.

—¡Belle! —ordenó la señorita Arlotta—. ¡Sube ahora mismo!

Sintiéndose frustrada, Belle salió por la puerta hacia las escaleras, haciendo que la licorera temblara a su paso.

—He sentido un golpe de aire frío —susurró el botones.

A Andy le pareció haber olido a lilas otra vez pero, desde luego, no iba a añadir su sensación al ambiente enrarecido que ya invadía la habitación. ,

—Daph... Cariño, ¿estás bien?

—No —ella miró al botones y después a Andy—. Sí. Pensé que había visto...

—¿Un insecto? —preguntó Andy.

—Más o menos —Daphne sonrió de manera forzada—. Ya se ha ido —dijo como

Andy lo comprendió. Ella no quería montar una escena porque lo último que deseaba era que alguien relacionara a la mujer histérica que estaba con un desconocido en un hotel para recién casados con Daphne Remington.

—Dame eso —dijo él, y agarró la pizza.

—¿Esa cosa se ha movido? —preguntó el botones, señalando la licorera que había sobre una mesa.

Andy agarró la caja de la pizza con fuerza. En los últimos minutos se había visto atormentado por la imagen de cinco cartas y Daphne semidesnuda, teniendo que elegir entre una mujer o una pizza

caliente. El antiguo Andy nunca habría elegido la pizza, pero un grito aterrador, una ráfaga de aire frío y el aroma a lilas...

Dejó la caja cerca de la licorera, sobre una mesa de mármol redonda.

El chico señaló hacia allí.

—Esa botella se ha movido hace unos segundos.

—Es el viento —Andy sacó unos billetes del bolsillo.

—¿El viento? —el chico miró hacia las ventanas—. Están cerradas.

—Entonces, una corriente. A pesar de toda la reforma y la decoración interior, el edificio es muy viejo.

El botones miró hacia un lado y otro del pasillo, se acercó a Andy y susurró:

—Dicen que el lugar está encantado.

—Sí, claro —Andy le dio los billetes.

—No, en serio —dijo el chico—. Dicen que las mujeres que solían trabajar aquí todavía están en el hotel.

Andy miró a Daphne por encima del hombro y vio que estaba en medio de la habitación con el aspecto de haber visto un fantasma.

—Escucha —le dijo al chico—, cuando uno se cree cosas como ésa, está perdido. Es como tener miedo a la oscuridad. Al final se encuentran motivos para tener las luces encendidas toda la noche. Todo está en la cabeza —leyó su nombre en la etiqueta de la chaqueta —. Billy, gracias por traernos la pizza hasta la habitación. Que pases una noche estupenda, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo el chico con una sonrisa—. Buenas noches, señor.

Andy cerró la puerta y se dirigió hacia donde había dejado su suéter. Tenía un poco de frío, pero no porque el chico hubiera dicho que había notado algo extraño. Estaba oscureciendo y en las montañas la temperatura bajaba de golpe.

—¿Quieres contarme por qué has gritado? —preguntó.

—He visto algo.

—Eso has dicho —se puso el suéter y esperó a que le contara más —. ¿Y ese algo era...?

—Nada —dijo Daphne—. No quiero hablar de ello.

—De acuerdo. Vamos a cenar —dijo, acercándose a la mesa. Abrió la caja de la pizza y, al oler el queso y la carne, le hizo ruido el estómago—. Eso ha sido mi estómago. Para que conste.

—Uy, pensaba que era el temblor de la licorera.

Había recuperado el sentido del humor. «Debe de sentirse mejor respecto a lo que la molestaba».

—Mira —dijo él—, sea lo que sea que haya hecho para disgustarte, lo siento.

—No has hecho nada para disgustarme.

—De acuerdo. Entonces, continuemos y olvidémonos del póquer de prendas —«maldita sea», pensó—. Quiero decir, olvidémonos de lo que hice o no hice pero que no te disgustó…

—He visto un… fantasma.

—Ha sido el viento.

—No ha sido el viento. Era un fantasma —miró hacia el sofá.

—¿Todavía lo ves?—preguntó él, mirando el sofá vacío.

—La ves.

—A ella —«¿qué diablos estoy haciendo? Ahora hablo de ella como si existiera».

—No, no la veo. Pero no significa que no esté aquí. Desapareció delante de mis ojos. Pero se acercó mucho a mí y olí a lilas…

«¿Lilas?», Andy sintió un nudo en el estómago. No. No podía dejarse llevar por esa locura. Tenía que ser el perfume de la directora que permanecía en el ambiente porque ella estaba todo el rato moviéndose por el hotel, buscando a los chicos solteros que llevaban mujeres a escondidas.

Se aclaró la garganta.

—Estás permitiendo que esos rumores acerca de fantasmas se apoderen de ti…

—Lo típico, un hombre poniendo en duda lo que dice una mujer.

—Escucha, Daphne, sólo porque ese chico haya dicho que el hotel está encantado, no tiene por qué ser cierto. Se dice que están encantados todos los hoteles de más de cincuenta años. En ese sitio que está cerca de Colorado Springs se supone que Teddy Roosevelt va por los pasillos con el rifle en la mano diciendo: «¡bravo!». Son historias que atraen el negocio. Venga, vamos a cenar.

—Ella dijo que… Daphne no terminó la frase.

Andy sacó las servilletas.

—¿Ella?

—La fantasma.

—¿Te gustan los jalapeños? Espero que sí, porque han recubierto la pizza con ellos…

Se calló al ver la expresión de terror que tenía Daphne. Parecía tan vulnerable, que se quedó desconcertado. No la conocía bien, pero le daba la sensación de que nunca bajaba la guardia, que nunca confiaba en nadie, y eso lo entristecía.

—Lo siento —murmuró—. No debería haber restado importancia a tus sentimientos.

Daphne se había quedado paralizada en el sitio, aturdida por todo lo que había sucedido en los últimos minutos. Era una mujer con

mucha imaginación, pero nunca había visto un fantasma, y menos, un fantasma que hablara.

«Es el estrés», pensó. «Últimamente estoy muy estresada».

Se sentía presionada por su familia, sus amigos y por Gordon. Estar a punto de casarse ya era bastante estresante. Y más cuando una se iba a casar con un político. Se ponía nerviosa incluso haciendo cosas normales como ir a cenar con sus amigas, por miedo a que alguien contara que había dicho o hecho algo inapropiado.

Una fuerte ansiedad se apoderó de ella y se preguntó cuándo terminaría todo aquello. Había deseado escaparse durante el fin de semana, pero sabía que sólo era una solución temporal. En cuanto regresara a casa, todo el mundo volvería a fijarse en ella.

Cerró los ojos tratando de controlar la aprensión que sentía.

— ¿Daphne? Ella abrió los ojos.

Andy estaba frente a ella, preocupado, mirándola fijamente con sus ojos azules.

— ¿Por qué no te sientas? —la agarró del brazo.

—Estoy bien...

—Deja que me ocupe de ti.

Era un gesto protector, pero estaba tan cerca de Daphne que, de pronto, ella se percató de la diferencia de tamaño que había entre ambos. Era un hombre alto, fuerte y muy masculino. Gordon era más alto, pero cuando se acercaba, ella apenas notaba su dominación.

Con Andy podía sentir su preocupación.

También percibía otras cosas. Cómo la luz iluminaba los mechones dorados de su cabello pelirrojo. La pequeña cicatriz de su barbilla. Su aroma masculino.

Su respiración mezclándose con la de ella.

Poco a poco, sintió que su temor desaparecía gracias a la presencia de Andy.

Asintió, sin recordar cuál había sido la pregunta. Se fijó en sus labios y se preguntó cómo serían sus besos.

El deseo se apoderó de ella y, durante unos instantes, no deseó más que estar entre los brazos de aquel hombre, explorar su calor, su aroma, arder con sus caricias...

Era como si la palabra «amantes» flotara por la habitación y los rodeara como una caricia suave como la seda.

—¿Te quieres sentar? —repitió Andy.

—Sí —susurró ella, y lo agarró de la mano—. Oh, sí.

La señorita Arlotta arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—Dos muescas negras.

—¿Dos? —Belle también se cruzó de brazos—. Una, por blasfemar.

—Belle, cariño, esto no es negociable. Blasfemaste y te materializaste en el momento inadecuado. Dos muescas negras.

«¿Dice que no es negociable?». Belle sabía que a la señorita Arlotta, igual que a ella, le encantaban los negocios cuando estaba viva. Y para ser una buena mujer de negocios había que ser una negociante rápida y despabilada.

Pero a veces las negociaciones necesitaban ayuda…

Belle miró al juez, que estaba en una esquina leyendo un libro. Él era el único que podía invalidar una decisión de la señorita Arlotta, en parte por su reputación de juez honrado y, en parte, porque tenía la llave para alcanzar el corazón de la señorita Arlotta. Antes y después. La noche del escape de gas estaba disfrutando de una copa nocturna en el despacho de la señorita Arlotta, los dos vestidos con sus mejores galas. Después del accidente, seguía viviendo en el hotel, aplicando su experiencia como juez cuando era necesario y amando a Lotta, como él la llamaba, hasta que todas las chicas llegaran al Gran Picnic en el Cielo.

Porque, como todos sabían, sólo cuando las chicas se salvaran el juez y la señorita Arlotta podrían continuar su camino.

Al ver que no levantaba la vista del libro, Belle comprendió que estaba dejando la decisión en manos de la señorita Arlotta.

—Estoy dispuesta a confesar que he blasfemado.

—No hace falta, Belle, te he oído.

—Pero respecto a lo otro, ellos ya habían entrado en mi habitación cuando me materialicé.

—Cierto. Pero a esa mujer le has dado un susto de muerte. ¿Cómo se llama?

—Daphne.

—Daphne. ¿Tengo que repetirte la regla de oro? —la señorita Arlotta movió los dedos y apareció un pergamino—. Estamos aquí para ayudarlos a darse placer el uno al otro y no para asustarlos de muerte apareciendo y desapareciendo así como así en el momento equivocado —leyó la señorita Arlotta.

—Yo no he aparecido así como así. La señorita Arlotta enrolló el pergamino y lo hizo desaparecer.

—Pero le has dado un susto de muerte, así que una muesca negra por blasfemar y otra por asustarla.

—¡Pero no fue a propósito! Hago todo lo posible para conseguir la última muesca y ser libre, a pesar de que me hayan tocado dos personas que ayer ni siquiera se conocían.

—Lo sé, cariño. Sé que no ha sido fácil para ti. Quizá si el niño…

Belle experimentó un fuerte sentimiento de pérdida, como si todo

hubiera sucedido el día anterior. Sólo la señorita Arlotta conocía la historia completa, y había acordado guardar el secreto.

—Eso fue hace mucho tiempo —y por un momento, Belle pensó que iba a llorar, algo que los espíritus no eran capaces de hacer aunque quisieran.

La señorita Arlotta asintió con tristeza. Después, se enderezó y volvió al tema.

—Eso me recuerda otra cosa. Tu pareja no había entrado aún en la habitación cuando Daphne te vio en el asiento que hay junto a la ventana, bebiendo de la petaca. Tendrán que ser tres muescas negras.

—¿Tres? —Belle miró al juez—. ¿Has oído esto? ¡Me están engañando! El juez levantó la vista y dijo:

—Belle, la señorita Arlotta ha utilizado su buen juicio a la hora de tomar la decisión. Si dice que son tres, serán tres.

Belle miró por la ventana y suspiró:

—Dos. Ésa era tu oferta original —dijo mirando a la señorita Arlotta.

—De acuerdo, serán dos —dijo ella, esbozando una sonrisa.

A pesar de su malhumor, Belle tuvo que sonreír también. Así que eso era lo que la señorita Arlotta buscaba, que Belle se creyera que recibir dos muescas negras era lo justo. La mujer era una gran negociante.

—Me encanta hacer negocios contigo, cariño —dijo la señorita Arlotta. Flotó hasta ella y le acarició el cabello—. Ahora, regresa allí abajo y haz que las cosas se pongan más calientes para esos dos. Porque, si consigues que dos desconocidos vean la luz y se enamoren, te merecerás una estrella dorada, ¿no crees?

«¿Una estrella dorada?», eso podría borrar dos muescas negras de un plumazo.

—Acepto, y te apuesto a que son dos estrellas doradas lo que consigo —contestó Belle.

Después de recibir una sonrisa de felicitación por parte del juez, salió flotando de la habitación.

Andy agarró la mano de Daphne, sin gustarle el tacto frío y pesado del anillo que llevaba en el dedo. Su anillo de compromiso. «¿Qué diablos estoy haciendo? Va a casarse con otro hombre».

La guió hasta el sofá e hizo un gesto para que se sentara.

—Acomódate y te traeré un pedazo de pizza.

La observó sentada en el sofá, con la última luz del día iluminando su rostro. Su mirada era tierna, soñadora, no como la mirada agresiva que había visto en la recepción.

«No es tan dura como parece, aunque desde luego, puede hacer

una buena actuación», pensó Andy y recordó las palabras de su abuelo, «la coraza más dura protege al corazón más blando», y por primera vez, Andy supo lo que el anciano quería decir.

Ella tenía la chaqueta ligeramente abierta y él no pudo evitar fijarse en la piel de su cuello, una piel dorada bajo la luz del atardecer. También en cómo un mechón de cabello oscuro se rizaba contra su mejilla de manera seductora. Momentos antes, había estado tan cerca de ella, que pudo sentir su calor y percibir el aroma a rosas que desprendía su cuerpo. ¿Cómo se llamaba el perfume? Dulcinea.

«Dulcinea. La mujer cuya belleza oculta hizo que Don Quijote se convirtiera en un heroico caballero».

—Dijiste que me traerías un pedazo.

—Sí… —durante un instante imaginó cómo sería presionar sus labios contra su piel suave, lamerla y saborearla…

—¿Dónde vas a comer?

—Allí —dijo él, y señaló hacia la mesa.

—¿Por qué?

«Porque desde tan lejos no tendré tentación de tocarte».

—Porque el sofá no es lo suficientemente grande para los dos.

—¿Qué?

Andy se pasó los dedos entre el cabello. No iba a explicarle por qué iba a comer al otro lado de la habitación. Podría estar al otro lado del mundo y morirse de deseo por ella. Quería contárselo, confesarle el efecto que ella tenía sobre él, pero el coste era demasiado alto. No podía jugar al juego del amor con ella y pretender ganar.

No con una maldita Remington.

Miró la sábana que dividía la cama.

—¿Eres tú la que va a cuestionar cómo nos sentaremos? —odiaba el cambio que había dado su tono de voz. Se sentía invadido por la culpa y el deseo, y no podía evitar hablar a la defensiva—. Has puesto una sábana para señalar los límites —gruñó, alejándose de ella—. ¿Y qué vas a hacer si cruzo la línea? ¿Llamar a la policía de cama?

—¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó ella.

Él miró su anillo, después su chaqueta. La temperatura de la habitación era agradable, no hacía falta que Daphne la llevara puesta todavía.

«Olvídate de la chaqueta».

Lo que no comprendía era por qué llevaba ese maldito anillo.

Se volvió y se dirigió a la mesa, deseando que ese fin de semana ya hubiera terminado.

Capítulo 5

Daphne se acercó a la ventana y contempló el pequeño pueblo de Maiden Falls. Las luces de la calle estaban encendidas e iluminaban a la gente que entraba y salía de las tiendas. Gracias a los edificios Victorianos, el lugar era muy pintoresco. No era de extrañar que aquel hotel fuera tan famoso.

Cuando se subió al autobús, Daphne pensó que Maiden Falls también podría ser el refugio perfecto para ella. Un lugar alejado de sus preocupaciones de la gran ciudad, donde podría sentirse libre y en anonimato.

Pero se daba cuenta de que no había huido de algo, sino hacia algo. Y enfrentarse a ello le resultaba más difícil de lo que había dejado atrás.

Porque, alejada de todas las críticas que le hacían en la gran ciudad, se veía obligada a enfrentarse a la más dura. A sí misma. Obligada a enfrentarse a sus temores y deseos más profundos. Su deseo de complacer a su familia y a Gordon. Su temor de no ser lo bastante correcta. Al fin y al cabo, su desesperación por ser algo que no era.

Era curioso cómo pasar algo de tiempo a solas podía hacer emerger las dudas de una persona. «No me extraña que la gente vaya de aquí para allá, gastando toda su energía en solventar problemas externos. Es más fácil arreglar un coche roto que mirar hacia dentro y arreglar un sueño roto».

Miró el anillo, que le parecía frío y pesado. Casarse con Gordon era la reacción a los comentarios de su familia, al maldito artículo del Denver Post, a todos aquellos que la consideraban la oveja negra de la prestigiosa dinastía de los Remington.

Pero tratar de encajar su vida con la de Gordon era una sentencia de muerte para su personalidad. Sin duda, el día de su boda le darían ese fondo monetario que sus padres le habían prometido, pero que estaba sujeto a muchas condiciones. La más importante que nunca debía avergonzar a su familia ni a Gordon.

Jugueteó con el anillo, dándole vueltas sobre su dedo y percatándose de que le quedaba más suelto que otros días.

Belle entró flotando por la puerta de la habitación y notó la tensión que había entre Daphne y Andy.

«¡Malditos sean los demonios!». Sacó la petaca y bebió un trago. «Si me hubieran dicho que iba a pasar a la otra vida para ayudar a que los mortales encuentren el amor verdadero y así redimirme por todo el amor que he fingido, habría sido institutriz en lugar de mujer de la noche».

Dio otro trago y cerró la petaca sin dejar de mirar cómo Andy refunfuñaba en la mesa y cómo Daphne miraba por la ventana.

«Demasiado refunfuñar, demasiado mirar por la ventana y demasiada distancia entre estos dos».

Belle miró la lámpara del techo. Nunca había comprendido por qué las lámparas modernas se empeñaban en iluminar tanto la habitación. Las lámparas de gas y las velas eran algo mucho más romántico.

Miró la vela que había sobre la mesa de mármol, después otra vez la lámpara. Necesitaba ayuda fantasmal para solventar esa situación. «Ha llegado la hora de sacar a Rosebud de la lectura para que me ayude a hacer un pequeño ajuste en la iluminación de mi habitación».

Belle salió flotando de la habitación.

Al cabo de unos minutos, se fue la luz.

—¿Qué diablos? —murmuró Andy—. Parece un fallo de la red.

—Quizá deberíamos llamar a recepción.

—Claro, déjame que llame por teléfono — hizo una pausa—. O quizá deberíamos esperar a que vuelva. No quiero que entre mucha gente a la habitación. Te prometí discreción.

Ella sonrió para sus adentros, pensando en lo que habría dicho Gordon si le hubiera pedido un poco de anonimato. Era curioso que Andy, con su aspecto de chico duro, fuera más sensible a sus deseos.

Sensible y... protector.

—Quizá sea sólo la lámpara —dijo Daphne—. Si en el baño hay luz, puedo esconderme en la bañera mientras comprueban la habitación.

Se dirigió al baño y tanteó la pared para buscar el interruptor. Sintió un escalofrío que le puso la piel de gallina.

—Cierra la ventana. Hace frío.

—La ventana está cerrada —dijo Andy, desde la otra habitación.

Ella se quedó pensativa un instante.

—Aquí tampoco hay luz.

—Entonces, sin duda, es un fallo de la red... Olvídalo. La luz del pasillo entra por debajo de la puerta.

—¿No hay una vela sobre la mesa?

—Sí. Es grande, así que debería iluminar bastante.

—¿Tienes una cerilla? Encendamos la vela y esperemos. Es probable que no sea la única habitación afectada. Arreglarán el problema y nadie se enterará de que estoy aquí.

Momentos más tarde, una vela iluminaba parte de la habitación.

Andy apagó la cerilla y dijo:

—Tengo pilas nuevas en mi reproductor de CDs. La pizza todavía está caliente. Diría que ha llegado la hora de la fiesta.

—¿Tienes algún CD decente? —bromeó ella, y se acercó a la mesa.

—He traído Widespread Panic, Allman Brothers, Led Zeppelin...

—Jalapeños y rock duro. Espero que haya antiácidos en el minibar.

—¡Ah! ¡El minibar! Me gusta cómo piensas, querida. No creo que dejemos nada de su contenido. No queremos que se estropeen las cosas ahora que se ha ido la luz.

Agarró la vela y se dirigió al armario donde estaba el minibar.

—Los hoteles no ponen comida perecedera en los minibares —dijo Daphne, y se sentó a la mesa.

—Siento no estar de acuerdo —abrió la puerta del minibar—. Veamos... una botella de Buena Vista. Un vino francés. Botellas pequeñas de vodka y de whisky. Sí, esas sí se estropean. Deja que saque unas pocas. ¿Vino para la señora?

Daphne tuvo que sonreír. Gordon se habría enfadado mucho en esa situación, pero Andy la había convertido en aventura.

—Tomaré el Buena Vista. Va bien con la carne.

—-Vamos a comer pizza.

—Por lo que has pedido, creo que vamos a comer carne sobre una capa de queso.

Él se rió.

—Sé que eres de familia rica, pero, por favor, no me digas que es tu primera pizza.

—Muy gracioso.

—¿Cuál es tu favorita?

Daphne se quedó pensativa un instante.

—La de champiñones con queso de cabra.

—Lo que me imaginaba. Es tu primera pizza —con las botellas en una mano y la vela en la otra, regresó a la mesa—. Para demostrarte que soy un hombre sensible, tengo el último sencillo de Dido. Las compañías discográficas siempre mandan regalos al periódico.

—¿Dido? Andy la miró.

—Daphne Remington, me temo que has tenido una vida recluida. Permíteme que te enseñe unas cuantas cosas.

Ella sintió un escalofrío. Empezaba a sentirse como la antigua Daphne, rebelde y lista para la aventura. Quería experimentar todo lo que había ido a buscar allí, y deseaba descubrirlo, y aún más con aquel hombre.

En la oscuridad, se quitó el anillo. Y mientras lo guardaba en el bolsillo de la chaqueta, sintió que se quitaba un peso del corazón.

Minutos más tarde, Andy y ella estaban comiendo pizza, escuchando a Dido y bebiendo whisky. Sí, whisky. Cuando Andy bromeó acerca del vino y la carne, Daphne decidió sorprenderlo y

beber lo mismo que él.

Andy cantó una estrofa al mismo tiempo que Dido.

—Tienes buena voz.

—Mi abuelo me apuntó a un coro de niños.

—Anda ya —bebió un poco de whisky e hizo una mueca.

-¿Estás segura de que no quieres vino?

Daphne pestañeó y tragó, experimentando el calor de la bebida.

—No —contestó.

—¿No me digas que también es tu primer whisky?

Ella se aclaró la garganta.

—Me tomé un whisky con menta en Nueva Orleáns.

—Es tu primer whisky.

—Bueno, háblame de ese coro de niños.

—Gritaba y pataleaba y me metí en algunas peleas. El primer año que viví con mi abuelo siempre tenía un ojo morado. Entonces, un día me di cuenta de que me gustaba estar en el coro. Cantar, formar parte de algo más que mis problemas. Era divertido.

—¿Algo más que tus problemas? Andy la miró con ojos entornados. «No sabe si confiar en mí», pensó ella.

—Mi madre era drogadicta —dijo al fin—. Los servicios sociales intervinieron y me sacaron de casa. Mi abuelo era el único que me quería, así que... —se encogió de hombros y bebió un trago.

«Él confía en mí», pensó mientras la invadía una ola de calor.

—Así que heredó un chico enfadado.

—Solía decir que estaba enfadado por dos. Mirando hacia atrás, me maravilla cómo me quería aquel hombre a pesar de cómo era yo. Rompieron el molde cuando lo crearon.

A Andy le brillaban los ojos y ella pensó que quería decirle algo más, pero él no dijo nada.

De pronto, empujó la caja de la pizza a un lado.

—Ya basta de hablar de mí. Traeré mi ordenador y te entrevistaré mientras terminas.

Daphne había percibido su dolor y se sentía cerca de sus secretos más profundos. Imaginaba al niño que Andy había sido. Al niño a quien le habían destrozado la vida y que se había convertido en un hombre como resultado del dolor.

Más fuerte en las partes rotas.

Ella deseaba proteger esas partes, igual que él la había protegido a ella.

—De acuerdo, entrevístame.

Una hora más tarde, Andy estaba tecleando en su ordenador. Sobre

la mesa, había cuatro botellas pequeñas vacías y una botella de vino a medias, sólo porque Daphne había bromeado diciéndole que él nunca lo había probado antes, y que si para ella iba a ser la primera vez, para él también.

Él nunca había sido capaz de rechazar un reto.

Sobre todo si provenía de una mujer cuyos ojos brillaban a la luz de una vela y que tenía la seductora costumbre de tocarse el labio con la lengua cuando pensaba.

A él le gustaba hacerla pensar.

—Entonces, te mandaron a un colegio en Inglaterra cuando tenías doce años —dijo Andy, leyendo en la pantalla de su ordenador—. Odiabas a los profesores. Odiabas los uniformes —hizo una pausa y miró a Daphne—. ¿Había algo que te gustara?

Ella se acarició el labio con la lengua.

Él sintió que se le aceleraba el corazón. Respiró hondo y bajó la mirada.

—No vas a escribir sobre todo eso, ¿verdad?

—¿Por qué iba a escribir sobre tus enemigos?

—¿Cómo?

—Dijiste que odiabas a tus profesores ¿no es así? Quizá, a ellos tú también les parecieras un poco irritante —la miró—. No, no voy a escribirlo todo. Esto es parte de mi recogida de datos antes de escribir el artículo. Me gusta conocer lo más posible, después escojo lo que me interesa. Y, como te prometí, darás el visto bueno al artículo definitivo antes de que se publique —se pasó los dedos por el cabello y miró a la pantalla del ordenador—. ¿Por dónde íbamos? De acuerdo, ¿qué te gustaba del colegio?

Ella permaneció callada durante un rato, metiendo y sacando el dedo meñique de una botella.

—Me gustaba el agujero que había en la valla.

Un hombre menos considerado la habría atacado allí mismo.

Ella continuó.

—En el colegio, descubrí un agujero en la valla que rodeaba el recinto y me encantaba escaparme por él y correr descalza por el campo contiguo.

La imagen de Daphne desnuda, corriendo bajo la luz de la luna, invadió su cabeza.

—¿Desnuda?

—¿Cómo?

—Eh, corrías descalza —en su imaginación, la Daphne desnuda se volvía para mirarlo, como indicándole que la siguiera—. Eras la rebelde Remington a edades tempranas, ¿eh?

-Tengo una idea.

-Yo también, pero no me lo cuentes, ¿de acuerdo? —le quitó la botella.

-Eres un encanto —murmuró ella.

-Sólo cuido de ti —dijo él, y le sujetó la mano un instante.

—Todo un caballero.

—Recuérdalo —le soltó la mano—. ¿Tocabas algún instrumento de pequeña? —retiró el resto de las botellas y las tiró en la papelera—. ¿Tenías algún hobby?

—Sí —se puso en pie—. Hace mucho calor aquí.

«Es un infierno», pensó él.

—Háblame de tu hobby. Ella se abrió la chaqueta.

—¿Por qué no compruebas el termostato? A lo mejor ha vuelto a subirse.

Andy se fijó en la forma de sus senos bajo la seda.

«Si se quita la chaqueta, soy hombre muerto». Se puso en pie y agarró la vela para ver el termostato.

—Menos de veintiuno —anunció—. Tienes calor porque has estado bebiendo.

—¿Y tú no?

—¿No qué?

—¿No tienes calor?

Quizá, lo mejor sería que le hiciera el resto de la entrevista desde el otro lado de la habitación.

—No.

—Mentiroso.

—Bueno, sí —otra imagen de Daphne apareció en su cabeza. Desnuda. En la cama. En aquella cama. Con él. Sin sábana de separación, sin barreras, sólo dos cuerpos moviéndose el uno contra el otro.

Contuvo un gemido.

—¿Ocurre algo?

Andy respiró hondo y regresó a la mesa.

—No —se sentó—. ¿Algún hobby? Ella pestañeó.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. ¿Algún hobby?

Ella apoyó el codo sobre la mesa y la barbilla sobre su mano.

—La fotografía.

—¿Fotos de gente de la alta sociedad? ¿Clases de bailes de salón? ¿El qué? Daphne arqueó una ceja.

—De acuerdo, no estás enfadado, pero sin duda estás de malhumor. ¿Gente de la alta sociedad? ¿Bailes de salón? Creía que habíamos quedado en no juzgar los libros por la portada.

La chaqueta se le cayó hacia un lado, dejando uno de sus hombros al descubierto.

—Te pido disculpas —susurró él, sintiéndose el chico más desdichado del planeta. Solo en la habitación de un hotel con una chica demasiado caliente. Una jugada equivocada y perdería la posibilidad de escribir el libro con el que siempre había soñado. Eso era lo importante—. Háblame de tu hobby —dijo él con dulzura.

—Es fácil. Si conectamos el ordenador al teléfono, podremos ver algunas de mis fotos en la página web.

Minutos más tarde, él estaba abriendo un buscador.

—¿Cómo se llama la página?

—Allen's Halfway House.

—Bromeas.

—No, lo digo en serio. Allen —se lo deletreó.

—Nunca lo habría adivinado.

Se abrió una ventana con la foto de una casa en una calle arbolada, y ponía: Bienvenido a Allen 's Halfway House.

—¿Tú sacaste la foto de la casa? —preguntó él.

—No. Siempre la han tenido ahí puesta. ¿Ves los enlaces que hay en el lateral? Pulsa donde pone Success Stories.

Andy obedeció.

Apareció una lista de nombres de mujeres y la anotación de que los nombres se habían cambiado para guardar el anonimato.

—Pulsa uno de esos —dijo Daphne. Señaló hacia los enlaces y rozó a Andy con el brazo. Él sintió que una llamarada le recorría la piel.

Con gran esfuerzo, pulsó uno que ponía Amanda. Apareció la foto de una mujer con el cabello rubio y las mejillas sonrojadas, pero sus ojos lo decían todo. Oscuras lagunas de dolor.

—¿Esta foto la sacaste tú?

—Sí.

—Ella parece un alma vieja en un cuerpo joven.

—Cierto. Amanda comenzó a tomar droga a los doce años. A los diecisiete, estaba casada y tuvo un hijo. A los diecinueve, se divorció y perdió la custodia de su hijo, y no era capaz de mantener un trabajo a causa de su adicción. Después de la rehabilitación, Amanda vivió en la casa Allen durante su reencuentro con el mundo real. Fue entonces cuando la conocí. Le saqué la foto como regalo para su hijo, ella estaba luchando por recuperarlo y la horrorizaba la idea de perder. La buena noticia es que ahora comparte la custodia con su ex.

—Sin duda, una historia de éxito —murmuró Andy—. ¿Cómo llegaste a hacer esto?

-¿Las fotos?

-El centro de reinserción social, las mujeres... —pulsó en otro enlace y apareció la foto de una mujer con aspecto cansado fumando un cigarrillo—. Esas fotos son estupendas.

—Gracias. En Santa Barbara, asistí al Brooks Institute durante unos años, después de la universidad, pero mi familia nunca pareció interesarse por mi afición por la fotografía. Durante un acto benéfico para Allen's Halfway House, una de las chicas me vio con la cámara y me preguntó si podía sacarle una foto para dársela a su familia. Después, otras de las mujeres me pidieron lo mismo y, al final, algunas de mis fotos quedaron colgadas en sus paredes.

—Y en su página web.

—Sí. En la página, las mujeres que consiguieron el éxito en su historia hablan abiertamente de su rehabilitación y aceptaron que las fotos se utilizaran, pero siempre manteniendo su anonimato.

Andy miró a Daphne.

—Las aguas tranquilas también se agitan.

—O quizá interpretaste mal mi portada.

—¿Cómo es que la gente no conoce esta faceta tuya?

—¿Quizá porque los periodistas del Post prefieren las noticias sensacionalistas cuando se trata de los Remington?

—Touché —Andy miró la foto durante un largo instante, deseando que su madre hubiera recibido ayuda, o que hubiera vivido en ese sitio—. Estoy muy impresionado — no se fiaba de sí mismo y no dijo nada más. Andy Branigan, el chico que podía convencer a los pájaros de que se bajaran del árbol, no se fiaba de sí mismo a la hora de expresar lo que sentía.

Daphne tenía un fuerte efecto sobre él.

—¿Por qué no has hecho nada con tus fotografías?

—Por ejemplo, ¿exponerlas en una galería? —Daphne se encogió de hombros—. Pensaba que nadie que no perteneciera a la casa Allen estaría interesado.

A Andy le sorprendió que una mujer como Daphne utilizara sus fotografías para ayudar a afianzar la autoestima de muchas mujeres, pero no la suya propia.

—Hay otra foto que me gustaría mostrarte —dijo Daphne—. ¿Te importa? —colocó los dedos en el teclado.

—Adelante —dijo Andy, inhalando su aroma.

—Esta foto la guardo en mi página web. En la pantalla apareció la foto en blanco y negro de un hombre vestido con vaqueros y tirantes. Detrás de él, varias mujeres vestidas con falda, chaqueta y botas. Una de ellas tenía un bebé en brazos

—Charlie, mi antepasado —explicó Daphne—. Esta foto se tomó en

el año 1893, justo antes de que encontrara oro. En mi familia siempre se ha dicho que él aseguraba que sus días más felices fueron aquellos en los que era un minero pobre y luchador — sonrió—. Esta foto se sacó durante esos días.

—¿Quiénes son las mujeres?

—Veamos —Daphne se mordió el labio inferior—. La mujer de su derecha era su esposa, Sarah. La otra mujer, Elizabeth o Betsy. Su apellido no lo sabemos. Era una vecina que se convirtió en su ama de llaves cuando él se hizo rico. La niña pequeña es la hija de ella, se llamaba Jo.

La licorera comenzó a temblar.

Andy la miró, y Daphne se estremeció.

—El viento —susurraron ambos, y sonrieron.

Andy miró a Daphne durante un instante. Era una mujer muy atractiva, pero aquella noche veía algo más en ella. Detrás de su belleza, veía su integridad.

Ella sonrió de manera sensual. A él le encantaba su sonrisa.

—Tú —susurró ella.

—¿Yo qué?

—Me gustas.

—Si no hubiéramos vaciado todas las botellas, diría que no hay más para ti.

—Dilo.

—¿El qué?

—Que no hay más para mí.

Andy se quedó paralizado. Era tan fuerte el deseo que sentía por aquella mujer que no sabía cómo controlarse.

—He de recordarte que estás comprometida.

Ella sonrió de manera provocativa. Él apenas podía respirar.

—Comprometida —repitió—. Casi casada con G.D. McCormick.

Daphne le mostró la mano.

—No tengo anillo.

—Te lo has quitado.

Ella asintió.

—¿Lo sabe el señor McCormick?

—Todavía no.

—Entonces sigues comprometida.

Ella se inclinó hasta que sus labios se rozaron. Su respiración era cálida y con aroma a whisky.

—Esta noche no pertenezco a nadie, Andy, excepto a ti. Bésame.

Capítulo 6

Daphne se retiró una pizca y lo miró.

—Bésame —susurró de nuevo. Una racha de viendo golpeó contra los cristales. La vela flameó.

—No es una buena idea —murmuró Andy, y se puso en pie.

—Sí —susurró Daphne, y también se puso en pie—. Es terrible.

—Yo no quiero que pase esto.

—Ya, yo tampoco —dijo ella, y lo miró con el tipo de mirada que una mujer le dedica a un hombre con el que quiere acostarse. Sexy y juguetona.

Y muy difícil de resistir.

Andy se fijó en su boca y sintió cómo se le aceleraba el corazón. Agachó la cabeza.

Sólo era un beso...

En el momento en que sus labios rozaron los de ella, Andy se percató de lo idiota que había sido. Aquello no era sólo un beso, era algo más. Introdujo la lengua en la boca de Daphne para saborear su interior. Ella gimió y él la abrazó con fuerza, disfrutando al sentir el calor de sus senos presionando contra su pecho y cómo sus cuerpos se amoldaban el uno al otro.

¿Sólo un beso?

Daphne tenía un sabor cálido y femenino, Andy le acarició el cabello. Después, la bese en la mejilla, la mordisqueó y la lamió para robarle su dulzura hasta que enterró el rostro en su melena e inhaló su aroma floral como si nunca en su vida hubiera respirado.

—Hueles tan bien... —murmuró antes de besarla de nuevo de forma acalorada. Al cabo de unos instantes, dejó de acariciarle la melena y le acarició el cuerpo hasta llegar a sus caderas.

La deseaba.

Loca y desesperadamente.

Quería llevarla a la cama, o al sofá. Poseerla allí mismo, en el suelo. Arrancarle los pantalones y adentrarse en su cuerpo.

La abrazó con fuerza y trató de contenerse, luchando por olvidar las imágenes provocativas que aparecían en su cabeza. Los dos juntos en la cama, desnudos. Daphne rodeándole el cuerpo con las piernas, pronunciando su nombre. Una y otra vez.

La llama de la vela se hizo más grande.

Después, se apagó de pronto.

Ellos se abrazaron en la oscuridad durante un rato, con la respiración acelerada.

—¿Qué ha pasado? —susurró ella.

—Se ha apagado la vela.

—¿Cómo?

Durante un segundo, él no respondió. Apoyó la barbilla sobre la cabeza de Daphne y respiró hondo. Lo que había sucedido entre ellos era lo más ardiente que había experimentado nunca.

—No lo sé —contestó al fin. Y tampoco quería saberlo. Siempre había sido un chico al que no le gustaba profundizar porque opinaba que era una pérdida de tiempo. Uno vive, uno come, uno desea, uno muere.

Su abuelo murió y se llevó consigo lo único que le daba sentido a la vida. Andy luchó contra el dolor, sólo para finalmente abandonar. No tenía ninguna respuesta, pero sí la sabiduría del anciano, encapsulada en anécdotas que le ofrecían cierto consuelo.

Y él había continuado viviendo, aunque la vida no significara mucho para él.

Hasta aquella noche.

Estar allí, en aquella habitación con aquella mujer, estaba debilitando algún aspecto fundamental de su vida corriente. Habían sucedido ciertos acontecimientos que Andy no siempre podía explicar. Poderosos sentimientos afectaban a su mente y a su cuerpo.

Se sentía como si lo hubieran castigado a ver las cosas de otra manera.

Sobre la mesa, algo llamó su atención.

—Daphne —susurró, y la volvió despacio.

—Oh, cielos —ella se quedó paralizada—. ¿Cómo ha aparecido eso ahí?

El ordenador estaba tal y como lo habían dejado en la mesa, pero en la pantalla había aparecido la imagen de dos cartas, el rey y la reina de corazones.

Daphne se rió con nerviosismo.

—Lo has hecho tú.

—No...

—¡Sí, has sido tú!

—-Hemos debido de pulsar un enlace sin querer...

—No. Es un salvapantallas —se rió de nuevo—. Un salvapantallas romántico — bajó el tono de voz y miró a Andy—. Y tú actuabas como si no debiéramos besarnos. Andy Branigan, a mí no me engañas. Eres un sentimental.

—Claro —dijo él, y de pronto deseó haber hecho algo así para complacerla—. El problema es que no tengo ningún salvapantallas como ése.

Y pensaba decir algo más, sobre que no creía en fantasmas ni en el amor verdadero, pero sabía que, si lo hacía, estaría mintiendo, porque

ese tipo de creencias estaban más que demostradas en aquella habitación.

«Recupérate. Céntrate en la realidad», pensó. En su fecha límite de entrega. En la entrevista. Y en que aquella mujer, a pesar de su discurso persuasivo de: Ni anillo, ni compromiso, pertenecía a otro hombre.

—Vamos a la cama —dijo él, y se alejó un poco de Daphne.

—Ahora sí que has dicho algo serio.

—Con la sábana en medio.

—¿Qué ocurre, Belle? —Sunshine flotaba sobre el tejado, y la tela de su vestido ondeaba sobre su silueta—. No es tu estilo estar llorona. Eres la eterna optimista, siempre diciéndonos: «nunca desechéis una buena mano aunque tengáis que fingir porque en realidad lleváis una muy mala». ¿Las chicas se han metido contigo otra vez por tus prácticas de tiro?

Belle se rió.

—Como si Fio y su puntilloso ser me afectaran —dio una calada al cigarrillo y miró la luna—. No, es porque estoy a punto de llegar al Gran Picnic y tengo una pareja en mi habitación que duerme en la misma cama, pero cada uno en un extremo —había otras cosas, como el bebé de la foto, pero Belle nunca hablaba de su pasado. Excepto con la señorita Arlotta.

—Tu especialidad es implantar pensamientos en la mente de los enamorados, ¿ya lo has probado?

Belle asintió.

—Con esos dos, es como llevar un caballo al agua y que apenas dé un sorbo —miró a Sunshine—. Hay un pequeño problema con la mujer, Daphne, ya que está comprometida con otro hombre. Pero yo puedo sentir lo que desea su corazón. Ella pertenece al hombre que está en mi habitación, y él a ella. Pero ese cretino tiene demasiada moralidad —Belle dio otra calada.

—Lo sé, Belle. Conseguirás que el caballo beba —dijo Sunshine, y le guiñó un ojo—. Dales algunas de tus mejores pistas para hacer que la cosa sea más picante. Eso te asegurará la última muesca.

Belle asintió y miró al cielo, fijándose en que por el oeste se acercaban nubes negras.

—Parece que se avecina otra tormenta de nieve primaveral.

—Es una lástima —dijo Sunshine—. Las cascadas han empezado a deshelarse. Una fuerte tormenta podría mantenerlas heladas una semana más.

Todos los años había algo especial en el momento en que las cascadas, congeladas durante el invierno, volvían a la vida. En cierto

modo, Belle lo veía como el recuerdo, o la promesa, de que ellas también tenían vida después de la muerte.

Fue entonces cuando se le ocurrió.

Quizá lo que haría que Daphne y Andy se derritieran fuera un cambio de escenario. Una excursión que los ayudara a relajarse, y a conocerse mejor el uno al otro. Ella conocía el lugar perfecto. Daphne había dicho que su antepasado había vivido sus días más felices en una casa cercana. Belle tenía la sensación de que eso era lo que Daphne había ido a buscar allí, felicidad. ¿Y Andy no era acaso, un aficionado a la Historia?

Y mientras permanecieran allí, podrían preguntar sobre Jo. Después de que Belle hubiera visto la foto antigua con el bebé, estaba segura de que tenía que haber más pistas que la guiaran hasta la vida de la pequeña. Sobre todo, puesto que la mujer que la adoptó terminó trabajando como ama de llaves para Charlie Remington.

Belle recordó la capacidad que tenía Sunshine para manipular el clima.

—¿Podrías conseguir que mañana saliera el sol para que yo pueda implantar un sueño especial en las mentes de mi pareja?

Sunshine sonrió.

—Haría cualquier cosa por ti, Belle.

Chasqueó los dedos en dirección al cielo e hizo que las nubes se alejaran. Después, le lanzó un beso a Belle antes de atravesar el tejado para entrar en el hotel.

Una vez a solas, Belle contempló el cielo estrellado. Recordó que hacía mucho tiempo, Drake y ella habían estado buscando constelaciones en un cielo similar, y que él se había metido con ella por no saber dónde estaba Venus.

Pero ya había descubierto qué era lo que él quería decir. Ella nunca le había dicho que lo amaba y había vivido arrepentida hasta la eternidad. «Oh, Drake, amor mío, si entonces hubiera sabido lo que sé ahora...».

Algo se removió en el aire.

—Bonnie.

Ella reconoció la voz y se volvió temblando.

A poca distancia, resplandecía la silueta de un hombre.

—¿Drake?

—Bonnie —la silueta se rellenó. Primero el traje oscuro, el favorito de Drake. Después sus manos. Por último su rostro. Ella sintió un fuerte dolor en el pecho al reconocer la forma de sus labios y el brillo de su mirada.

—¿Cómo? —susurró—. ¿Por qué?

—Te he esperado, Bonnie. Y sigo esperándote.

- —El sheriff de Tombstone me habría metido en la cárcel si hubiera regresado allí — «me arrepiento de no haberlo intentado. Hemos perdido tanto».

Él comenzó a desvanecerse.

—¡No!

La silueta reapareció.

«Díselo. Antes de que sea demasiado tarde».

—Drake, tuvimos una hija.

Los ojos de Drake brillaron de emoción.

—Cuando huí de Tombstone, cerca de Denver, descubrí que estaba embarazada. Un médico conocía a una pareja que quería tener un hijo y que podía proporcionarle un verdadero hogar.

Drake asintió y la miró con compasión.

—Sólo les pedí que la llamaran Jo.

Drake sonrió. Ella también, consciente de que ambos recordaban el verano que él le había enseñado a leer con el libro Mujercitas.

—En el noventa y uno, la fiebre amarilla afectó a la zona —susurró ella—. Un cliente me dijo que una pareja que vivía en un pueblo cercano había fallecido. Ellos y su hija pequeña, Jo.

Belle frunció los labios y recordó cómo la señorita Arlotta, la única que conocía su historia, la había ayudado a superar aquellos meses de intenso dolor hasta que pudo volver a trabajar.

—Oh, mi querida niña —murmuró Drake mientras su silueta se desvanecía—. Ojalá no hubieras estado sola.

Ella extendió la mano.

—No te vayas…

La única respuesta fue el silbido del viento y el suave ruido del agua de las cascadas.

—¿Dónde está el bebé?

Un hombre musculoso, detrás de ella, rodeó a Daphne por la cintura.

—En casa de los vecinos —contestó ella, secándose las manos manchadas de jugo de manzana en una toalla. Después, apartó a un lado un cuenco lleno de fruta pelada.

—Hueles muy bien —dijo él, olisqueándole el lóbulo de la oreja y haciéndola estremecer—. A tarta de manzana recién hecha.

El hombre la volvió para mirarla.

Era Andy. Pero, al mismo tiempo, no lo era. El cabello rojizo y los ojos azules eran como los suyos. Incluso la sonrisa. Pero la ropa era diferente. Llevaba una camisa manchada por el trabajo y tenía la piel bronceada como si pasara mucho tiempo al aire libre.

Él la atrajo hacia sí y ella sintió que se le aceleraba el corazón. Él olía a hombre, sudor y sol. Se agachó y le acarició la oreja con la nariz, susurrando:

—Mi niña querida.

Daphne sabía que aquello terminaría en algo apasionado. Deseaba acariciarle los músculos que se escondían bajo la ropa. Y experimentar lo maravilloso que era cuando sus cuerpos se unían.

Él la miró con una sonrisa y dijo:

—Te deseo.

Le acarició la mejilla con suavidad y sus dedos dejaron una estela de sentimientos que se apoderó de cada parte de su cuerpo.

—Sí —susurró ella.

Él le sujetó el rostro y la besó con pasión. Ella separó los labios y permitió que sus lenguas juguetearan.

Él le acarició los senos por encima de la tela de la blusa, notando cómo se endurecían los pezones. Ella tuvo la sensación de que se le derretía la entrepierna.

—Sí —susurró de nuevo—. Oh, sí...

Le levantó la falda. Le acarició el muslo y metió la mano bajo la ropa interior. Ella arqueó la espalda y comenzó a respirar de forma acelerada.

—Te necesito —susurró él.

Con insistencia, continuó acariciándola hasta que ella separó las piernas, preparada a sucumbir al tremendo deseo...

Toc, toc, toc.

Andy desapareció, la cocina desapareció...

Toc, toc, toc.

Daphne abrió los ojos y miró la habitación. Una cama con dosel. Una araña de cristal...

Se fijó en el sol que entraba por detrás de las cortinas y lo recordó todo. La habitación. Maiden Falls...

Toc, toc, toc.

Miró al hombre que estaba a su lado, cuyo brazo se apoyaba en su pecho desnudo.

Eso también lo recordaba. La noche anterior. Botellas pequeñas de whisky. El beso...

Pero...

Frunció el ceño y miró hacia el techo. «¿Dónde está la sábana?». Volvió a mirar sus senos desnudos, cubiertos por un brazo masculino. «¿No me había dejado una camiseta para dormir?

Toc, toc, toc.

Andy se acurrucó contra ella y susurró:

—Mi niña querida.

«Así es como me llamaba el hombre del sueño».

Daphne salió de la cama y trató de recordar dónde había dejado la camiseta que Andy le había dejado para dormir. Recordaba habérsela puesto, pero después de eso, no recordaba mucho más.

Toc, toc, toc.

—¡Ya va! —gritó. Se dirigió al baño y se puso el albornoz del hotel. Después se acercó a abrir la puerta.

El botones del día anterior la miró de arriba abajo.

—Siento haberla despertado.

—No se preocupe. ¿Nos trae el café?

—No, pero en la recepción sirven café y bollos. Cortesía del hotel —le entregó un papel—. Les traigo un fax.

—¿Un fax?

El chico asintió.

—Del Denver Post, con instrucciones de que se entregue de forma inmediata al señor Andrew Branigan. Hemos intentado llamarlo por teléfono, pero comunicaba todo el rato, así que he venido para entregarlo en mano.

—De acuerdo —murmuró ella. La noche anterior, Andy se había olvidado de desconectar el ordenador de la línea telefónica—. Gracias —aceptó el papel—. Deje que vaya a buscar cambio...

Miró hacia atrás preguntándose dónde habría dejado el bolso.

—No se preocupe —dijo el chico—. Después de todo, los he interrumpido... —se sonrojó, se volvió y se alejó por el pasillo.

Daphne cerró la puerta, preguntándose si de verdad, la noche anterior, Andy y ella habían... De ninguna manera. Tendría que recordarlo. Unas cuantas botellitas de whisky no bastaban para hacerle perder la memoria.

Porque sí recordaba bien querer hacer lo que no había hecho. Es más, estaba desesperada por hacer lo que no había llegado a hacer. Pensando en lo sucedido la noche anterior, recordó cómo le había exigido que la besara.

¿Exigido? Más bien había sido una súplica.

Daphne Remington nunca le había suplicado a un hombre que la besara.

Miró a Andy, tumbado sobre la cama.

Ese era el aspecto que tenía en las imágenes calientes con las que había soñado. Era como si alguien se hubiera apoderado de sus pensamientos, implantándole imágenes de Andy desnudo haciéndole el amor de forma apasionada.

Ella cerró los ojos. «Oh, cielos. He suplicado que me besara».

—¿Quién ha venido?

Daphne abrió los ojos. Andy estaba mirándola.

—El botones —dijo ella—. Te ha llegado un fax —«Y por cierto, no soy de las que suplican. En serio».

—Tiene que ser de Frank, mi editor. Ese hombre tiene más instinto que un sabueso.

Bostezando, estiró el brazo para agarrar el papel.

Daphne se lo entregó, recordando el sueño que había tenido. En él, Andy aparecía tal y como era en realidad, aunque un poco más bronceado por el sol.

—Suéltalo.

—Lo siento —dijo ella, y abrió la mano.

Él la miró con una sonrisa.

—Demasiado amor en la cocina ¿no?

—¿Qué?

—¿Hmm? —bostezó—. Lo siento, mi mente me está jugando malas pasadas… empezaba a recordar el sueño que tuve anoche…

—¿En una cocina?

—Sí, había una cocina.

—Eso… eso también lo he soñado yo. Estábamos en ella… vivíamos allí… —se sonrojó al recordar el resto. ¿Él también había soñado esa parte?

Andy la miró perplejo. Se fijó en el albornoz que llevaba Daphne, en la cama, y en la habitación. Hasta que recordó dónde estaban.

—Daphne —le dijo—, hemos tenido el mismo sueño.

La licorera de cristal que estaba sobre la mesa empezó a temblar.

Capítulo 7

Andy miró a la licorera y después a Daphne.

—Eso no ha sido el viento. Daphne negó con la cabeza.

—¿Crees que alguien trata de decirnos algo?

—¿Alguien como quien apagó la vela anoche?

—Creí que lo habías hecho tú —dijo él, arqueando una ceja.

—¿Yo? ¿Cómo? Si tú estabas entre mi cuerpo y la vela. No sólo en medio, sino presionando con fuerza contra mi cuerpo.

—Cariño, era una broma —«pero si me sigues mirando como si trataras de averiguar lo que hay debajo de mi sábana, voy a ponerme serio enseguida».

—Ya —susurró ella—. Estabas bromeando —empezó a jugar con el cinturón del albornoz. Parecía preocupada. Sin levantar la vista, murmuró—. Para que lo sepas, no estaba suplicando.

—¿Perdón?

—Nada —lo miró con inocencia.

—¿Suplicar?

Ella se encogió de hombros y se sonrojó.

—Oh... ¿Te refieres a cuando me dijiste: bésame?

—Tengo qué ir a vestirme —dijo ella, y se dirigió al baño.

—No estoy seguro de si yo llamaría a eso suplicar —dijo él—. Estar como loca, quizá. O muy caliente...

Daphne se detuvo frente a la puerta del baño, de espaldas a él

—Me da la sensación de que tú también estabas muy caliente.

—Lo estaba —la miró de arriba abajo—. Y lo estoy —dijo él, y por un momento disfrutó de la fantasía de estar a solas con aquella mujer, sin reglas.

Pero sólo por un momento.

Se pasó la mano por el cabello, como tratando de olvidar que Daphne pertenecía a G.D. McCormick fuera de aquella habitación. Quizá, ambos estuvieran desnudos, pero eso no significaba que pudieran olvidar que provenían de dos mundos diferentes.

Aunque ella estuviera soltera y pudiera elegir al hombre con el que deseaba estar, ¿lo elegiría a él? ¿O lo encontraría inadecuado para el mundo en el que ella vivía?

En silencio, oyó el sonido lejano de las cascadas. Como en el sueño, imaginó a Daphne y a él flotando más allá de la conciencia...

Aquel sueño...

Cerró los ojos y percibió el olor a manzanas. Ella tenía el pelo más largo y algunos mechones acariciaban su mejilla cuando él la besó. Su ropa, una blusa y una falda larga, parecía de otro siglo. Como si fuera

Daphne, pero no fuera ella.

Abrió los ojos.

Ella se volvió y lo miró. El sol entraba por la ventana y la rodeaba con un halo de luz dorada.

—Cielos, eres preciosa —susurró él. Agachó la cabeza y miró el fax. Aquello era cada vez más extraño—. Parece que Frank quiere que vaya a otro hotel para recién casados cuando me marche de aquí —le dijo—. También quiere que lo llame para hablar de unos asuntos —miró a Daphne—. Hoy tengo que investigar un poco sobre el hotel...

—No quiero quedarme sola.

Teniendo en cuenta la de cosas misteriosas que habían sucedido en aquella habitación, Andy no podía culpar a Daphne por estar asustada.

Deseaba protegerla más que nunca. Cuidar de ella.

—Sabes, más tarde me daré una vuelta por el hotel, entrevistaré a algunas personas y leeré algunos folletos. Llamaré a Frank para decirle que el artículo está tomando forma.

—No sabe nada de mí, ¿verdad?

—No. Le mencioné que estaba desarrollando una idea para una entrevista porque él revisa mis artículos en el servidor. De ese modo, cuando vea que hay varios archivos con fecha de este fin de semana, sabrá que sólo tiene que mirar el que pone «luna de miel».

Ella sintió y esbozó una sonrisa. Él se dio cuenta de que ella no sonreía tanto cuando se conocieron. Por eso, deseaba darle más motivos para sonreír.

—Hagamos algo especial —dijo sin más. Ella lo miró arqueando una ceja.

—Salgamos de aquí y vayamos a respirar un poco del aire fresco de Colorado.

_Me encantaría —hizo una pausa y se mordió el labio inferior—. Pero, ¿y si alguien me reconoce al salir del hotel? Es domingo y este lugar es la meca del desayuno, y las bodas. La gente viene desde muy lejos para comer huevos a la benedictina.

—¿Por unos huevos con salsa? Yo conozco sitios en Denver donde hacen los huevos rancheros de forma que un santo podría pecar —se fijó en el bolso de Daphne—. ¿Llevas gafas de sol ahí dentro?

—Sí.

—Yo tengo una gorra de béisbol. Una vez escribí un artículo sobre ladrones. ¿Sabías que la mejor manera para que no los reconozcan es ponerse una gorra y unas gafas de sol? —se apoyó contra la cabecera de la cama—. Las cámaras no pueden grabar sus rostros. E incluso, la persona a quien han robado no es capaz de identificar al ladrón a pesar de que hayan estado cara a cara.

—¿Así que vamos a jugar a Bonnie and Clyde? —bromeó ella.

—Oye, eras tú la que ha venido a pasar un fin de semana de aventura y diversión.

—Me da la sensación de que, contigo, la vida es así cualquier día de la semana.

—¿Te gustaría? —«¿vivir conmigo cualquier día de la semana?».

Nada más pronunciar aquellas palabras, se arrepintió. A pesar de que fuera lo bastante idiota como para pensar que aquello era algo más que puro deseo sexual, la gente de clases sociales diferentes no estaba destinada a un futuro común.

La imagen de la fotografía antigua apareció en su cabeza. La veía con tanta claridad como si la tuviera delante. La casita, el hombre con tirantes, la mujer y el bebé, Jo…

—Tengo una idea —dijo Andy, rompiendo el silencio—. Vayamos a visitar la casa de Charlie, tu antepasado.

—¿Sabes qué? Tuve la misma idea cuando venía en el autobús. Hace años que no visito el lugar, y ya es hora de que me entere de la historia de mi familia.

—Las mismas ideas, los mismos sueños. A lo mejor no hay nada extraño en todo esto, y sólo somos dos personas que pensamos de la misma manera. Además, hablando de aventuras, creo que tienes que probar a hacer un viaje en mi todoterreno de quince años.

—¿Quince? —preguntó arqueando una ceja.

—Piensa que es un vino añejo —dijo él. Le guiñó un ojo y miró hacia la ventana—. Parece que hace sol, pero abril en las montañas puede ser variable. Sin duda, hace demasiado frío como para que vayas con ese pedazo de seda al que llamabas corpiño. He traído alguna camisa de franela de sobra.

Ella miró perpleja alrededor de la habitación.

—La camiseta que te dejé anoche está a los pies de la cama bajo la sábana.

—¿Cómo ha llegado hasta allí?

—Te la quitaste —dijo él—. Justo después de que suplicaras que te besara.

—Yo no supliqué… —lo miró y se percató de que él estaba bromeando—. Bueno, y si lo hice, no me llevó muy lejos ¿no es así?

Abrió la puerta del baño y entró, pero antes de cerrar, se volvió y miró a Andy con brillo en los ojos.

—Por cierto, me encantaría.

—¿El qué?

—Vivir contigo, cada día de la semana.

Cuando cerró la puerta, Andy suspiró. Las mujeres como aquélla podían enseñar muchas cosas acerca del juego del amor.

—Hay tanta gente —murmuró Daphne mientras bajaban por las escaleras.

En el recibidor había muchas personas vestidas de domingo.

—No te preocupes —dijo Andy—. Vas de incógnito.

—Llevo zapatos verdes de tacón, pantalones y una camisa de franela roja y gris —dijo Daphne—. No voy de incógnito. Soy una luz de emergencia andante.

Andy colocó una mano sobre su espalda.

—Sí, pero una muy atractiva.

Llegaron al pie de la escalera y se detuvieron. Ella agachó la cabeza para mirar por encima de las gafas de sol.

—Siempre eliges los momentos más extraños para halagarme.

—Me gusta mantenerte alerta.

—Sin duda, lo consigues, Andy Branigan. Desde luego.

—Dios existe —dijo Andy al ver una mesa llena de café, té y bollos. Daphne susurró:

—¿No será mejor que paremos en algún lugar de la carretera?

—Es gratis . Yo nunca desprecio la comida gratuita.

—De acuerdo, pero hazlo rápido —dijo ella. Temía que alguien la reconociera.

—Rápido es mi apodo.

—¿De veras? Creía que era Modesto. Él la miró de reojo y sirvió dos tazas de café.

—¿Leche?

——¿Hay leche desnatada?

—Sí, claro. Y posiblemente queso de cabra y champiñones.

Sirvió un poco de leche en las tazas, agarró unos bollos y los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué haces?

Andy se guardó también unas cajitas de mantequilla.

—Llevarme el desayuno.

—¿Y no puedes envolver eso en una servilleta o algo así?

—Servilletas. Buena idea —agarró algunas servilletas con el nombre del hotel y las guardó en el otro bolsillo—. Vamos —-dio unos pasos hacia la puerta del hotel.

Daphne lo agarró del brazo.

—¿Qué? —preguntó él, y se volvió para mirarla.

Ella señaló hacia la puerta.

—Gerard, el representante de Estado y su esposa —susurró.

Andy reconoció al hombre que Daphne le señalaba. La pareja estaba riéndose con otra pareja.

—¿Son amigos tuyos?

—Gordon y yo hemos salido con ellos alguna vez. A cenas y actos políticos. No puedo arriesgarme a que me reconozcan. Y menos vestida así.

—¿Te avergüenzas de que te vean conmigo?

—¿Estás loco? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Digamos que no me gusta lo de ser el otro hombre.

—No eres el otro hombre —susurró ella—. ¿Ves algún anillo en mi dedo? No puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Ni siquiera nos hemos acostado.

Cerca de ellos, una mujer mayor se quedó paralizada mientras se servía un bollo.

—Para que lo sepas —dijo Andy—, no me acuesto con mujeres que pertenecen a otro hombre.

Daphne puso las manos en las caderas.

—Para que lo sepas, no pertenezco… — miró a la mujer mayor y vio que los miraba boquiabierta. Daphne volvió a mirar a Andy—. ¿Podemos marcharnos?

—Podríamos, si no fuera porque el amigo de tu prometido está bloqueando la salida.

—Estás celoso —dijo ella, tocándose el labio con la lengua.

—Tienes razón.

—Entonces, deja de hacerte el duro y hazme tuya —dijo ella con una sonrisa.

—Señorita, nadie puede obligarte a hacer algo, y lo sabes.

—Tú sí puedes —le dijo ella acercándose mucho—. Tú puedes conseguir que haga cualquier cosa.

La mujer que estaba junto a ellos dejó caer el cuchillo de la mantequilla y rebotó en la mesa.

—Perfecto —murmuró Andy—. Y eras tú la que no quería montar una escena —colocó la mano en la espalda de Daphne y la guió hasta el salón histórico.

Momentos más tarde, estaban a solas detrás de la cortina de terciopelo rojo.

—Me sorprende que nadie haya tenido que reanimar a esa mujer después de tu comentario.

—¿Te he avergonzado? —preguntó ella.

—No.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—¿Has puesto algo en tu café cuando yo no miraba?

—Sólo estoy jugando contigo.

«Como el gato con un ratón», pensó él, y miró hacia la puerta.

—¿Es que ese tal Gerard no tiene nada mejor que hacer que hablar

con los posibles votantes? —miró a su alrededor y se fijó en la puerta del final del salón—. Ayer vi a una mujer de la limpieza salir por ahí. Vamos a mirar.

Andy abrió la puerta. Estaba tan excitado, que apenas podía respirar. Tenía la sensación de que su vida ya no sería la misma después de haber conocido a Daphne Remington. Agarró la mano de Daphne, tiró de ella hacia el otro lado y cerró la puerta.

Permanecieron en silencio durante un instante mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Unas lucecitas indicaban el camino hasta la escalera que había a la izquierda. A su derecha había una habitación oscura.

Andy entró y vio que el sol entraba por debajo de una puerta. Era el lugar por donde debían salir.

Comenzó a abrir la puerta y, en ese mismo instante, percibió el aroma a lilas. En su cabeza apareció el recuerdo de la noche anterior, cómo el cuerpo de Daphne se acoplaba al suyo.

«Hazme tuya».

Se volvió para mirarla.

—Dame eso —dijo él, y le quitó la taza de café que aún llevaba en la mano. La dejó sobre la escalera y volvió hacia ella—. Sigues jugando conmigo —susurró.

—Sí —susurró ella.

Andy se fijó en sus labios y después en el resto de su cuerpo, maravillándose con la forma redondeada de sus senos bajo la camisa de franela.

—Te deseo.

Arriba, se oyó cerrar una puerta.

Daphne miró hacia arriba.

—Alguien puede...

Andy la calló con un beso. Sabía a café y a pecado. Presionando su cuerpo contra el de ella, murmuró sus deseos secretos antes de introducir la lengua en su boca y acariciarla con mucha sensualidad.

Ella gimió y él deslizó la boca hasta su cuello, acariciándole la piel suave mientras susurraba su nombre.

Daphne arqueó la espalda y él pasó los dedos por la parte delantera de su cuerpo, deteniéndose en uno de sus pechos y acariciando con círculos la zona donde el pezón se ocultaba tras la tela de la camisa.

Andy sintió una ola de calor y mordió el cuello de la camisa para abrírsela.

Se oyeron pasos en las escaleras.

Ambos se separaron con la respiración acelerada.

—Debemos irnos —dijo Daphne. Los pasos eran cada vez más

fuertes. Él le susurró al oído.

—Serás mía.

Después, la agarró de la mano y empujó la puerta. El aire frío de la montaña rozó sus cuerpos calientes cuando salieron a la luz del sol.

Desde la ventana del salón histórico, Belle y otras de las chicas miraban cómo se alejaban Andy y Daphne, agarrados de la mano.

—¿Ése es el hombre que se registró solo? —preguntó La Condesa.

—Sí —contestó Belle, satisfecha con cómo iban las cosas. Las mujeres de la limpieza eran tan eficientes que utilizaban las escaleras del salón para atajar entre las plantas del hotel. Si Daphne y Andy hubieran pasado un par de minutos más en la escalera...

—Me temo que Belle nos dejará pronto —dijo Sunshine—. Pienso en todos esos años en los que obedecimos las reglas de oro, esperando y rezando para que alguien comprara este lugar y lo convirtiera en un hotel para recién casados. Ahora aquí estamos, inculcando el amor verdadero para compensar todas las veces que hemos fingido el amor, y preparándonos para decirle adiós a Belle, la primera que va a ganar diez muescas.

Belle asintió. Era cierto que había hecho un trabajo excelente con aquellos dos desconocidos, pero no quería que consumaran su pasión demasiado pronto. Antes de que el humo se convirtiera en llamas, Belle quería que Daphne y Andy visitaran la casa de Charlie Remington.

Donde esperaba que descubrieran más sobre Jo. Había implantado la imagen de la niña en la mente de ambos, y había sembrado preguntas sobre el pasado de la pequeña. Tenía que esperar a que regresaran y oír lo que habían descubierto.

Después, podrían arder de pasión.

Salió flotando de la habitación e ignoró a Fio, quien había vuelto a sacar el tema de las meretrices y sus pistolas. Como si Belle tuviera el corazón para hacer prácticas de tiro. Si las hacía, utilizaría a Fio como diana, para variar.

Mientras subía por las escaleras, recordó la de veces que había anhelado que llegara el día en que pudiera ser libre. Pero jamás había imaginado que estaría dispuesta a negociar con el infierno para poder quedarse allí un minuto más si con ello pudiera descubrir el destino de su hija.

Capítulo 8

Daphne iba mirando por la ventana del copiloto mientras Andy conducía hacia Last Chance, el nombre de la mina de su antepasado Charles.

Contempló el mismo paisaje que había contemplando su antepasado más de cien años atrás. Los árboles empezaban a brotar y la nieve aún se amontonaba sobre los picos lejanos. Daphne siempre había pensado que los cielos primaverales de Colorado eran casi perfectos, de un azul tan claro que casi hacía daño al mirarlo. Cerró los ojos y respiró hondo para percibir el aroma de los pinos y las flores. Pero lo mejor de todo era la brisa fresca de la montaña, tonificante, pero no lo bastante fría como para calmar el caluroso episodio que había sucedido en la escalera del hotel.

«Serás mía». Le parecía un milagro que fuera capaz de seguir pensando con coherencia con esas palabras rondándole en la cabeza.

Abrió los ojos y miró a Andy de reojo. Se fijó en cómo el forro polar que llevaba resaltaba sus fuertes hombros y en cómo el sol iluminaba su rostro. Sonrió. Tenía una pequeña cicatriz en la barbilla y Daphne se preguntaba cómo se la habría hecho. Por el color, debía de ser algo que sucedió hacía mucho tiempo. Imaginó a Andy de pequeño, haciendo alguna locura como saltar desde un tejado o chocarse con la bicicleta.

Al recordar que su madre no lo había cuidado, Daphne sintió que la tristeza se apoderaba de ella y se preguntó quién lo habría ayudado cuando estuvo herido o se sentía solo. Lo más probable era que hubiera aprendido a ser un chico duro desde muy pequeño. Y también a tener recursos. La mayor parte de los niños ayudaban en tareas domésticas como sacar la basura, pero ella estaba segura de que Andy hacía mucho más. Quizá cocinaba, limpiaba la casa y ayudaba a su madre cuando ella no podía ayudarse a sí misma.

No era de extrañar que cuidara tanto de ella. Ella recordaba que las mujeres de la casa Allen se arrepentían por la carga que habían puesto sobre sus hijos. Se sentían culpables por haberlos hecho madurar antes de tiempo.

Ya comprendía la afición que Andy tenía por los libros. Seguro que era el tipo de niño que necesitaba evadirse de la vida que llevaba en su casa y que había encontrado su refugio en la lectura.

Lo imaginaba leyendo con una linterna bajo las sábanas y devorando historias de piratas, héroes intergalácticos y las historias de Don Quijote y Dulcinea.

¿Qué era lo que había dicho sobre Don Quijote y Dulcinea? ¿Que

ella era la personificación del sueño de Don Quijote?

Daphne miró a otro lado. No quería que Andy viera su sentimiento en su mirada. De niño, seguro que admiraba a su madre a pesar de su adicción. Daphne lo había visto muchas veces en el centro de rehabilitación. No hacía falta que los niños lo dijeran porque el brillo de sus miradas lo decía todo. Deseaban creer que todo terminaría bien, que sus historias tendrían un final feliz.

Andy se merecía ese final feliz, y Daphne confiaba en ser ella quien lo compartiera con él.

Diez minutos más tarde, se detuvieron frente a una pintoresca casa victoriana. En la entrada de la valla colgaba un cartel que decía: The Charles Remington House.

—Bonito sitio —dijo Andy. Abrió la puerta del coche y lo rodeó para ayudar a bajar a Daphne.

Ella permaneció sentada mirándolo de manera extraña.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí, sólo estaba pensando.

—¿En qué?

Daphne esbozó una sonrisa.

—En Don Quijote... En Dulcinea...

Andy la tomó en brazos y la bajó al suelo desde el todoterreno.

—¿Y...? —continuó abrazándola por la cintura—. Creía que odiabas los clásicos.

—Bueno, sí, pero tú me has ayudado a comprender el significado profundo de la historia.

—Y, ¿qué pasa con Don Quijote y Dulcinea?

—Él tenía un sueño —Daphne lo agarró del brazo y se encaminaron hacia la casa.

—El sueño imposible.

—Quizá no tan imposible —murmure ella.

Cuando llegaron a la puerta de la valla, Andy dejó que Daphne pasara primero. Le gustaba la idea de visitar aquella casa. Podría pasarse el resto de su vida estudiando la historia de Colorado sin aburrirse. Además, estaba visitando un lugar histórico con una de las descendientes del dueño del lugar.

—Escucha —dijo Daphne cuando llegaron a la entrada—. No voy a decir que soy una Remington.

—¿Por cómo vas vestida y porque vas conmigo?

—Porque no eres el otro hombre —le apretó la mano.

—Cariño, sigue así y voy a tener que empezar a creerte.

Daphne se quitó las gafas de sol un instante y lo miró con sus ojos

color avellana.

—Ahora sí que has dicho algo serio, señor Camelador.

Minutos más tarde, estaban paseando por las habitaciones, escuchando mientras la Gran Dama, así era como se había presentado una mujer miembro de la National Society of the Colonial Dames of America, hablaba de la historia de la casa.

—Y esta habitación es parte de la ampliación del ala oeste que se hizo en 1893, el año en que Charles Remington encontró oro. Fue diseñada para los invitados que viajaban en el Colorado Central Railroad para hacer negocios con el joven magnate.

—Su esposa y él debían de estar muy atareados con tanta gente —dijo Daphne. La Gran Dama asintió.

—Contrataron a una mujer joven para que los ayudara —dijo la mujer—. Por lo que sabemos, su marido y ella habían regentado una tienda y habían regalado alimentos a Charles y a su esposa durante sus años de escasez. El esposo había muerto a causa de la fiebre amarilla en el año 1891, justo después de que Charles se hiciera rico, así que Sarah y él le ofrecieron el trabajo de ama de llaves a la viuda.

Daphne miró a Andy con complicidad.

—En el techo se puede ver la lámpara de gas original —continuó la Gran Dama—. La electricidad se instaló el año siguiente aunque, para entonces, Charles ya estaba haciendo planes para mudarse a Denver con su familia.

Andy sacó una libreta del bolsillo y escribió unas notas.

—Y en la pared del fondo —dijo la mujer—, hay una serie de fotografías de Charles, su familia y asociados anteriores y posteriores al momento en que encontró oro. En ésta, que data de 1894, el último año que vivieron en Last Chance, se puede ver a la familia celebrando la Navidad en esta misma habitación. Para entonces, ya habían colocado el suelo de madera de arce y nogal sobre el que estamos pisando. Y allí hay piezas de porcelana de Limoges.

Dio un paso atrás para permitir que Daphne y Andy miraran las fotografías.

—¿Ven aquellos espejos en la pared? Son espejos de polvo de diamante. Están hechos con diamantes machacados que proporcionan un reflejo exquisito, casi como si uno pudiera meterse dentro. Charles, que era muy romántico, llamó al más grande La Dama del Lago, una referencia a la diosa del agua de la leyenda del rey Arturo —sonrió—. Por desgracia, el espejo se perdió con el tiempo. Hay quien dice que lo robaron, algo que tiene sentido, ya que el polvo de diamante hace que los espejos sean muy valiosos. Otros dicen que Charles se lo regaló al ama de llaves en el día de su boda.

—¿El día de su boda? —preguntó Daphne.

—¿Se volvió a casar? —preguntó Andy.

—Bueno, sí —contestó la Gran Dama, sorprendida.

—¿Cuándo? —preguntó Daphne.

—Crea que poco después de que los Remington se mudaran a Denver.

—En 1894 —confirmó Andy, y lo anotó.

—¿Con quién se casó? —preguntó Daphne.

—No lo sé con seguridad. Nadie me lo había preguntado antes. Pero… recuerdo que alguien dijo una vez que se había casado con un carretero, el equivalente a un camionero de hoy en día, y que se habían mudado a ¿San Louis? ¿Omaha? —se encogió de hombros—. Lo siento, no lo recuerdo bien.

Se oyó la campana que sonaba cuando alguien entraba en la casa.

—Tengo que ir a recibir a otros visitantes —dijo la Gran Dama con una sonrisa.

—Si no le importa —dijo Daphne—, nos gustaría ver el resto de las fotografías, y terminar el tour por nuestra cuenta.

—Por supuesto. Hay una reseña en la pared junto a cada fotografía, con un poco de historia y los nombres. En las otras habitaciones, les ruego que no pasen a las zonas acordonadas y que, por favor, no toquen las paredes. Es el Lincrusta Walton original con relieve de oro y plata. Por lo demás, pueden pasear por donde quieran. Si tienen alguna otra pregunta, estaré encantada de contestársela al final de la visita —dijo la mujer, y salió de la habitación.

—Menuda dama —murmuró Andy cuando quedaron a solas.

—Bueno, en su defensa, he de decir que todas son voluntarias.

—Hazme sentir culpable —miró a su alrededor—. Imagino que no tiene sentido preguntar si se puede fumar.

—¿En un edificio histórico, hecho de madera y con más de cien años de antigüedad?

—Deduzco que eso es un no.

—Eres un granuja.

—Empiezo a ser alguien. Antes era un descarado.

—Y sigues siéndolo.

—Sólo si tú quieres que lo sea.

Daphne notó que la miraba como en la escalera del hotel y trató de que no se le acelerara el corazón. Desvió la mirada hacia la fotografía.

—¿Me pregunto cómo se llamaba el ama de llaves?

—Vamos a leer la reseña —dijo Andy, y se acercó más a ella.

Daphne percibió su aroma masculino.

—De izquierda a derecha, está Charles, su esposa Sarah, un caballero llamado James Dexter... —leyó Andy.

—Otro señor de Leadville.

—Y Elizabeth Sutherland con su hija Jo. Ambos permanecieron unos instantes en silencio, tratando de asimilar ese dato.

—Bueno —dijo Andy—. Ya tenemos un apellido.

—Tenemos el del primer marido de Elizabeth. No conocemos el del carretero.

—Siempre podemos buscar su nombre en internet.

—Y el del bebé. A lo mejor Jo mantuvo el nombre de su padre biológico.

—Terminemos la visita y volvamos —sugirió Andy—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Daphne colocó la mano en su manga.

—Sé que yo siento curiosidad por esa niña, pero tú tienes otras cosas que hacer. Como escribir el artículo sobre el hotel.

—Ya te dije que podría hacerlo dormido. La investigación histórica es el tipo de cosa que me encanta —chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! Empezaré la entrevista con esa fotografía, la búsqueda de la niña. La búsqueda de la verdadera Daphne Remington, la niña rica que tiene el corazón de oro. Te preguntaré cosas sobre tu trabajo en el centro de rehabilitación, sobre tus fotografías. Sabes, son fascinantes, Daphne. ¿Te das cuenta de cómo tus fotos han ayudado a las mujeres a restablecer la relación no sólo con su familia sino también con la comunidad? Daphne pestañeó asombrada.

—¿No crees que estás dándole más importancia a mis fotografías de la que se merecen?

Andy la volvió hacia él y colocó las manos sobre sus hombros.

——Deja que te lo diga de otra manera. Tu talento ha ayudado a otras mujeres a reconstruir su autoestima. Es hora de que alguien muestre el mismo interés por ti.

—¿A través de una entrevista? —preguntó con incredulidad.

—Es una buena manera de empezar —se guardó la libreta en el bolsillo—. Después, una exposición con tus fotografías. Qué diablos, ¿y por qué no hacer fotos para publicar un libro también?

Daphne lo miró y trató de contener un sentimiento de rabia que la invadía y que no comprendía. Aquel hombre creía en los sueños, y la rabia que sentía no era hacia él.

Era hacia ella. Por no confiar en sí misma.

Daphne se quedó paralizada.

Quería decir algo, pero era como si el aire se hubiera quedado atrapado en sus pulmones. Y si hubiera podido expresar lo que sentía en su corazón, habría dicho: «Gracias por mirar detrás de lo que ve el

resto de la gente».

Sin embargo, levantó la mano y acarició la cicatriz que Andy tenía en la barbilla, pensando en cómo sería compartir el resto de la vida con él, cuidándolo, igual que sabía que él la cuidaría a ella, en los aspectos que verdaderamente importaban.

La salud, el bienestar emocional, los sueños...

Como si hubiera leído su pensamiento, Andy se acercó y la abrazó.

Cuando finalmente recuperó la voz, Daphne susurró:

—Andy Branigan, eres un príncipe. Él se rió.

—Un príncipe y una princesa —murmuró.

La agarró por los hombros y la separó para ver su rostro. Ella se maravilló al ver la profundidad de sus ojos azules, y supo que acababan de adentrarse en una nueva etapa de la relación, una etapa que contenía la promesa de muchos mañanas.

—Terminemos la visita y dejemos esto para más tarde —dijo Andy al fin.

Salieron al pasillo y entraron en otra habitación.

Ambos se detuvieron de golpe.

Al otro lado de la habitación, las cortinas se movían con el aire. A través de la ventana abierta se podían ver las Rocky Mountains y, más cerca, unos árboles llenos de flores.

«Manzanos».

—Andy —susurró Daphne.

—Lo sé.

Estaban contemplando la cocina donde habían hecho el amor en el sueño.

—¿Por qué en esa casa? ¿Y en esa cocina? —preguntó Daphne, y dejó las gafas de sol sobre la mesa de mármol.

—Porque... —nada más llegar a la habitación del hotel, Andy había sacado la petaca de su mochila y estaba dando un trago. Cuando terminó, se limpió la boca y suspiró—. Porque, por algún motivo, se suponía que debíamos estar allí —le tendió la petaca a Daphne.

Ella asintió y aceptó la petaca.

—Es vodka, ¿verdad?

—La última vez que lo probé, sí. Daphne dio un sorbo, tosió y dio otro.

—Entonces, supongamos que por algún motivo rocambolesco estábamos destinados a estar allí. Oh, cielos, necesito otro trago —dijo, y se sentó en el sofá para tomarlo.

Andy estaba mirando por la ventana.

—Teníamos un bebé.

«Ah, sí. El bebé». En el sueño, Andy le había preguntado dónde estaba el bebé y ella había contestado que estaba en casa de los vecinos. Aprovecharon esos instantes para hacer el amor en la cocina.

Un bebé...

Daphne jugueteó con el espacio vacío de su dedo anular. Era curioso, Gordon y ella nunca habían hablado demasiado de tener niños. A veces, se habían referido a ello como una posibilidad lejana, pero había otras prioridades como la carrera política de Gordon, y convertir a Daphne en una mujer nueva y formal que actuara de acuerdo a la agenda de su esposo.

Pero, de pronto, ella tenía una agenda diferente. La suya propia. Una agenda donde sus deseos importaban. Cuando regresara a Denver, lo primero que haría sería hablar con Gordon y explicarle que no era la mujer adecuada para él, ni él el hombre adecuado para ella, le devolvería el anillo, le diría que podían seguir siendo amigos…

Le parecía triste, pero también lo correcto. Al final, ambos serían mucho más felices.

Daphne dio otro trago y le devolvió la petaca a Andy.

—¿Llamábamos al pequeño por su nombre?

—No —Andy cruzó la habitación y recogió la petaca.

—¿Y si era... Jo?

Andy se detuvo, sintiéndose como si le hubiera alcanzado un rayo. Dio un largo trago.

—Sabes, he estado pensando que Jo nació por la misma época que Belle desapareció en el camino entre Tombstone y Maiden Falls... —se calló porque su mente estaba pensando en otras cosas.

Como por qué siempre había pensado que nunca tendría hijos.

Porque si era sincero consigo mismo, tenía miedo de cometer algún error que estropeara la vida de la criatura para siempre.

Sin embargo, después de que Daphne entrara en su vida, todo le parecía diferente. Fresco, emocionante, vivó. Y cuánto más la conocía, más le gustaba estar con ella.

Incluso se había preguntado cómo sería compartir algo más con aquella mujer. No sólo hacer el amor, algo que deseaba fervientemente, sino despertarse cada mañana a su lado, disfrutar de la alegría de la vida... Tener un hijo.

Miró a Daphne y le dijo:

—Quítate la gorra.

Ella lo miró y obedeció. Algunos mechones cayeron sobre sus mejillas.

—Me gustan tus pecas —murmuró él, y se acercó a ella.

—Yo las odio.

—Es una lástima —se acercó aún más—. Porque se debería adorar

cada parte de ti.

Se puso de rodillas y le sujetó el rostro. Le acarició los pómulos, la nariz y la comisura de los labios.

—Quiero…

—Yo también.

Andy cerró los ojos, tratando de pensar cómo hacer la pregunta de manera delicada.

—¿Has traído protección? —le preguntó al abrirlos.

—No. No pensé que fuera a necesitarla.

—No pasa nada. Yo tengo en el coche — la guantera no era el sitio ideal para guardar los preservativos, pero él tampoco pensaba que fuera a utilizarlos—. Enseguida vuelvo.

Una vez a solas, Daphne miró la puerta cerrada con una sonrisa. Se sentía feliz, y tan excitada…

«Tengo que terminar formalmente con Gordon, decirle que todo se ha acabado antes de…».

Se acercó al teléfono que había en la mesilla y marcó el número de Gordon:

—Gordon al habla.

—Hola, soy Daphne —contestó ella odiando su tono de político.

—¿Dónde estás?

—Fuera de la ciudad.

—¿En el hotel de Maiden Falls? El nombre del hotel debía salirle en la pantalla del teléfono. Más motivo para ir al grano.

—Gordon, los dos sabemos que entre nosotros la cosa se ha forzado. Yo no soy feliz, ni tú tampoco…

—Yo soy feliz.

Eran las palabras menos alegres que había oído nunca de un hombre feliz. En ese mismo instante, supo que su posición como Remington era más valiosa para él que ella misma, algo que sólo reforzaba su decisión.

—Te irá mucho mejor sin mí, Gordon, y sé que hay mujeres que estarían encantadas de apoyarte en tu carrera política. Te devolveré el anillo cuando regrese a Denver.

—Daphne, has estado sometida a mucho estrés. Vamos a darle una oportunidad a todo esto, hablaremos…

—Es por nuestro bien, Gordon, por el de ambos —colgó el teléfono sintiéndose un poco culpable. Quizá no lo había hecho de la mejor manera, pero al menos había sido sincera.

Ring, ring.

«Maldita sea. Ahora llama él».

Ring, ring.

Daphne respiró hondo y contestó.

—¿Diga?

—Hola, muñeca.

«¿Muñeca?» Tenía que ser Andy. ¿Quizá llamaba desde la recepción para ver si le apetecía champán helado para acompañar a su ardiente pasión?

—Hola, encanto —sonrió ella, siguiéndole el juego.

Se oyó una carcajada.

—¿Está nuestro chico por ahí?

—¿Nuestro chico? —sintió un vuelco en el estómago.

—Sí. Andy. Dile que ha llamado Frank, su editor.

Daphne se quedó paralizada. Andy había mencionado a Frank varias veces, pero también le había jurado que Frank no sabía nada acerca de ella. Que no sabía que estaba con él en aquella habitación. Pero era evidente que sabía más de lo que Andy le había contado a ella.

—Le daré el mensaje —colgó el teléfono y sintió la puñalada de la traición en el corazón.

Capítulo 9

—¿Muñeca? —preguntó Daphne, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Andy, que acababa de entrar en la habitación, la miró.

—¿Sí, cariño?

—Frank me ha llamado muñeca —dijo ella con frialdad.

—¿Frank? —la caja de preservativos se le estaba clavando en el muslo, pero Andy creía que no era el momento más adecuado para sacarla.

—Sí, Frank. Le has hablado de mí.

—¿Qué?

—Me diste tu palabra, me dijiste que nadie se enteraría de que estoy aquí, y después, vas y se lo cuentas al editor... No a un editor cualquiera, sino al editor del Denver Post.

—Daphne, él sabía que te iba a hacer una entrevista, bueno, no exactamente a ti, sino a alguien, y que lo hacía en mi tiempo libre. No veo cuál es el problema. Aceptaste que te entrevistara.

—Acepté siempre que esperaras a que acabara este fin de semana para decírselo al periódico. Ese tal Frank no ha perdido ni un segundo cuando contesté el teléfono. Ni siquiera se ha sorprendido al oír mi voz. Sabes, me habrías hecho menos daño si hubieras ido por las calles de Denver dando la noticia de que la rebelde Remington había vuelto a las andadas a través de un megáfono, pero no, ¡llamaste al editor del Post! Porque es una noticia caliente que la escandalosa y censurable...

—¿No te estás pasando?

—¡No me digas que me estoy pasando! A vosotros, los del Post, os encantan las palabras con R cuando se trata de los Remington. Seguro que han publicado una gran lista de palabras en la primera página mientras estamos hablando...

—En todo caso, estaría en las páginas de sociedad —murmuró él.

—En la portada, en sociedad, ¿cuál es la diferencia? —dijo ella—. ¡La Rebelde Remington regresa de nuevo!

Desde luego se le daban bien las palabras cuando se enfadaba. Si Andy no estuviera tan loco por ella, y se sintiera tan protector hacia ella, habría utilizado la frase como titular.

Pero lo primero era lo primero. Quería que se calmara para poder hablar de manera razonable y que comprendiera que no le había hecho ningún daño.

—Daphne, cariño, estás exagerando...

—¡Para ti es fácil decir eso! Tú puedes vivir una vida normal sin que todo el mundo te observe por el microscopio...

—¡Daphne! —dio un paso hacia ella e hizo una mueca de dolor. La

caja de preservativos iba a provocarle daños permanentes si no se la sacaba del bolsillo.

Por suerte, ella parecía más calmada.

—No me molesta el hecho de que mi familia tenga dinero porque me ha dado muchas cosas, pero también me ha robado la posibilidad de vivir una vida normal.

Empezó a temblarle la barbilla y le brillaban los ojos. Él se acercó a ella, con los brazos abiertos, confiando en que ese instante de locura hubiera terminado.

—No —Daphne dio un paso atrás—. Necesito estar a solas un momento. Si te acercas, no seré capaz de pensar... Y sucumbiré ante el deseo animal, que es lo último que debería hacer. Voy a darme un baño. Uno largo y caliente.

—Y después hablaremos —dijo él—, porque te prometo que Frank no sabe que eres tú...

Pero Daphne desapareció en el baño y cerró la puerta.

Click.

Se había cerrado con llave.

Andy permaneció allí de pie, se sacó la caja de preservativos del bolsillo y la dejó sobre la mesilla. ¿Todo aquello porque Frank la había llamado «muñeca»? Frank llamaba muñeca a todo el mundo.

—Voy a matar a Frank —murmuró Andy mientras se oía cómo el agua llenaba la bañera.

Imaginó a Daphne quitándose la ropa. Posiblemente llevara sujetador de encaje negro y bragas a juego. Probando la temperatura del agua con el pie descalzo...

De pronto, recordó a Frank.

«Lo estrangularé con mis propias manos».

Minutos más tarde, Andy colgó el teléfono después de haberle contado a Frank las últimas novedades sobre su artículo del hotel para recién casados. Se había saltado la parte de que iba a estrangularlo porque, al fin y al cabo, Frank era el que tenía que firmar el cheque de su sueldo.

Andy le prometió que esa misma noche le enviaría la primera parte del artículo sobre el hotel, así que lo mejor sería que se pusiera manos a la obra. Podía sacar casi todo lo que necesitaba de los folletos y haciendo unas cuantas llamadas de teléfono, pero no le vendría mal darse un paseo y hacer unas cuantas preguntas al personal.

Se disponía a salir cuando decidió acercarse a la puerta del baño.

Un maravilloso aroma salía del interior. «Que te pudras en el infierno, Frank».

A lo mejor, Daphne se había calmado y podía explicárselo todo.

—¿Daphne?

—¿Qué?

—Frank no sabe que estás aquí.

Silencio.

—El llama «muñeca» a todo el mundo.

Más silencio.

—Con mala luz, llamaría «muñeca» incluso a Janet Reno.

—¿Y se supone que por eso he de sentirme mejor?

«por lo menos, habla conmigo», pensó

—Bueno, mientras te das el baño — cerro los ojos para tratar de controlar las imágenes de Daphne desnuda que invadían su cabeza — , voy a salir de la habitación para continuar con mi artículo. Volveré dentro de un rato para escribirlo — dando un suspiro, salió de la habitación — . ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? — murmuró por el pasillo — . Debería terminar el artículo y regresar a Denver.

Porque no le apetecía pasar la última noche en una habitación con las paredes llenas de espejos y una cama grande hecha para una noche de pasión cuando lo único que iba a conseguir era que le dieran la espalda.

—Demonios —murmuró Belle, flotando tras él. Miró hacia arriba. Bien. Parecía que la señorita Arlotta no la había oído. Pero le daba igual. Andy estaba a punto de marcharse y Daphne estaba encerrada en el baño.

Aquella era la pareja con más mal genio que había conocido nunca, y teniendo en cuenta que llevaba más de cien años en ese oficio, era mucho decir.

Andy bajó por las escaleras y se dirigió hacia la directora. Ella sonrió con profesionalidad y él se acercó mientras abría la libreta, preparado para entrevistarla.

Belle se dirigió al recibidor, donde estaban algunas de las chicas. Desde allí, podría vigilar a Andy, y hacerlo cambiar de opinión en caso de que se le ocurriera regresar a Denver.

—¿Qué ocurre, señorita Belle? —le preguntó Mimi.

—Pasando el rato —murmuró Belle. No quería que se supiera que las cosas no iban tan bien entre su pareja.

—Parece que tu caballero está solo, hablando con la directora — dijo Fio.

—Es periodista —dijo Belle—. Está investigando mientras su chica se da un baño de espuma —las miró con complicidad, indicándoles que lo siguiente sería una noche apasionada.

Rosebud levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—A lo mejor deberías utilizar tu bolsa de trucos, Belle.

Belle se quedó asombrada un instante, porque Rosebud siempre prefería leer un buen libro que meterse en las conversaciones de las chicas, pero cuando hablaba siempre tenía un buen motivo para hacerlo.

Y Belle lo captó enseguida. Había llegado el momento de hacer magia con esa pareja.

—Tienes razón —dijo ella, y flotó hasta un sillón—. Es hora de que utilice alguno de mis trucos de amor.

Observó que Andy entraba en el ascensor con la directora. Lo más probable era que ella fuera a mostrarle el hotel, y eso le daría a Belle el tiempo suficiente para pensar su próxima jugada.

Belle subió flotando hasta el tejado. Allí, se asomó a la barandilla y miró hacia el pueblo de Maiden Falls. Las reglas de oro, como bien les recordaba la señorita Arlotta, no eran fáciles. A menudo, les decía:

—Uno cosecha lo que siembra, y vosotras habéis sembrado mucha discordia conyugal en su día... lo que significa que no os merecéis que os resulte fácil llegar al más allá.

Belle le dio una calada a su cigarrillo y observó cómo el humo se difuminaba en el cielo. Esperaba que fuera allí donde estuviera la pequeña Jo. La idea hizo que se le encogiera el corazón.

«Si pudiera hacerlo todo de nuevo, nunca te habría abandonado. Habría regresado a Tombstone y me habría enfrentado, porque nada es más importante que el amor. Y como tú sabes, cariño, le di a tu padre todo el amor que he podido darle a un hombre...».

Las hojas verdes de los álamos se movieron con una brisa imperceptible y un halcón voló sobre su cabeza. Belle sintió que se le erizaba el vello de la nuca a causa de una presencia invisible.

Al principio, no vio nada. Después, apareció la silueta de Drake. Completamente materializado y tan pulcro y atractivo come en el año 1889. Con su bigote oscuro que resaltaba sus ojos del color de la obsidiana. Y esa sonrisa... Oh, cielos, ningún hombre tenía esa sonrisa.

Incluso todos esos años después, su mera presencia la afectaba profundamente.

—-Hasta que no creas en el amor verdadero, Bonnie —dijo él—, no puedo regresar contigo, no del todo. Debes creer de verdad.

¿Amor verdadero? Ella deseaba gritar que eso era lo que estaba haciendo en el hotel, inspirar a las parejas para que se convencieran aún más del poder del amor.

Pero antes de que pudiera responder, Drake desapareció poco a poco, quedando únicamente sus ojos. Unos ojos que la buscaban sin parar...

—¡No! —gritó y trató de atraparlo.

Y permaneció allí, con las manos llenas de aire y el sonido lejano de las cascadas recordándole que todo pasa y se marcha, muy deprisa.

_¿Andy? —Daphne lo llamó desde el baño.

Él estaba en la cama, apoyado en varias almohadas y tecleando en el ordenador.

—¿Qué?

—Um, ¿puedes ayudarme?

Él miró hacia la puerta del baño.

—¿Qué?

—No tienes que hablar como si estuvieras enfadado.

Andy suspiró. ¿Cómo esperaba que hablara si había salido a buscar preservativos y cuando había regresado le habían dicho que ni se le ocurriera pensar en mantener relaciones sexuales, sólo porque alguien se había atrevido a llamarla «muñeca»?

—Llama a los bomberos —dijo él.

—Muy gracioso.

Él continuó trabajando.

—¿Andy?

—¿Ahora qué quieres?

—Eh, necesito ayuda, de veras.

Sí que sonaba asustada, pero él seguía muy enfadado.

—¿Cuál es el problema?

—Tengo un dedo del pie enganchado en el grifo.

—Ya te lo he dicho, llama a los bomberos.

—¡No!

Daphne parecía nerviosa y eso hizo que él se sintiera un poco mal. Sólo un poco.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Probar el tamaño de tu dedo?

Se oyó que chapoteaba en el agua.

—Si te lo contara, no me creerías. «Probablemente no».

Dejó el ordenador a un lado y se bajó de la cama.

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones? Lo más seguro es que tengan ese sacacorchos que no se atornilla en el corcho sino que se mete por los lados.

—¡No!

Andy se acercó a la puerta y apoyó la cabeza en ella.

—Daphne, sé que estás en algún tipo de apuro, pero no llevo herramienta quitadedos en la mochila y, además, has cerrado la puerta del baño…

Giró el pomo de la puerta y, de pronto, la puerta se abrió.

Cielos, habría jurado que había oído cómo la cerraba con pestillo.

¿Y qué tipo de mujer fingía cerrar una puerta? ¿Quizá una muy cabezota que era demasiado orgullosa para decir lo siento y admitir que se sentía atraída por su compañero de habitación?

Al ver que abría la puerta, ella dijo:

—Déjame que agarre una toalla...

Andy entró en el baño y notó el vapor con aroma a almendras y miel. Miró a Daphne y vio que estaba sumergida en una bañera de porcelana llena de burbujas, con una pierna levantada y ¡el dedo metido en el grifo!

Se disponía a mirarla a la cara para preguntarle cómo lo había conseguido cuando se fijó en la toalla pequeña con la que había tratado de cubrirse los senos.

O mejor dicho, la mitad de los senos, dejando al descubierto la piel rosada y el pezón oscuro.

Y durante unos instantes, la imagen de lo que a él le hubiera gustado hacer con ese pecho invadió su cabeza. Aparecía él masajeándolo, acariciándolo y metiéndolo en su boca...

—¡Mi dedo! —exclamó ella con horror—. ¡Míralo! Está atascado, ¿qué voy a hacer? Cierto, su dedo.

Él la miró y trató de reunir toda la fuerza de voluntad y el sentido común posible, algo que en el cerebro de un hombre excitado era igual a cero, para tratar de pensar qué podía hacer. Al final, una idea apareció en la superficie de su mente afectada por la libido.

—¿Puedo chuparte los pechos?

—¿Qué? —dijo ella, asombrada.

—Quiero decir... Quería decir que, a lo mejor, si te chupo el dedo... O si lo enjabono, o le pongo crema. Por el amor de Dios, te lo corto y acabamos de una vez.

—¿Qué? —preguntó histérica.

—Era una broma, era una broma —se frotó la frente. Necesitaba un trago. Pero eso podía esperar. Lo mejor era que solucionara aquello estando sobrio—. ¿Qué ha pasado?

—Estaba aquí tumbada, pensando en mis cosas, cuando de pronto, como si tuviera vida propia, mi pierna se levantó y... —gesticuló con los brazos—, y el dedo se metió en el grifo y quedó encajado.

Él asintió, despacio, como si todo tuviera sentido. Después de haberle preguntado si podía chuparle los pechos, se lo habría creído si ella le hubiera contado que una docena de hombrecillos verdes le habían metido el dedo en el grifo.

—Y, ¿cuándo quitaste el pestillo de la puerta para que pudiera venir a rescatarte? Ella se quedó boquiabierta.

—¡Ha estado cerrada todo el rato!

—Aja.

Las cosas que podía llegar a hacer una mujer con tal de conseguir que un hombre entrara en el baño.

—Por curiosidad, ¿siempre metes partes de tu cuerpo en aberturas pequeñas? —le preguntó Andy.

—¿Qué?

—Anoche metiste el dedo meñique en la botellita.

Ella lo miró con desdén.

—¿Crees que voy por ahí metiendo partes de mi cuerpo en diferentes objetos porque me lo paso bien?

Andy se contuvo para no decir lo que estaba pensando. Y trató de no pensar lo que estaba pensando. Se arrodilló junto a la bañera y trató de sacar el dedo. Estaba demasiado encajado. Había sacado muchas cosas de muchos sitios, pero nunca un dedo.

Miró a su alrededor, tratando de no fijarse en nada de lo que había bajo la espuma.

—¿Dónde está el jabón? Ella le dio una pastilla rosa con forma de corazón.

—Voy a enjabonarte el dedo —dijo él—. A ver si funciona —le frotó la pastilla alrededor del dedo intentando que la espuma entrara en el grifo—. Intenta tirar de él.

Ella obedeció. Nada.

Andy miró alrededor del baño.

—¿Tienes algún aceite o alguna crema?

—Tengo crema de cara en el armario. Un tarro blanco con la tapa plateada.

Andy encontró el tarro y lo abrió. El olor a gardenias le hizo imaginar una noche apasionada en Nueva Orleáns con una mujer muy sexy dispuesta a hacer cualquier cosa en un carruaje tirado por caballos.

Aquellas imágenes tenían que desaparecer. Ya era bastante difícil permanecer arrodillado junto al cuerpo desnudo de Daphne, untándole crema en el dedo sin perder la cabeza.

—De acuerdo. Intenta tirar otra vez.

Nada.

—Creo que vamos a tener que pedir refuerzos.

—No puedo soportar la idea de tener un montón de gente alrededor mientras estoy desnuda y todos intentan sacar mi dedo...

Parecía la persona más triste y mojada que había visto nunca.

Y la más sexy.

Contempló la superficie del agua y pudo ver pedazos de piel rosada y zonas oscuras. En algún momento, la toalla que Daphne llevaba sobre los pechos se había caído, porque tenía ambos al descubierto.

—Quizá si tiras con un poco más de fuerza. —dijo ella—. Agarrado a la bañera con una mano, podrías utilizar la otra para tirar de mi pie y ayudarme a sacar el dedo.

Andy metió la mano bajo el agua para tratar de sujetarse y, cuando rozó la piel de Daphne, contuvo un gemido. Tenía que ser su pierna. Deslizó la mano hasta el fondo para apoyarse y Daphne se la agarró bajo el agua.

Él la miró mientras ella le tenía la mano agarrada y deslizaba el cuerpo un poco más dentro del agua. Entonces, dobló las rodillas y sus piernas quedaron fuera del agua, de forma que él pudo ver un triángulo de vello oscuro que lo invitaba a...

—Eres preciosa —le dijo sin soltarle la mano debajo del agua y acariciándole la rodilla con la otra. Después, deslizó la mano por su pierna hasta llegar al triángulo de vello suave.

Ella separó más las piernas, invitándolo a llegar más lejos. Y, cuando él miró el grifo y recordó cómo había llegado hasta allí, ella movió las caderas recordándole dónde debía centrar su atención.

Andy trató de recuperar el aliento. Le acarició la pierna, el interior de los muslos y el trasero. Con los dedos mojados le acarició las nalgas, el perímetro del triángulo, y la pelvis. Y cuando le acarició el vientre, ella tensó los músculos y echó la cadera hacia delante, suplicando:

—Un poco más abajo... por favor... por favor...

Él dudó un instante y miró el dedo de Daphne.

Estaba suelto.

Se había desencajado y Daphne tenía la planta del pie apoyada contra la pared, cerca del grifo.

No estaba atrapada. ¿Quizá nunca lo había estado? Pero desde luego había querido que él creyera que lo estaba.

Y él estaba dispuesto a seguirle el juego...

—Ahora te tengo donde quería tenerte — dijo él.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

—Yo soy el pirata, tú la dama capturada. Ella se movió un poco y sonrió.

—Quizá mejor, ¿la sirena capturada?

Capítulo 10

—¿Mi sirena capturada? —murmuró Andy, mirándola con deseo mientras le acariciaba el cuerpo—. Entonces, te ordeno que te tumbes ahí mientras te doy placer…

—Pero… ¿y tú?

Después de todo, aquella era su primera vez, pero cuando su mano le rozó la entrepierna, y sus dedos se movieron buscando el lugar exacto, Daphne fue incapaz de pensar más.

—Confía en mí —dijo él—. Nos ocuparemos de mí, más tarde. Pero primero, ahora que milagrosamente se te ha desencajado el dedo…

En su estado de excitación, Daphne miró al final de la bañera y vio su pie. Quería explicarle a Andy que, a pesar de las extrañas circunstancias por las que se había quedado atascado, no había ningún milagro acerca de cómo se había liberado. Gracias a su experiencia en el uso de cremas y a que la había masajeado con sus manos, había salvado su dedo.

Pero, ¿cómo diablos se suponía que una mujer iba a mantener una conversación si estaba desnuda, con el corazón acelerado y con un hombre a punto de hacerle cosas increíbles?

Así que, como respuesta pronunció una ristra de palabras incoherentes.

—A lo mejor ya no deberíamos preocuparnos por tu dedo, ¿no? —dijo él, y colocó un dedo sobre sus labios. Su roce era suave, húmedo, con olor a hombre, almendras y miel. Sumergida en agua caliente, acariciada por unas manos expertas, Daphne Remington se sentía en el paraíso.

Andy la miró y le acarició la nuca.

Ella se estremeció.

Él la sujetó con fuerza y la besó en los labios. Ella abrió la boca y gimió. Olas de calor recorrían su cuerpo mientras él la devoraba, como si estuviera haciéndole el amor con la boca.

Le acarició un pecho. Después el otro. Más tarde la cintura y el vientre. Ella se rió.

Pero cuando llevó la mano más abajo, Daphne sintió un fuerte deseo en la entrepierna y se retorció un poco, ansiosa. Andy llevó los dedos más y más abajo, acariciándola despacio, haciendo círculos sobre el triángulo de vello, provocando que su cuerpo temblara de pura excitación.

Entonces, con cuidado, con la mano sujetándole la cabeza, se la levantó un poco, lo justo para que ella viera lo que estaba haciendo. El vapor se había disipado una pizca, pero la habitación seguía pareciendo la de un sueño.

A través del agua, sus dedos parecían más largos, sus manos más elegantes, mientras se movían de un lado a otro, por la parte más íntima de su cuerpo. De vez en cuando, él se detenía y le acariciaba la parte interior de los muslos o los pezones antes de regresar a su entrepierna.

—Quiero verte —le susurró Andy al oído.

La acarició de nuevo entre las piernas y ella las separó un poco. Su cuerpo estaba ligeramente sumergido y el agua hacía que todo pareciera más erótico.

—Preciosa —murmuró él, sin dejar de acariciarla—. ¿Dónde? —le preguntó.

Daphne se movió una pizca y lo guió con la mano.

Entonces, él la tocó ahí.

Ella se movió de manera convulsiva contra su mano. Respiraba de manera acelerada mientras se abandonaba a sus caricias expertas. En su interior sintió cómo las chispas de la pasión explotaban de forma salvaje. Se estremeció, oyendo lo que Andy le susurraba como si estuviera muy lejos. Entonces, se agarró a su cuello jadeando.

Andy agachó la cabeza y le lamió los senos, mordisqueándole los pezones sin dejar de acariciarla en la entrepierna...

El mundo daba vueltas a toda velocidad.

Daphne emitió un largo gemido y después, mientras llegaba al clímax, pronuncio el nombre de Andy una y otra vez.

Poco a poco, la excitación fue disminuyendo y ella suspiró satisfecha mientras él le soltaba la cabeza con mucho cuidado.

Afuera, los pájaros cantaban sus melodías como todas las primaveras, acompañando al sonido del agua que caía en las cascadas. Y Daphne pensó en la de veces que había pasado cerca de Maiden Falls por la autopista, oyendo el suave sonido del agua que, en verano, se convertía en estruendo, para volver a disminuir en el otoño y finalmente congelarse de nuevo en el invierno.

Así era el ciclo de la vida, en Maiden Falls o en Denver. La única diferencia era que a partir de ese momento, aquel hombre compartía su mundo. En algún momento del fin de semana había bajado la barrera, lo había dejado entrar y le había dado poder para romperle el corazón.

Daphne volvió la cabeza y lo miró a los ojos, disfrutando de la ternura de su mirada y deseando poder detener ese instante para siempre. Como si fuera una fotografía, deseaba capturar ese instante para poder recordar siempre cómo se sentía después de que le hiciera el amor el hombre de sus sueños.

Mientras su corazón recuperaba el ritmo normal, y ella volvía a respirar con normalidad, observó el rostro de Andy como si lo hubiera

visto por primera vez.

Se fijó en rasgos que no había visto nunca, como si estuviera mostrándole su verdadero ser. El Andy que no siempre había tenido una vida fácil, que había tenido que enfrentarse a la verdad mientras los demás niños seguían creyendo en Santa Claus, pero a pesar de todo, o quizá, por ello, era un hombre mejor.

—¿Preparada? —preguntó él, de pronto.

Ella asintió, sin saber muy bien a qué se refería. Era la primera noche que pasaban como amantes, una noche que siempre recordaría, y eso era lo que importaba.

Andy se puso en pie. Sacudió el agua de sus brazos desnudos, aunque las mangas de su camiseta estaban empapadas, y agarró una toalla del perchero. La extendió para Daphne, y esperó.

Ella se puso en pie, salió de la bañera y él la envolvió con la toalla, diciéndole que parecía Blanca nieves, con el cabello oscuro y la piel de porcelana, excepto por las pecas que tenía en la nariz.

Daphne se rió, disfrutando de que él la tratara como si fuera el objeto más preciado del mundo.

«Que el tiempo se detenga. Dejadme tener siempre este momento».

Andy le dio una palmadita en el trasero y le dijo que se reuniera con él en el dormitorio. Dio un paso atrás y observó cómo movía las caderas al caminar mientras se dirigía a la habitación.

Pero, de pronto, la imaginó desnuda, con la toalla a un lado y su reflejo en el espejo de la pared...

Sintió un nudo en la garganta, se acercó a ella y le quitó la toalla de un tirón. Ella se quedó boquiabierta, pero al ver la expresión de deseo que tenía le dijo:

—Me preguntaba cuándo me desearías — susurró.

Se acercó a Andy y colocó las manos sobre su camiseta mojada. Lo miró con tanto descaro, que él tuvo que contenerse para no poseerla allí mismo. Sin pensárselo.

Pero no movió un dedo.

Sin embargo, le dijo con tono seductor:

—Quítame la ropa.

Estaban a los pies de la cama, y la araña de cristal los bañaba con una luz dorada.

Mirando al otro lado de la habitación, Andy se fijó en su cuerpo desnudo reflejado en el espejo y se maravilló al ver la bonita forma de su espalda. La silueta respingona de su seno y la curva redondeada de sus caderas. También, las piernas más largas que había visto nunca. El tipo de piernas que podrían rodear el cuello de un hombre.

O la cintura.

Aquella iba a ser una noche larga y ardiente… y él estaba dispuesto a disfrutar de cada delicioso momento.

Despacio, Daphne metió los dedos bajo la cinturilla de sus pantalones y, durante un momento, ambos sonrieron como diciendo: «esto va a ser divertido». De pronto, ella le sacó la camiseta y él apenas tuvo tiempo de levantar los brazos antes de que ella se la quitara por la cabeza.

Él permaneció quieto, con el torso desnudo y un poco sorprendido.

—Um, he oído hablar de las mujeres rápidas, pero ¿podemos ir un poco más despacio?

—¿Has oído hablar de ellas? —puso el puño sobre su cadera.

—De acuerdo, he conocido algunas. Pero, cariño, esos recuerdos ya no existen, porque lo único que importa somos tú y yo, y cómo vamos a hacer el amor esta noche — se desabrochó el primer botón de los vaqueros—. Algo que vamos a hacer despacio porque quiero recordar cada momento.

Hizo una pausa, cerró los ojos, y deseó no haber sido un idiota. Confiaba en que lo que habían compartido los días anteriores fuera algo más que unos momentos aislados.

Abrió los ojos y la miró fijamente.

—Bella mujer, no puedo leer el futuro, pero sé que prefiero estos días contigo que una vida entera con otra persona.

Daphne lo miró asombrada.

—Andy, no eres un chico camelador. Eres un poeta.

El no quería confesarle que su fama de camelador no siempre había sido un cumplido, sino un apodo que le habían puesto sus amigos por ser un mujeriego. Y él no se sentía tan orgulloso de sus andanzas. ¿Qué connotación tenía la palabra «camelador» aparte de la habilidad de engatusar y manipular?

Él quería ser algo más que eso. Quería ser un hombre capaz de expresar lo que sentía su corazón.

—Daphne —susurró, y la abrazó con fuerza. El corazón le latía muy deprisa y, con fingida naturalidad, la besó en los labios y después se separó para verle la cara.

«Dilo».

Había pasado toda su vida haciéndose el hombre. Nunca bajaba la guardia, siempre estaba al mando, siempre tenía la última palabra. Jamás había dicho «te quiero».

De acuerdo, nunca lo había dicho sintiéndolo.

Porque, por primera vez en su vida, Andy Branigan sabía lo que era estar enamorado, lo que era desear estar junto a una mujer, y protegerla, durante el resto de su vida. Estar dispuesto a superar los malos momentos porque los buenos podían ser mucho mejores si se

compartían con alguien especial. Daphne era su rebelde particular, y él la tendría de cualquier manera.

—Daphne…

—Shh —susurró ella. Metió las manos por debajo de los vaqueros y le acarició las nalgas, provocándole sensaciones placenteras. Después, llevó las manos a la parte delantera y lo acarició presionando con delicadeza—. ¿Qué decías? —susurró de nuevo.

Desde luego no era el momento de decírselo. Andy tenía bastante sentido común como para saber que no se podía decir: «te quiero», cuando te estaban acariciando los genitales.

—Puede esperar.

—¿Estás seguro? —susurró ella, restregando los pezones contra su torso desnudo.

—Estoy seguro, estoy seguro —murmuró, invadido por el deseo. Apoyó la frente contra la de ella y se abandonó a sus caricias.

Daphne le desabrochó dos botones más y jugueteó con el vello de su pubis antes de acariciarle con un dedo el miembro erecto que asomaba por sus pantalones desabrochados. Él tomó aire al sentir el contacto de su mano.

«Al diablo con ir despacio».

Terminó de desabrocharse los pantalones con un solo movimiento, se los bajó y se los quitó junto a la ropa interior.

—Te deseo, Daphne, y mucho. Ahora.

La volvió de forma que quedara de cara al espejo y contempló su reflejo mientras le acariciaba los pechos, las caderas, el pubis. Incluso desde allí, podía ver la piel rosada de una mujer excitada, y restregó su miembro contra ella, jugueteando, atormentándose.

—Nunca permitas que haga algo que no te guste —le susurró al oído, mirando su reflejo en el espejo.

Durante un instante, pareció sorprendida. Entonces, se volvió despacio y le sujetó el rostro con las manos.

—Oh, cariño —murmuró ella, y lo besó en los labios como sellando una promesa.

Y de pronto, él se sintió como un niño que se enamora por primera vez, y deseó haber puesto música, algo sexy, a pesar de que era consciente de que sólo se necesitaban el uno al otro para excitarse. Tenían el resto de la vida para experimentar y jugar, porque, en esos momentos, lo único importante era hacer el amor, la primera vez de muchas, y esa promesa que habían sellado con un beso.

La tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Durante un instante, observó su cuerpo desnudo bajo la luz de la lámpara antes de abrir la caja y sacar un preservativo.

Mientras se lo colocaba se agachó y la besó en los labios. Le

acarició el interior de la boca con la lengua, y después el resto del cuerpo. Los pechos, el vientre, y más abajo, rozándole una y otra vez la parte más íntima de su ser con la lengua hasta que notó cómo su cuerpo se derretía.

Entonces, se puso en pie y, sin romper el contacto visual, se colocó sobre ella y, moviéndose despacio una y otra vez, adentró su miembro en el lugar secreto.

Apretó los dientes, tratando de contenerse para no satisfacer su deseo. Pero cuando la oyó gemir, dio un último empujón y la poseyó.

—Daphne... me gustas tanto —pronunció su nombre varias veces, intercalando palabras de placer mientras observaba los sentimientos que se expresaban en su rostro con cada movimiento.

Felicidad. Pasión. Vulnerabilidad. Cuando ella lo abrazó, mirándolo con confianza y amor, él se estremeció por temor de perderla.

Entonces, tras un grito de deseo, ella arqueó la espalda mientras su interior estallaba provocando una serie de convulsiones. Él la penetró con fuerza una vez más, antes de sucumbir ante su propio orgasmo.

Y después, mientras yacían abrazados, con los cuerpos empapados de sudor, él le sujetó la barbilla para que sus ojos quedaran al mismo nivel y la miró durante largo rato.

—Daphne —susurró al fin—, te quiero.

Belle se apoyó en el respaldo del sofá fumando un cigarrillo mientras observaba cómo Andy y Daphne dormían abrazados. Incluso ella se sentía un poco nostálgica al ver el resultado de su adoración mutua. Casi habían conseguido que creyera en el amor verdadero.

—Maldita sea, qué buena soy —murmuró antes de dar otra calada.

—¡Belle, te he oído!

Belle arqueó una ceja y miró hacia el ático, donde estaba la señorita Arlotta.

—Bueno, es cierto —el truco del dedo en el grifo, el detalle de los espejos en la habitación, todo eso había conseguido que dos desconocidos se convirtieran en amantes de por vida.

A través de una bocanada de humo, Belle miró a la pareja y reflexionó acerca de cómo había sido su vida cuando vendía su cuerpo por dinero. Le parecía curioso cómo la gente lo llamaba prostitución, sin darse cuenta de que todos prostituían sus almas cada día.

Al no seguir sus sueños.

Por ejemplo, el alma de Daphne amaba la fotografía y la de Andy deseaba escribir un libro sobre la historia de Colorado. Quizá Belle también debería implantarles algunas ideas sobre aquello.

Por la mañana, Andy tendría que terminar el artículo, así que Belle

podría implantarle un par de pensamientos para que buscara información acerca de Jo en internet, ya que sería su última oportunidad para averiguar el destino de su hija.

Entretanto, Belle tenía que ir a visitar a la señorita Arlotta porque estaba ansiosa por negociar con ella. ¿Dos o tres estrellas doradas por haber formado la pareja del siglo?

Flotó hasta la puerta, pensando que la vida, o mejor dicho el maldito más allá, nunca le había parecido tan bueno.

—¡Belle!

—Lo siento, lo siento —murmuró mirando al ático mientras esbozaba una pícara sonrisa de satisfacción.

Capítulo 11

Andy se despertó porque algo le hacía cosquillas en la nariz. Se la frotó con la mano y se enredó en una masa de rizos sedosos.

«Eso es lo que me ha despertado».

Abrió los ojos y miró la melena oscura y el cuerpo de mujer que la acompañaba.

«Daphne».

Sonrió al recordar cómo habían hecho el amor la noche anterior. Y por un momento, pensó en repetir. ¿Qué mejor manera de empezar el día?

Pero la vida no sería tan perfecta si no terminaba pronto el maldito artículo sobre el hotel para recién casados. Le había prometido a Frank que le enviaría el borrador la noche anterior, y bueno, dedos, grifos y espejos...

Un montón de cosas de por medio.

Andy salió de la cama caminando de puntillas entre envoltorios de preservativos, botellitas de licor, papeles de caramelo y una bolsa de cacahuetes a medio comer. Con orgullo, contó cinco envoltorios de preservativos.

Minutos más tarde estaba sentado en la cama tecleando como loco. Unos párrafos más y el artículo estaría terminado.

—Buenos días, sexy —murmuró Daphne—. ¿Siempre trabajas en la cama?

—Contigo, cariño, nunca será trabajo. Por desgracia, la fecha límite de entrega era... — miró el reloj de la mesilla de noche. Las diez en punto—. Maldita sea. ¡Hace catorce horas! Deja que termine esto y después seré todo tuyo.

—No quería molestarte —susurró Daphne. De pronto, estaba muy seria—, pero no puedo dejar de pensar en Jo.

Al otro lado de la habitación, la licorera comenzó a temblar.

Ambos la miraron y después se miraron el uno al otro.

—No es el viento —dijo Daphne.

—No, no es el viento. O el servicio de habitaciones está haciendo carreras por el pasillo o hay otro motivo que he estado madurando en mi cabeza durante estos días —apretó la mano de Daphne—-. Creo que es Belle hablando con nosotros, y yo soy el chico que no creía en fantasmas.

«Ni en el amor verdadero». Ese fin de semana habían cambiado muchas cosas.

La licorera tembló de nuevo.

—¡Madre mía! —exclamó Daphne, y se sentó en la cama—. ¡Creo que está hablando con nosotros de verdad! Belle —alzó el volumen de

su voz—, fuiste tú la que nos hizo soñar con la cocina de la casa de mí antepasado Charlie ¿verdad?

Temblores. Temblores.

—Daphne, habla normal —dijo Andy—. Creo que nos oye perfectamente.

Menos mal que Andy estaba acostumbrado a trabajar con otros treinta periodistas hablando alrededor y era capaz de concentrarse pasara lo que pasara.

Daphne miró la licorera, pensativa.

—Querías que nos hiciéramos amantes… Temblor.

—Pero hay algo más acerca de la casa de Charlie… ¿se suponía que éramos Charlie y Sarah?

Silencio.

—La niña —susurró Andy—. Cielos — dijo mirando la licorera—, Bonnie, o Belle, cuando saliste de Tombstone en 1889, no sabías que… —hizo una pausa. Una mujer era una mujer aunque fuera fantasma, y él no tenía por qué estropearlo todo diciendo alguna estupidez típicamente masculina. Respiró hondo y comenzó de nuevo—. Cuando tuviste que marcharte de Tombstone, no sabías que…

Un fuerte olor a lilas invadió la habitación y Andy tuvo la sensación de que ella estaba nerviosa porque él estaba a punto de descubrir la verdad.

—No sabías que estabas embarazada — era algo que había pensado antes, pero nunca se había detenido a pensarlo. Todo cobraba sentido.

Daphne exclamó:

—¡Oh, cielos! Jo! Nuestro bebé, el que estaba en casa de los vecinos, ¡era Jo! Lo adiviné, ¿recuerdas? Bueno, no sabía por qué, pero me preguntaba si la niña podría llamarse Jo. Me pregunto si por eso seguimos pensando en la pequeña. Belle quiere saber más acerca de su bebé.

La licorera tembló con tanta fuerza, que se movió por encima de la mesa.

El antiguo secreto hizo que a Andy se le llenaran los ojos de lágrimas. Él, el chico duro, poniéndose sensible. Bueno, acababa de obtener una respuesta sobre su propia vida. Durante años había odiado a su madre por haberlo abandonado. Pero, de pronto, por primera vez en su vida, Andy sintió empatía por la mujer que lo había dado a luz. Ella había tenido muchos problemas, y a lo mejor lo había abandonado por su propio bien y, aunque ya nunca podría saberlo porque ella ya había fallecido, quizá había pasado la vida apenada por el niño que había perdido.

—Bonnie —continuó Andy—, ¿diste a luz a Jo en el año 1890?

Temblor.

—Supongo que sabías que ella estaba cerca, porque si no ¿para que ibas a buscar trabajo en esta remota comunidad de la montaña? Había montones de burdeles mejores en Denver.

Temblor.

Entonces, recordó lo que había dicho la Gran Dama.

—La epidemia de fiebre amarilla fue en el año 1891... Posiblemente pensaste que tu hija había muerto y, oh, cielos, ahora me doy cuenta de cómo descubriste que sobrevivió —se volvió hacia Daphne—. La noche que miramos la fotografía de Charles Remington y los demás, ¿recuerdas que el ama de llaves y su bebé, Jo, estaban en la parte de atrás?. La foto era de 1893. Después de todo este tiempo, más de cien años, Belle por fin descubrió que su hija había sobrevivido.

La licorera tembló de nuevo, aunque más despacio, como si estuviera triste. Permanecieron en silencio durante un rato.

—Si bajas al saloncito histórico —le dijo Andy a Daphne—, hay un álbum de fotos con la foto de Belle en un picnic. No te pasará desapercibida, es la alborotadora que está al fondo, apuntando con su revólver —miró alrededor de la habitación—. Lo siento, Belle, pero estoy seguro de que no es la primera vez que te llaman «alborotadora» —miró a Daphne de nuevo—. Y ya que bajas, ¿a lo mejor podrías subirle una taza de café a un escritor agotado que va a entregar fuera de plazo?

Daphne saltó de la cama. Se puso los pantalones y el forro polar de Andy.

—Café, por supuesto. Cielos, Andy, ¡voy a verla de verdad! —miró a su alrededor—. Quiero decir, sé que ya te he visto antes, Belle, pero ahora voy a tener la prueba de que eras tú de verdad.

Daphne se puso la gorra de béisbol y las gafas de sol antes de salir.

—Los zapatos —señaló Andy.

—Cierto —se puso los zapatos de tacón y cerró la puerta tras de sí.

Andy no tuvo valor para decirle que debería haberse puesto un sujetador. Quizá pensaba que las gafas de sol la protegerían de las miradas inquisitivas, pero él dudaba seriamente de que nadie se fijara en sus ojos.

Miró alrededor del dormitorio y sonrió, percatándose de que la mejor historia de todas había estado en aquella habitación durante años, esperando a que alguien la descubriera.

Minutos más tarde, llamaron a la puerta.

Andy, que casi había acabado el artículo, levantó la vista.

—Se habrá olvidado la llave —murmuró, dejando el ordenador a

un lado para salir de la cama. Agarró la toalla que había utilizado para secar a Daphne la noche anterior y se la enrolló en la cintura. Abrió la puerta.

¡Flash!

Pestañeó al ver el fuerte destello frente a sus ojos.

—¿Qué diablos...?

—¿Dónde está Daphne Remington? — preguntó una voz masculina.

Andy lo miró y reconoció a un fotógrafo y a un periodista de un periódico de la competencia. ¿Cómo diablos sabían que ella estaba allí?

Comenzó a hablar, dispuesto a camelarlo como él sabía, cuando apareció una mujer con un corsé y pololos de encaje.

—¿Buscaban a alguien, caballeros? —dijo en tono cortante. Adelantó una cadera, mostrándoles el revólver que llevaba en la cintura.

—¿Da... Daphne? —dijo el fotógrafo.

—Mujer equivocada —dijo ella—. Ahora, les sugiero que se marchen antes de que llame al servicio de seguridad.

El fotógrafo levantó la cámara para tomar otra foto.

Belle sacó el revólver y apuntó a los genitales de ambos hombres.

—Haga eso otra vez y perderán algo muy importante de su cuerpo.

Los dos hombres salieron corriendo por el pasillo.

Andy se quedó de piedra mirando a Belle. No le extrañaba que las últimas palabras que Drake había pronunciado antes de morir fueran que amaba a aquella mujer... Era increíble. Tenía ojos de felina, sensuales y verdes. Y esa voz... Si el sol no derretía las cascadas, su voz profunda lo haría.

Miró otra vez hacia el pasillo para asegurarse de que los dos idiotas se habían ido. Después, se volvió y murmuró:

—Gracias.

Pero Belle también se había marchado.

Daphne entró en el recibidor y dudó si ir a buscar el café primero o ir a ver la foto de Belle en el saloncito histórico.

Como era lunes por la mañana no había mucha gente alrededor. No había nadie en la cola para el café y Daphne sentía mucha curiosidad por ver si la mujer, bueno, el fantasma que había visto era la auténtica Belle Bulette.

Recordó el letrero que había en la puerta de la habitación de Belle. «Nunca Desechéis una Buena Mano». Se preguntaba si ése era su lema de vida

En el saloncito histórico había un álbum abierto por la página donde estaba la foto de un grupo de mujeres vestidas de domingo y sentadas sobre una manta comiendo pollo y fruta...

Y al fondo, estaba Belle. No podía pasar desapercibida.

Era la mujer que Daphne había visto dos veces en su habitación, el primer día que entraron y cuando le había susurrado que Andy y ella estaban hechos el uno para el otro. Daphne se acercó y se fijó en su rostro. También en la pose que tenía, como si estuviera dispuesta a disparar.

«Menuda mujer».

Sintiéndose un poco aturdida, como si acabara de encontrar a una amiga de la que se había separado hacía mucho tiempo, decidió ir por el café. De camino al recibidor vio un ejemplar del Denver Post sobre una mesa. La Rebelde Remington, ¿la Prometida Huida?

Sintió que se le helaba la sangre. Leyó una y otra vez el titular de la primera página y algunas líneas del artículo. Sintió náuseas. Era puro cotilleo...

Y estaba escrito por Andy Branigan. Su nombre figuraba al inicio del artículo. Esa misma mañana, él le había dicho que estaba trabajando en su artículo. Mentira. Había estado escribiendo y enviando cosas al periódico cuando ella no estaba delante, siempre fingiendo que escribía sobre el hotel.

Subió corriendo por las escaleras e irrumpió en la habitación.

—¡Canalla!

Andy, que estaba desconectando el ordenador de la línea telefónica, se enderezó y frunció el ceño.

—¿Qué?

—¡Sabes muy bien qué! —dijo con el rostro acalorado. Le temblaban las manos.

—Uh, no, no lo sé.

—¡Mentiroso! —se acercó al teléfono y marcó un número—. ¿Madre? —dijo, secándose las lágrimas—. Quiero regresar a casa, ahora —hubo una pausa—. ¿Qué? —Daphne tiró del cable del teléfono hasta la ventana—. Tienes razón —dijo con voz temblorosa —. Los periodistas están entrando al hotel. Le pediré al conserje que me deje utilizar una habitación privada y te esperaré. Por favor, date prisa. No quiero estar aquí ni un minuto más. Andy, boquiabierto, la observó mientras ella guardaba las cosas en su bolso. El maquillaje. El corpiño de seda. Daphne se quitó el forro polar.

—Daphne, por favor, quédatelo. Necesitas llevar algo abrigado.

Ella lo miró con desprecio y se puso la chaqueta vaquera.

Al pasar por delante de Andy de camino a la puerta, él la agarró del brazo.

—No te vas a ir sin explicarme qué diablos pasa.

Ella lo miró a los ojos.

—Ahora sé por qué te llaman el chico camelador. Me camelaste con tus mentiras. Diciéndome que no le dirías a nadie que estaba aquí... No. Prometiéndome que me harías una entrevista para mostrar mi punto de vista acerca de la Rebelde Remington... No. Diciéndome... —tragó saliva—. Diciéndome que me amabas. Tampoco.

—Daphne, por el amor de Dios...

—Léete el Post, Andy. Has conseguido que tu historia se publique en la primera página. También podrás venderla en otros sitios, ganar mucho dinero a mi costa, y entonces, podrás escribir el libro de tus sueños. De eso se trataba, ¿verdad? De lo que tú consigas, no de cómo destroces la vida de los demás.

—No sé de qué estás hablando...

—Échate a un lado —dijo ella con frialdad—, porque voy a salir de aquí con algo que ni tú ni nadie puede destruir. Mi autoestima. Hubo un tiempo en que pensé que podían pisoteármela. Ya no. Es mía... y no importa lo que nadie diga o haga, es intocable.

Con la cabeza bien alta, salió de la habitación.

Una hora más tarde, Andy estaba en el recibidor junto a una multitud de clientes y personal del hotel, mirando por la ventana el caos que se había formado en la calle. En las escaleras del hotel estaban los periodistas, las cámaras con los micrófonos y los fotógrafos. Arriba, Daphne, muy pálida y rodeada de hombres grandes y fornidos. Detrás, la familia Remington y sus abogados, o eso suponía Andy a juzgar por sus apariencias, los trajes italianos y el número de veces que miraban la hora en sus Rolex.

Y junto a Daphne, el señor G.D. McCormick. No, no sólo estaba junto a Daphne, sino que la rodeaba con el brazo como si ella necesitara su protección.

Él ni siquiera sabía que ella había huido de él, de su vida en Denver, ya que era la única manera en la que podía bajar la guardia durante unos días. ¿Habría visto él las fotografías del centro de rehabilitación que había sacado Daphne? ¿Conocía el talento que tenía su prometida?

¿O cómo de contagiosa era su risa?

¿O que tenía la manera de llegar al corazón de las personas haciendo que volvieran a creer en el amor? Andy cerró los ojos y recordó el aroma de su perfume, Dulcinea, como la mujer que motivó a Don Quijote a realizar actos heroicos. La que transformó a Don Quijote en un hombre que creía que, sin su amor, sería como un árbol sin hojas, o un cuerpo sin alma.

Así es como Andy se sentía. Desnudo, vacío.

Había perdido a su Dulcinea.

Miró otra vez por la ventana.

Alguien le había llevado a Daphne ropa limpia. Tenía un aspecto ridículo con aquel traje recatado de color rosa y los zapatos a juego. Y lo peor era el pelo. Su melena rizada estaba recogida en un moño que la hacía parecer una monja.

—No ha pasado nada importante —le contestó ella a un periodista.

G. D. McCormick la abrazó por la cintura y se acercó al micrófono.

—En nombre de mi prometida... condeno a la prensa por el artículo sensacionalista que han publicado. En el futuro, aténganse a los asuntos relacionados con el futuro de Colorado... el turismo, el plan de empleo, la promoción de los productos agrícolas locales...

Por supuesto, Gordon tenía que aprovechar la oportunidad de dar su discurso político. ¿Acaso le importaba que Daphne se sintiera traicionada y traumatizada? No, a él le interesaba que le hicieran publicidad. Andy podía acercarse hasta allí, agarrar a Daphne de la mano y correr hasta el todoterreno. Un héroe salvando a su damisela. Pero ya había estropeado bastante las cosas.

Por respeto a Daphne, no crearía más caos ni le provocaría más dolor en su vida.

En cualquier caso, intentaría explicárselo cuando descubriera lo que había sucedido, pero el servicio de seguridad del hotel le había negado el acceso a su habitación. Le habían dicho que Daphne Remington se negaba a verlo.

Andy salió del recibidor y se dirigió a su habitación.

«Mi habitación. No nuestra habitación». Un rato antes, después de que Daphne lo hubiera llamado «mentiroso» y le hubiera dicho que leyera la portada del periódico, se había quedado sorprendido al ver el titular: La Rebelde Remington, ¿La Prometida Huida? Con un nudo en el estómago, había leído la noticia. La mitad de las palabras eran de su entrevista, pero mezcladas y sacadas de contexto formaban una sórdida historia. Lo peor era que su nombre encabezaba el artículo como si lo hubiera escrito él.

Para Daphne, él debía de ser el mayor canalla del planeta.

Andy llamó a Frank inmediatamente y él le explicó que en el periódico se había formado un gran escándalo cuando alguien se enteró de que un periódico de la competencia iba a publicar un artículo sobre cierto periodista del Post compartiendo habitación con la Rebelde Remington, comprometida con el posible futuro gobernador. El jefe de Frank había exigido ver todas las historias que Andy estaba escribiendo en ese momento, y así fué como sacaron la entrevista del servidor. Se dio la orden de sustituir el artículo que ya

estaba preparado y publicar el de la Rebelde Remington.

Otro escritor había hecho una revisión rápida antes de enviarlo a imprenta.

Frank se había deshecho en disculpas. El periódico necesitaba un empuje, había que superar a la competencia... El resto de las palabras de Frank habían sido pura paja...

Andy abrió el minibar y sacó una botellita de whisky. Pero cuando la olió, lo invadió el recuerdo de la primera noche que besó a Daphne. Cómo había metido el dedo meñique en la botella, cómo le había suplicado que la besara, y cómo él había estado a punto de volverse loco cuando la besó en los labios por primera vez...

«Tengo que salir de esta habitación»

Demasiados recuerdos. Demasiado dolor de corazón.

Ya había guardado algunas cosas en la mochila cuando vio su reflejo en el espejo de la pared.

Belle estaba a su lado.

—Lo siento —susurró ella.

—Yo también —tragó saliva y susurró—. Seguiré buscando a Jo, lo prometo.

Le pareció ver el brillo de una lágrima en los ojos de Belle justo antes de que ella desapareciera.

El juez y la señorita Arlotta estaban sentados detrás de una mesa y mirando a Belle. El brillo dé los ojos azules del juez había desaparecido y la señorita Arlotta tenía los labios apretados. Belle se fijó en que había un ejemplar del Post sobre la mesa.

—La señorita Arlotta y yo hemos llegado a una decisión unánime —dijo el juez con solemnidad—. Te quitaremos todos los puntos que has ganado.

«¿Todos?»

—¿Y qué hay de las tres estrellas doradas?

—Incluyendo las tres estrellas doradas que ayer negociaste con la señorita Arlotta bajo la luz de una vela.

El juez todavía utilizaba expresiones de la época que habían vivido. Como «bajo la luz de una vela» para referirse a la noche, y Belle sintió una punzada en el corazón al recordar lo felices que Andy y Daphne habían sido la noche anterior cuando se quedaron dormidos entre los brazos del otro.

—Pero seguro que las tres estrellas doradas significan que puedo guardar algo. ¿Un punto, quizá? ¿Ó dos?

La señorita Arlotta negó con la cabeza.

—Belle, cariño, esto no es negociable — chasqueó los dedos y el pergamino con las reglas de oro apareció en su mano—. No sólo has

roto, al menos, cuatro de las reglas, sino que has cometido la peor infracción de todas, has partido dos corazones —la señorita Arlotta hizo una pausa. Soltó el pergamino y el papel quedó flotando en el aire—. Lo que el juez y yo también hemos decidido es que te vamos a dar una muesca negra por cada muesca que tenías anotada, o sea, nueve.

¿Nueve muescas negras? Belle tardaría años, o incluso vidas, en volver a ganar puntos.

—¡Pero soy inocente! —paseó de un lado a otro—. El Denver Post tomó la decisión de publicar la historia…

—Y esos periodistas a los que amenazaste —dijo la señorita Arlotta, mirando el revólver que Belle llevaba en la cintura—. Se habrían marchado sin ninguna prueba si Andy hubiera abierto la puerta sin más. Pero no, tuvieron que ver a una… guardaespaldas medio desnuda que los amenazó con una pistola, así que preguntaron a otros clientes del hotel, y consiguieron datos de una mujer que acusaba a Daphne de haberse comportado de manera lasciva la mañana del día anterior en la cola del café. Una cosa llevó a la otra y el Post publicó esa sórdida historia. Algo que nunca habría pasado si cierto fantasma no se hubiera materializado en el lugar erróneo en el momento equivocado.

Belle miró el cielo azul desde la ventana y se dio cuenta de que tendrían que pasar muchos, muchos años, antes de que pudiera abandonar el hotel.

Su única esperanza era que, quizá, antes de que el alma de Andy Branigan se fuera a más allá, él conseguiría descubrir lo que había sucedido a Jo. Esa posibilidad sería su consuelo para los años siguientes.

Capítulo 12

—Daphne, cariño, ¿qué le ha pasado a tu pelo?

La madre de Daphne se fijó en el cabello de su hija mientras se tomaba el té del desayuno. Junto a ella, en la mesa, estaba el padre de Daphne, comiéndose una tostada mientras leía el periódico. Su hermana Iris estaba mirando la manicura que le habían hecho y Gordon, como siempre, estaba hablando por el teléfono móvil.

—Gordon al habla —frunció el ceño—. Entonces, los empapelaremos con ese descubrimiento...

Durante las últimas tres semanas había aparecido en la casa cada mañana, dispuesto a convencer a Daphne de que se casara con él. La había llevado a cenar y al teatro, y habían mantenido muchas conversaciones.

Pero, a pesar de todo, ella se negaba a ponerse el anillo otra vez.

Lo más desagradable era que el resto de la familia parecía no enterarse, pero les gustaba que Gordon estuviera allí, día y noche, como si su presencia permanente fuera a hacer que Daphne cambiara de opinión. Ella había pensado mucho durante las tres últimas semanas y también se había, reunido con su abogado personal. Con todo ello, había llegado a la conclusión de por qué su antepasado Charles no había sido feliz después de hacerse rico. Todos aquellos millones le habían costado su verdadera personalidad y le habían dado más dolores de cabeza que felicidad. Lo que confirmaba que ella no quería pasar el resto de su vida fingiendo que era alguien que no era.

Por lo tanto, durante las últimas tres semanas se había dedicado con su abogado a investigar la letra pequeña de la herencia que tenía retenida, y también a desenterrar algunos hechos esclarecedores del artículo del Post.

—Mi pelo ha vuelto a su estado natural —le contestó a su madre —. Rizado. Lo mismo que mi vida va a volver a su estado natural.

Su madre la miró. Su padre bajó el periódico. Iris dejó de mirarse las uñas. Gordon colgó el teléfono.

—Me han advertido que hay algunas cosas que se han mantenido en secreto para que yo no me enterara.

Gordon frunció el ceño.

—Andy —continuó Daphne— no es el responsable del artículo difamatorio del Post. Y no puede ser juzgado de manera individual porque él tampoco escribió la historia. Eso significa, dicho claramente, que Andy Branigan no hizo ni dijo nada malo. Hay pruebas evidentes de que él no quería que esa historia se publicara. Es más, él intentó protegerme. De hecho...

Habría jurado que había escuchado de nuevo la voz de Belle. «Ese hombre y tú estáis hechos el uno para el otro». Sólo esperaba que Andy siguiera sintiendo lo mismo por ella. Que no fuera demasiado tarde.

—Andy me quiere. Y yo a él.

Hizo una pausa, sacó el anillo de su bolsillo y lo colocó frente a Gordon. Él lo miró y palideció.

—Eres un buen abogado, Gordon. Y me enseñaste algo muy importante. Si no se está de acuerdo, no hay contrato. Nuestro trato está cancelado —sonrió, sintiéndose mejor que nunca desde hacía tres semanas—. ESO es todo. Me quedaría a desayunar, pero tengo toda una vida por recuperar —«y un hombre al que camelar, si me deja».

Se marchó dispuesta a ser la Rebelde Remington otra vez.

Andy lanzó la pelota contra el aro de plástico que tenía colgado en la pared que separaba su despacho del de otro periodista. Jugar al baloncesto le ayudaba a pensar, algo que había hecho a menudo durante las tres últimas semanas, desde el escándalo del hotel de Maiden Falls. Había regresado al Post y estaba terminando un artículo sobre Denver. Pero a la vez había estado investigando sobre Jo Sutherland, una tarea fascinante porque no sólo había descubierto el paradero del espejo de polvo de diamantes, La Dama del Lago, sino que también estaba a punto de descubrir el destino del último descendiente de Belle.

Su jefe, Frank, tratando de congraciarse por lo sucedido con la historia de la Rebelde Remington, le había prometido publicar la historia de La Dama del Lago en el Post, y Andy estaba reflexionando, sobre lo maravilloso que sería incluirla en el libro de Historia sobre Colorado... si es que alguna vez llegaba a escribirlo.

Andy tiró la pelota contra la pared y no encestó.

Con todo el jaleo que había en esa planta, era casi imposible escuchar su propio pensamiento, y mucho menos con el ruido de una pelota contra la pared. ¿Por qué de pronto sentía un gran silencio?

Miró detrás de sí.

Daphne estaba allí.

Notó cómo se le encogía el corazón al mirar a sus ojos color avellana, recordando cómo le brillaban cuando se reía o cuando hacían el amor. Iba vestida con unos vaqueros y una blusa. Llevaba el cabello suelto, y sus rizos desordenados.

No se parecía a la Daphne que había visto por última vez en el hotel, con un ridículo conjunto de color rosa y contestando a las preguntas de los periodistas. No, la mujer que tenía delante era su Daphne, la chica de la que se había enamorado tres semanas atrás.

Pero, como todo periodista sabía, a veces las apariencias engañan.

Además, lo que en aquel momento era más importante era aclarar las cosas. Cara a cara. Explicar cómo el editor jefe había dado el visto bueno a la maldita entrevista, cómo otro periodista había cambiado las palabras de Andy, y cómo su intención nunca había sido herirla...

También, explicarle que esos días Andy Branigan se había convertido en un hombre diferente.

En la oficina, sus compañeros le decían que apenas hablaba. Quizá porque pasaba mucho tiempo pensando si los arrepentimientos de una persona permanecían con ella hasta la otra vida.

—Por favor, siéntate —dijo él en voz baja.

—Gracias.

Él miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había ninguna silla libre. Las mesas, las sillas, e incluso el suelo, estaban llenas de libros y papeles.

Andy se puso en pie.

—Aquí —dijo él, y le ofreció su silla.

—No, de veras...

—Insisto.

Ella se sentó y dejó la cámara sobre la mesa. Él se fijó en su mano. No llevaba anillo.

— ¿Has estado tomando fotos? —señaló la cámara.

—Mayo es el mes perfecto para ir a las montañas y parar en Georgetown o en Leadville para sacar algunas fotos. Pensé que a lo mejor te gustaría acompañarme —se sonrojó.

Andy se percató de que estaba tan nerviosa como él.

—Me adelanté a los acontecimientos — dijo ella con tono de disculpa.

—Más o menos.

—Pensé que me habías traicionado —soltó ella. Cuando él comenzó a hablar, levantó la mano para interrumpirlo. Estaba temblando—. Esta mañana, mi abogado me ha contado que la entrevista se descargó del servidor sin que tú lo supieras, y que otro periodista la modificó.

—Así es —dijo él.

—Y tú podrías haber publicado la entrevista original en cualquier momento, durante estas tres semanas, y haber ganado mucho dinero. Pero no lo hiciste.

—Protegerte me parece mucho más importante que un maldito cheque.

—Entonces, estaba pensando que podíamos ir a dar un paseo. Yo sacaré fotos de los lugares sobre los que tú quieres escribir.

Empecemos tu libro sobre la historia de Colorado.

—Juntos... ¿sólo para eso? Con una tímida sonrisa, ella le mostró los dedos.

—No estoy comprometida. Uno de los chicos del otro lado del panel silbó, y otro gritó:

—¡Bravo por Branigan!

El decidió que más tarde lo estrangularía.

Pero, en esos momentos, necesitaba saber una cosa.

Se acuclilló junto a Daphne y le susurró al oído.

—Creía que te darían una herencia si te casabas con el señor McCormick.

Ella lo miró a los ojos y después agachó la cabeza, hablándole casi en sus labios:

—He pedido que la mitad se la donen a Allen's Halfway House. La otra mitad sigue retenida —le guiñó un ojo—. Tengo un buen abogado.

Entonces, lo besó. No sólo fue un beso. Sus labios se fundieron con tanta pasión que les pareció que estaban solos en el mundo.

Pero no era así.

Por detrás, Andy oyó el teclear de los periodistas que trataban de ser los primeros en entregar la historia de la Rebelde Remington y el chico camelador.

Epílogo

Belle entró flotando en su habitación, y sonrió al pasar junto a la señal de No Molesten que estaba colgada en la puerta. Dentro estaban el señor y la señora Branigan, recién casados, y a juzgar por los sonidos del interior, no necesitaban ninguna de sus malditas pistas para alcanzar la felicidad.

—¡Belle, he oído eso!

—Esperaba que lo hiciera, señorita Arlotta —murmuró Belle, y flotó hasta el ático, donde la había convocado el juez.

Momentos más tarde, Belle estaba de pie frente a la mesa de comedor, el mueble que se utilizaba cuando se tenía que convocar a un jurado en el ático. Detrás de la mesa estaban doce de las compañeras de Belle, desde Sunshine hasta Rosebud. En el centro estaba Fio, con los hombros cubiertos por un chal.

El juez se aclaró la garganta y dijo sentado desde la butaca que había junto a la mesa:

—Hoy estamos aquí para juzgar a Belle Bulette y decidir si puede o no ascender a la jurisdicción del Tribunal Supremo…

—El Gran Picnic en el Cielo —le corrigió la señorita Arlotta, que estaba detrás de él, de pie y con los brazos cruzados sobre su pecho.

Él asintió y continuó hablando con solemnidad:

—En mi mano tengo el veredicto del jurado, que ha decidido por unanimidad que a Belle Bulette se le retiren todas las muescas negras y se le devuelvan las nueve muescas del cabecero de la cama, incluyendo la devolución de las tres estrellas de oro que negoció recientemente, a causa de la pasión sobrecogedora que inculcó al señor Andy Branigan y la señorita Daphne Remington, dos desconocidos que se convirtieron en amantes y que, mientras yo estoy hablando, están batiendo el récord de permanencia en una habitación del hotel de Maiden Falls.

La señorita Arlotta colocó la mano sobre el hombro del juez y se lo apretó.

Sunshine sonrió a Belle, mientras que Rosebud daba golpecitos con los dedos sobre un periódico, algo que sorprendió a Belle, porque Rosebud siempre llevaba un libro a todas partes.

El juez se puso en pie y se ajustó el chaleco.

—La sentencia de este tribunal es que te asciendan, a la mayor celeridad, a las altas instancias…

—El Gran Picnic —corrigió la señorita Arlotta.

—… para que ocupes tu puesto en el cielo por el milagroso trabajo que has hecho.

De pronto, una escalera dorada apareció desde el cielo.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó la señorita Arlotta con los ojos brillantes por la emoción.

Belle hizo una pausa, miró a las chicas, un poco sorprendida de que Fio hubiera votado a su favor, y dijo:

—Sí. Me arrepiento de no haberle dicho nunca a mi querido Drake que lo quería — tragó saliva—. Y todavía lo quiero.

Por la escalera descendió la silueta de un hombre alto que se detuvo en el último escalón.

«Drake».

—No podía llegar hasta ti, querida, hasta que no creyeras en el amor verdadero —dijo él con esa voz tan profunda que invadía la habitación. Después, le tendió la mano—. Como siempre decías, Bonnie, nunca deseches una buena mano.

Ella había dado un paso hacia las escaleras cuando Rosebud, que estaba sentada al final de la mesa, se aclaró la garganta:

—¡Ejem!

Belle miró el artículo del periódico que Rosebud estaba señalando. Estaba escrito por Andy Branigan el titular decía:

La Dama del Lago, el regalo de boda que se le hizo al ama de llaves de la casa Remington en el año 1895, se encuentra en poder de la tataratataranieta de Jo Sutherland.

—Drake, mira —exclamó Belle, con el corazón lleno de amor y orgullosa por haber creado una vida con él. El sufrimiento de todos esos años de dolor quedó borrado al darse cuenta de que su sangre y la de Drake aún seguía viva corriendo por las venas de un descendiente.

Aun así, se habían perdido muchas cosas.

Ella le dio la mano y, juntos, comenzaron a subir por las escaleras.

—Puede que nos hayamos perdido muchas cosas en la Tierra, querida —dijo él, contestando a su pensamiento—, pero tenemos toda la eternidad para recuperar el tiempo perdido. Lo primero que haremos será ir a buscar a nuestra hija Jo, que no puede esperar para conocer a su mamá…

Belle se agarró con fuerza a la mano de Drake y miró la luz dorada, brillante y cegadora que tenía delante.

Por fin, su alma era libre.

Fin